



2

ATLÁNTICO



Ayuntamiento de Madrid

1 Pta

Adquiera usted las magníficas obras del eximio escritor

ROMAIN ROLLAND

PESETAS

JUAN CRISTÓBAL

I.—El Alba	5,00
II.—La mañana	5,00
III.—La adolescencia.....	5,00
IV.—La rebelión	5,00
V.—La feria en la plaza.....	5,00
VI.—Antonieta	5,00
VII.—Los vecinos	5,00
VIII.—Las amigas.....	5,00
IX.—La zarza en llamas.....	5,00
X.—El nuevo día.....	5,00

EL ALMA ENCANTADA

I.—Anita y Silvia.....	5,00
II.—El verano	5,00
III.—Madre e hijo (primera parte)	5,00
IV.—Idem (segunda parte).....	5,00

Colás Breugnon..... 5,00

«Beethoven». De la Heroica a la Appassionata (2 tomos) 10,00

Puede adquirirlas al contado y a plazos.

Diríjase pidiendo detalles a la

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 21.—MADRID

ATLÁNTICO



REVISTA MENSUAL
DE LA VIDA
HISPANOAMERICANA

MADRID

Redacción y Administración:
GENERAL ARRANDO, 36
TELÉFONO 31890

DIRECTOR: F. GUILLÉN SALAYA

GERENTE: BORIS BUREBA

AÑO I

5 DE JULIO DE 1929

Núm. 2

SUMARIO

PORTADA, por Alberto García.
CONCURSO LITERARIO.
NOVELISTAS ESPAÑOLES: *Vida ejemplar de un pintor misterioso*, por Félix Urabayen. Con ilustraciones de Garrán.
CUENTISTAS AMERICANOS: *Ventura García Calderón*, por Vicente Blasco Ibáñez; *El alfiler*, por V. García Calderón. Con ilustraciones de Redondela.
PANORAMA POLÍTICO: *La ninfa Juvencia*, por Guillén Salaya; *La "élite" y la mayoría*, por M. Fernández Almagro; *La nueva política*, por Francisco Ayala.
PANORAMA POÉTICO, por F. García Lorca, Angel Lázaro, Ernestina de Champourcin y Antonio Obregón.
ENSAYOS: *Sor Patrocinio* (nota preliminar), por Benjamín Jarnés.
GEOGRAFÍA DE ESPAÑA: *Barcelona y su Exposición Internacional*, por Díaz Plaia y Auristelo.
GEOGRAFÍA DE AMÉRICA: *Méjico*, por Boris Bureba.
ESPAÑA ÁRABE Y SEFARDÍ, por Gil Benumeya.
BREVARIOS DE TURISMO, por Julio Escobar.
CIUDADES ESPAÑOLAS: *Santander*, por M. G. Venero.
CARNET DE ACTUALIDAD, por Iñigo de Andía.
ARTE, por Rafael Marquina.
CINEMA, por Juan Piqueras.
TEATROS: *Hablando con "Asorín"*, por Antonio de Obregón.
MÚSICA, por César M. Arconada.
TOROS, por "Angelito".
DEPORTES, por Antonio Gay.
RADIOTELEFONÍA, por F. G. M.
BATINTÍN, por Samuel Ros y Enrique Climent.
CONCURSO DE REGALOS A NUESTROS SUSCRIPTORES.
NOTICARIO HISPANOAMERICANO, por M. Pérez Ferrero.
TEMAS ECONÓMICOS Y SOCIALES, por Fuentes Martiáñez; *Crónica social*, por Manuel Altimiras.
LA MUJER SOÑADA, por Pérez de Rozas. Con ilustraciones de A. García.
DIVULGACIÓN MÉDICA, por el doctor Galarreta.
HISTORIETA CÓMICA, por Garrán.
EL HUMOR EN DISCOS.
BIBLIOGRAFÍA.
REGALO DE LIBROS A NUESTROS SUSCRIPTORES.
LIBROS DEL MES.
La Revista va ilustrada con profusión de grabados, y ornamentada por Garrán, Vilá y Redondela. En este número se comienza a publicar una *Galería de colaboradores de ATLANTICO*.

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21. — MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Concursos literarios de A T L A N T I C O

ATLANTICO abre dos concursos literarios. Al primero, podrán acudir todos los escritores hispanoamericanos que lo deseen. Se premiará con 500 pesetas un cuento de asunto libre y cuya extensión no exceda de 9 a 10 páginas de la revista *ATLANTICO*. El plazo de admisión de trabajos para este primer concurso terminará el 30 de septiembre próximo.

El segundo concurso de *ATLANTICO* está reservado a los autores noveles de España y América. Consistirá el premio en editar por cuenta de *ATLANTICO* una novela de unas 300 páginas, pagando, además, al autor sus derechos como tal autor y propietario de la obra. El plazo de admisión para el concurso de novelas terminará el 30 de noviembre.

Los trabajos, tanto para el concurso de cuentos como para el de novelas, se remitirán escritos a máquina, dentro de un sobre cerrado, con un lema. En otro sobre, también cerrado y bajo el mismo lema, se hará constar en una cuartilla el nombre y domicilio del autor.

Los fallos de los concursos se publicarán en *ATLANTICO* en los meses de noviembre y febrero, respectivamente. En momento oportuno, se darán a conocer los nombres de los señores que habrán de formar los dos jurados encargados de otorgar los premios. Desde luego, es propósito firme de *ATLANTICO* que ni uno ni otro concurso queden desiertos.

ATLANTICO agradece muy sinceramente las frases de elogio y estímulo que ha recibido de toda la Prensa española.

Novelistas Españoles

VIDA EJEMPLAR DE UN PINTOR MISTERIOSO

LO QUE ENCUBRÍAN LAS MUE-
--:--: CAS DEL JUDÍO --:--:

Un paisaje conocido. La luz, de implacable diaphanidad, reverbera en el agua mansa del Tajo, copia las cañas esbeltas de sus orillas, la verde armonía del césped, la cabellera blanca de los álamos y da un tono de oro mate a las entrañas del río.

Por el cielo, azul turquesa, pasan, veloces, blancos y sueltos vellones. Arriba, otras nubes, más sosegadas, se acuestan entre almohadones grises. El tálamo tiene morados de púrpura; el sol, ardiendo en su ocaso, preside la última orgía diaria.

Por las veredas de San Servando descenden los riachuelos humanos: los pecheros, con sus tabardos grises; los hidalgos orgullosos, con sus ferreruelos de paño negro; los propietarios rurales, de mejillas retostadas por el sol, que llevan de la brida la mula trabajadora. En lo alto del camino, unos soldados corren hasta dispersar una bandada de doncellas baragueñas, cuyos gritos y risas se extienden orquestalmente en el silencio divino de la mañana clara. Un fraile lucio, con barbas de ermitaño, reprende a la soldadesca con paternal *do-naire*.

Junto al puente de Alcántara forman corrillo los caminantes; otros se apean de sus cabalgaduras para pagar el portazgo; algunos saludan, dan la moneda y pasan.

La ola humana tiene ahora un momento de vacilación; ha retrocedido un poco... Un hidalgo fino, montado a caballo, gesticula y manotea airado. La capa veneciana describe unos vuelos de pájaro herido; la blanca gorguera sube y baja formando un arco violento; el caballero habla una lengua extraña y sonora...

Nuestro hidalgo es alto, magro y nervioso. Tiene un cráneo alargado, unos ojos au-

daces, una mirada extraviada, aguda como la hoja de un puñal, y una sonrisa triste, horriblemente triste. La barba negra, poblada en el mentón, agoniza entre ligeros grises. La frente despejada está libre de surcos dolientes. La boca es un poco ancha, un poco sensual; pero pierde su sabor plebeyo entre los labios sutiles, propicios para recitar un madrigal o para desgranar una oración. Hay muchos matices extravagantes en este hombre; hay algo roto en esta personalidad saturada de contrastes. El empaque señorial, altivo, contrasta con su lacayuna iracundia; la tez blanca, de femenina suavidad, no encaja con la viril dureza de sus ojos alterados; la nariz afilada se encorva un tanto, buscando la boca, y da a su dueño un aire de pajarraco, cuando los ingredientes son de águila; la elevada sinceridad de la frente desentona con el vestido histrionescamente llamativo, y toda su movilidad de ave canora choca con la serena rigidez del rostro.

Como un Amadís de lo absurdo, quiere cargar sobre los pobres empleados; éstos se encrespan y tratan de detener al descompuesto extranjero. Nadie se entiende; todos chillan, y el hervor agresivo de las voces se expande envuelto entre blasfemias. Las mujeres piden auxilio a los esbirros de la Hermandad, que brillan por su ausencia. La masa que descende de San Servando, sin conocer siquiera el origen de la disputa, se pone de parte del rebelde. Sube cada vez más al alboroto...

Al fin, el criado se hace oír, y traduce el pensamiento del caballero:

—Dice mi amo que el bagaje del artista no paga portazgo. Según mi señor, el arte es un sacerdocio divino, y tanto monta para el servicio del reino una bula del Papa como sus pinceles prodigiosos; y que, si le atropellan, pondrá pleito al propio rey.

Los pobres recaudadores no han oído hablar nunca de artistas; mas los nombres de la bula y del soberano, injertados en la corta arena, les hacen dejar el paso franco.

—No intervenga la Inquisición y nos emplume; cuando tanto grita, sus razones tendrán...

Camino de Toledo, frente al Alcázar, el hidalgo arroja su máscara de enfado y suelta la risa.

—Hay que ser audaz, Preboste. ¿Por quién me habrán tomado estos pobres diablos?

—Probablemente os creen un príncipe de la Iglesia, que viaja de incógnito...

—Soy más, Francisco; mucho más. Yo soy un hermano de los dioses. Los príncipes pasan y mueren sin dejar rastro, y el reguero de mis obras durará siglos y siglos...

El criado sonríe, acostumbrado ya a las manías de su amo, mientras éste prosigue imperturbable:

—Los hijos de mis pinces tendrán tal fama, que podré sentarme en los escaños de la Gloria, a la derecha del Padre, de Leonardo el Eterno...

GESTO SEGUNDO: LA REBEL-
:-: DÍA DEL CORAZÓN :-:

En el portal, bordado en piedra, hay un cordón franciscano. La entrada está adornada con ladrillo mudéjar; arriba hay un escudo, dividido en cuarteles, donde un lobezno, embarcado en un caldero, muerde un libro. Las armas del muy poderoso señor de Villena riman con el blasón y acaban fronteras al mirador. La escalera del zaguán, linajuda y rica, sostiene multitud de macetas coronadas de rosas bermejas y de blancas dalias; un rico artesonado, con su laberinto de grecas, cubre el techo, dándole ese sabor inconfundible del Renacimiento toledano.

El vasto corredor da paso a un espacioso salón. Las paredes tienen el zócalo árabe, y en lo alto aparecen diseminadas algunas figuras de yeso. El aposento está lleno de tapices y de cuadros; toda la casa es una peregrina amalgama del plateresco, risueño y joven, con el mudéjar, viejo y triste.

Visto desde esta casona, el paisaje aparece revestido de galas solemnes. En el jardín, una parra soñolienta, tendida como una sierpe, se enrosca en las columnas de mármol; la hiedra extiende libremente sus afilados miembros, se abraza a los muros, a las bajas galerías y a las paredes medianeras. Derrama sus lágrimas una fuente mora sobre la loza talaveraña de la cisterna. Debajo están los rodaderos, el cinturón de ruinas que pone una nota de sequedad y acabamiento. Encadenado en hoces hondas, abatido, el Tajo camina sordamente, muerde peñas ciclópeas con un hervor de titán herido, y mancha los remansos de amarillento verdor. Las rocas, enhiestas como muñones desnudos, duermen su sueño milenarío acostadas en la tierra roja. Todo el ambiente está saturado de una quietud enervante que convida a la muerte.

En el balcón está nuestro hidalgo. Su cráneo alargado se va mondando a trechos. Se encorva más su nariz, buscando la sonrisa triste de la boca, un poco ancha y un poco sensual. Como en las grandes montañas, la nieve corona la frente, y como en los valles donde el invierno es duro, la barba tiene sus trechos helados, grises. Los ojos siguen siendo duros, dominadores, y cada vez la mirada tiende a extraviarse más...

Apoyado en la barandilla, deja que los rayos del sol acaricien su frente pensativa. Dentro de esta superficie hermética corre un hervidero de fuego rebelde, loco, agresivo, demoledor; la cara no es más que una máscara, ceniza que encubre brasas. Contempla el curso trágico del río, hosco como su alma.

—Domingo, Domingo mío, buenas tardes.

Es una voz argentina que tiene mimos y arrullos de paloma.

—¡Jerónima! —responde, volviéndose, el caballero.

Se unen en un prolongado abrazo, y penetran en la estancia. El queda de pie, con una piedad apoyada en el brazo del sillón; ella se ha sentado, adoptando un aire de sierva encendida por el amor. Las manos de Domingo, nerviosas, ágiles, se posan en los cabellos ondulados, castaños, sedosos. Yo recuerdo la carita redonda de esta dulce mujer; su frente blanca,

su aire frágil de azucena; la he visto antes, antes... Pero ¿dónde?

Tibiamente, las lágrimas empiezan a resbalar por el semblante de Jerónima. Es un llanto sin sacudidas, callado, maternal; lluvia sin estruendo, como el agua menuda de algunas mañanas de sol. Al fin habla:

—Tía Alfonsa estuvo ayer en casa del deán. Después de muchas protestas de amistad, acabó diciéndole que no puede casarnos. No existe la partida de defunción de mi marido. La hoja del Tercio dice sólo: "Desaparecido". Todos estamos seguros que murió; pero al procurador eclesiástico no le basta...

—¡Bah! Siempre los sapos envidiarán las alas. Como no tienen coraje para acusar al forastero, te hieren a ti para hacerme daño. ¡El caso es herir al intérprete en los procesos de judaizantes! ¡Herirle en su amor, ya que la presa se le escapa! No te apures. Mandaremos al infierno al deán...

Domingo pasea agitado. Sus manos trazan en el aire círculos amenazadores; la mirada se ha hecho más torva, se descompone su rostro.

—Señores canónigos, puesto que no ceñís espada para ventilar este duelo, apelemos a las armas del artista. En guardia. ¡Detened el golpe, si podéis! El extravagante va a daros asunto para que mováis la lengua...

El pintor tiene ahora una sonrisa vigorosa, satisfecha. Pasada la borrasca, la frente queda limpia, pura la mirada. Levanta la cabeza como un conquistador victorioso.

Jerónima le sigue cohibida, temblando ante alguna nueva atrocidad. El orgullo hace a veces de su amante un Satanás.

—Ponte aquí, de pie... ¿Ves este cuadro? Es para el cabildo. Fíjate en sus figuras: van a crucificar a Jesús. También a mí las lenguas toledanas me crucifican diariamente. ¡Tenemos la misma madera El y yo! ¡Los dos somos hijos de un carpintero!

La dulce mujer se persigna:

—¿Qué vas a hacer, Domingo? Ten prudencia, ¡por Dios!...

—No tengas miedo. Verás. Cuando todos los conjurados se arrodillen, vas a surgir tú, suave, ingenua, purificada por mi pincel. La carne



que intentaron picotear se hace immaculada. ¿No quieren casarte? Pues te van a adorar, no como quisieron, sino a lo divino, hermosa mía,

a lo divino. Y que no me vengan con Evangelios; el Evangelio soy yo...

Domingo pinta febril.

—Así. Ya está tu frente de alabastro, limpia siempre de malos pensamientos. Espera. Una sonrisa de perdón. ¿Ves cómo soy bueno? Espera otra vez: tus ojos lindos van a quedar mirando al madero...

Durante un buen rato habla y trabaja al mismo tiempo.

—Al sayón le pongo la cara del deán y lo disfrazo con las barbas del procurador eclesiástico... ¡Bien va a reírse el arzobispo!

Su actividad se centuplica. Moja en la paleta, combina y da la pincelada firme, viril, segura.

—Las viborillas no pueden llegar a este rincón de amor. Este es mi hogar, amparado por la Iglesia. Alégrate: van a doblar la rodilla y a adorarte...

Domingo sigue trabajando. En el silencio de la estancia se extienden los sollozos cortos de Jerónima, y su voz angustiada tiene la tonalidad caliente del acento toledano, cantarín como un villancico:

—Domingo, mi galán, no seas loco. ¡Jesús nos valga! ¡Nos vamos a condenar!...

GESTO TERCERO: LA REBEL-
:-: DÍA DEL CEREBRO :-:

Entra el sol por la ancha ventana, refulge en la estancia y levanta franjas luminosas. Las cortinas, amplias, monacales, están medio entornadas; del dosel cae el guardamalleta, terminando en verdes flecos. El piso es de nogal, limpio, bruñido.

El estrado lo ocupan dos caballetes, y a su lado una banqueta árabe, con almohada de plumas. En un rincón, la losa de pórfido, las moletas y redomas: toda la labor jornalera. La paleta contiene escasos colores: blanco, negro y rojo; encima de un taburete hay laca, aceite de nueces y un poco de tierra rojiza.

Abajo, sobre la consola, cubierta de terciopelo, hay un bargeño lleno de artísticas molduras. Serpentean los relieves, enriqueciendo la cara de las gavetas. En otra mesa, cuyas columnas están terminadas por esfinges, se ven varios cacharros originales. Un vaso de loza

guarda unos crisantemos blancos; en una jarra se besan las dalias y los claveles; detrás, y apoyadas en la pared, aparecen unas estatuillas de barro, retorcidas y atormentadas, sin la alegría y el ritmo de sus hermanas de Tanagra.

La pared opuesta al estrado queda cubierta por una alacena monumental. Los departamentos más altos contienen figuras de arcilla modeladas con segura mano. Representan algunos personajes que luego pueden verse en los cuadros colgados de las paredes. Los otros estantes contienen libros de todos tamaños. A un lado, Homero, el viejo Homero, padre espiritual del pueblo más bello, y junto a este amanecer, el crepúsculo: Eurípides el retórico y Demóstenes el arribista. No está el mediodía de Grecia, el épico Esquilo, el semidiós dramático y sincero. No está el sol de la tarde, el armonioso Sófocles, la luz más bella en el clima moral del paganismo. Sólo están la infancia y la vejez...

A continuación de Grecia, Judea. Un *Antiguo Testamento*, ricamente encuadernado, tiene sobre sus brillantes lomos una cristiana cruz grabada en oro. Es el antifaz. Por último, pegada a esta Iliada judaica, viene la decadencia; vienen los dolientes y santos padres de la Iglesia. Falta en este estante el *Nuevo Testamento*; falta como en el griego, la luz; falta la sonrisa piadosa y divina del lirio de Nazaret.

Siguen luego, en los estantes más bajos, las alambicadas secreciones de la fantasía italiana: Ariosto y Tasso. Durmiendo casi ignorados, unos libros serios: *Aristóteles*, el humano, y el viejo *Plutarco*. Después, tomos de filosofía moral, revueltos con otros libros de pintura y arquitectura...

Al alcance de la mano, usado como un breviarío, el libro de Patricci. Un libro idealista, místico; una linda mariposa de alados diálogos, apasionada de la luz, acaso por ser la luz la que le quema y le mata...

Sentado en un taburete, la paleta en una mano, el largo pincel en la diestra, nuestro Domingo da nerviosas pinceladas sobre un cuadro.

Hay varios amigos en el taller. El más íntimo, el corregidor Angulo, le mira absorto. Don Luis de Zúñiga, un noble retirado de la Corte, pasea por la estancia. Parravicino husmea en la

alacena. Sebastián Horozco hojea un libro. Don Jorge, don Alfonso y don Diego forman corrillo. Covarrubia, indeciso, acababa de unirse a don Luis de Zúñiga.

Mientras tanto, el pintor se levanta, se acerca a la losa, mueve los colores, los compone, los distribuye en la paleta y vuelve a sentarse. Dobla la cabeza a uno y otro lado, se echa atrás, corrige las manchas, gradúa los tonos e impregna el claroscuro de matices grises. Acaba poniendo la mano a guisa de pantalla, y sigue trabajando premiosamente.

El carmelita se acerca, sonriente:

—Mis beatas están indignadas con esa música que alquilas. Dicen que esos músicos te los manda el diablo, un buen amigo tuyo...

—Se equivocan. Ese amigo, tú lo sabes bien, hace tiempo que no me visita. ¿Cuándo ha puesto aquí los pies el deán? Estos músicos son unos ciegos de Olías, a quienes visto con mi ropa italiana. Así puedo soñar como en mi juventud. Puedo ser gran duque unos días; otros, dux, y otros, papa. Los reyes, al ponerse a comer, necesitan que una música distraiga su hastío; yo también soy rey; sólo que mis súbditos existirán dentro de algunos siglos...

En el corrillo hablan algo en voz muy baja; la voz más conspiradora es la de Angulo... Al fin se acercan, y el noble don Luis toma la palabra:

—¿Es éste el encargo para El Escorial?

—Sí.

Titubea el aristócrata; su palabra vacila; un poco de fuego asoma por sus mejillas, ya marchitas.

—Aunque no entendemos mucho de pintura —le dice—, permítenos un consejo. Al rey le gustan los tonos cálidos, los colores fuertes, y tú pintas con entonaciones frías, con abundantes grises...

—Pinto la verdad. Castilla es así...

—Al rey no le va gustando la verdad; es un poco amarga. Y ten en cuenta que su voluntad de hierro no tolera rebeliones; tiene la mano dura y pronta.

Domingo se levanta, da con el pincel tajos imaginarios al aire para hacer más contundentes sus afirmaciones:

—Yo no falseo nunca mis obras. Mi vida,

bueno; ésa podéis vestirla con toda clase de trajes. Sé representar mi comedia como buen actor; pero dejad que mi cerebro se rebele. En el arte, estas rebeldías del color no son peligrosas para mi seguridad. Me llaman extravagante, porque pinto lo que veo: una raza enferma... ¿La envoltura es agria? ¡Qué le voy a hacer! Las almas no tienen sabor de jardín, sino de mortaja. Si el rey pudiera cambiar la vejez de Castilla por un paisaje juvenil como el de Italia, ya me veríais pintar con colores brillantes, con fondo de oro. ¿Decís que a la Corte le gusta Tizziano? Bueno. ¿Qué pinta Vecellio? Venecia, siempre Venecia. Yo pinto Castilla. Los dos tenemos razón; el único engañado es el rey...

Todos se encogen de hombros. Don Luis prosigue con lenta voz:

—Buscas el peligro. Nunca el médico dice la verdad al enfermo. El monarca está en lo cierto: Castilla prefiere el sueño rosado, quiere la embriaguez. Tu fracaso es seguro...

—¡Bah!, fracasaré hoy; pero eso no tiene importancia. El tiempo y yo contra todos...

UNA LÁGRIMA ENTRE RISAS

Parravicino y el Greco bajan por la Puerta del Cambrón; caminan despacio, parándose unos instantes, deleitándose con la dulzura de la tarde.

Junto a la terraza de los Melancólicos contemplan el paisaje extendido a sus pies. Se ve el ábside gótico de Santa Leocadia, anillado de cipreses, erguido como un centinela armado, guardando la hoya jugosa que alimenta a la ciudad. Abajo corre el río, formando en el centro una isla de altas cañas, y a su paso, la vega se torna lozana y feraz. Alamos y fresnos crecen junto a la corriente. Las huertas presentan sus melenas sabiamente peinadas. Unas norias morunas elevan el agua, que salta, se retuerce y cae entre venas estrechas, corriendo a enterrarse en las raíces de las plantas; se oye un murmullo sordo: es el canto de las tenerías. Un camino claro, una nota blanca separa los huertos de la sierra. La falda de la montaña, suavemente levantada, aparece cubierta de olivos. El azul del cielo llega hasta la cima, y las ca-

sas blancas, con su cigarral al fondo, se acurrucan en lo alto como una bandada de palomas dormidas.

—Me escribe Góngora —habla Domingo— y me aconseja una excursión a Sevilla. Dice que podría vender muchos cuadros, dada mi facilidad para las réplicas; pues los indianos que desembarcan tienen sobra de escudos y andan ayunos de arte...

—No hagas caso de Góngora —murmura socarronamente Parravicino.

El camino, apacible, está ahora sembrado de olivos. Queda a un lado la vega seca, llena de manchas rojas; queda al otro lado la sierra y las huertas, con los senos sazonados de fruto. El bendito carmelita alarga el brazo, coge aceitunas y las lanza al aire, jugando con ellas como los juglares con los cuchillos. El pintor sonríe, contemplando la inocencia de este fraile, de continente tan altivo y respetable, y a quien la Naturaleza anifiña fácilmente.

Suben una pequeña cuesta y entran en Buenavista, la casa de campo del cardenal Sandoval. En la verja campea su escudo. Las maceetas, puestas en hilera, forman una calle de flores; junto a la alberca salmodia el agua su quejuna. Un faisán se acerca a beber; el plumaje suntuoso engalana la piedra como una encomienda colocada en un noble pecho.

Atraviesan las cocheras. Por la pared encajada discurre la hiedra, agresiva, hidrópica, guiada sabiamente; arriba, entre los ajimeces de madera, entre las cornisas y los sillares, hay anchos espacios con multitud de nidos. El arrullo de las tórtolas acaricia a todas horas.

En medio del jardín se eleva una fuente, y en pie, en lo alto, hay una estatua: un santo padre de la Iglesia, que recuerda vagamente otra obra de Miguel Ángel. Crisantemos y azucenas forman macizos vergeles; blancas moreras se abrazan a negros álamos. Las aceras están entoldadas con parras, donde sangran los racimos. Por todas partes una vegetación juvenil.

Más adelante, al internarse en las bodegas, un fraile sanguíneo, de labios gruesos y maliciosa sonrisa, les ofrece un vino áureo, gemelo del de la Sagra. Parravicino lo apura con unición religiosa.

La huerta tiene árboles que dan hermosa

sombra. Tiene largos tableros cerrados por olorosas márgenes, y caminitos festoneados de fresa. El agua salta aquí y allí, forma grandes burbujas y desaparece. En un costado está la mina, con sus columnas labradas, tejidas de rosales trepadores, con su boca majestuosa y grave de tabernáculo; dentro brota el agua clara, soberanamente fresca.

En la terraza, sentados en cómodos sillones, está la tertulia. Hay frailes de cara ascética, sacerdotes de rubicunda faz y vientre regalado, seglares de negra ropilla y ojos tristes. Los dos amigos besan humildemente la amatista del cardenal.

Reina un prolongado silencio. Cae la luz divinamente desmayada. El paisaje tiene apacibles perspectivas: tapias, cigarrales, arboledas, ondulaciones amarillentas, todo aparece inerte; sólo allá abajo el río canta su salmo eterno. Fray Alberto de Sonseca, un franciscano exanguie, habla con voz dulce:

—A la postre, todo es sueño, y cualquiera que sea la calidad del traje, de príncipe o de siervo, volveremos desnudos a la tierra. Soñemos, pues, bien quietos...

La tertulia asiente, bajando la cabeza con la rapidez del martillo que busca el yunque. Sólo el cardenal tiene una sonrisa dura, fría. La mirada inquisitiva busca algo: acaso un poco de espuma rebelde entre este estanque de ideas inertes...

Nuestro pintor se levanta de su asiento, moviendo los brazos como aspas de molino:

—No estoy conforme, fray Alberto: al desnudarme por última vez, queda mi trabajo; luego no paso estérilmente.

—Todo esfuerzo es dolor —replica la voz dulce.

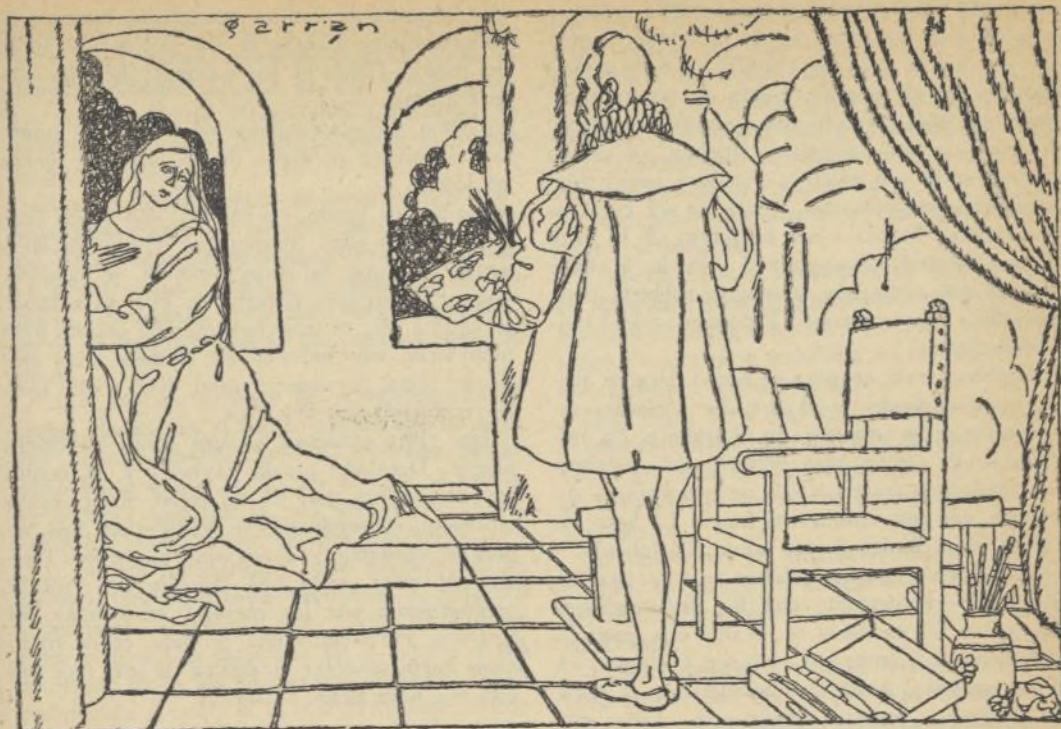
—Para las cepas secas será dolor, no lo du-do; para mí es un goce. Tanto placer encuentro en el crear como en el creer...

—¿Crear? ¿Para qué? Lo importante es salvar el alma. Esa ansia de propiedad, ese afán de atesorar lo que el orín enmohece, es pasión maldita que vive en las naciones herejes...

Domingo replica ágilmente:

—También dijo el Señor: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan." Luego el sudor queda.

La voz embriagadora, la palabra enervante



del franciscano salta presto el obstáculo bíblico aventado por Domingo:

—¡Bah! La cigarra pasa soñando; la hormiga trabaja y suda. Al morir, las dos se convierten en polvo, ninguna sobrevive...

—Sobrevive la hormiga. La cigarra perece con los primeros hielos; la hormiga, no. Es más: los despojos de la cigarra alimentan después a la hormiga...

—Siempre el ruiseñor vivió menos que el gavilán; pero, invierno más o menos, el resultado es el mismo —torna a plañir el fraile.

—Para el individuo, sí; para la vida de los pueblos, no. Figurémonos, padre Alberto, que somos pescadores, como esos del Tajo. Cada vida es una barca, y cada individuo es su barquero. En el arreglo de esta barca, tenéis razón, da lo mismo remar o soñar; da lo mismo tumbarse o sudar trabajando con las redes; lo mismo da que la limpiemos con un cuidado egoísta, que la carenemos con potes de farmacia, o que la carguemos de oraciones. Lo mis-

mo que la hagamos bogar con los fondos sucios, o que la pulamos como una gema. Nadie puede impedir que con el tiempo se hunda fatalmente; recorre una ruta pobre y ruin. No tiene importancia su hundimiento. Se hundirá, más cerca o más lejos; en medio del mar, o al llegar al puerto; pero se hundirá. Ya ve mi reverendo amigo, cómo me pongo razonable. Ahora, ver esto es ver poco. Cada barquita no es más que un trozo de la nave eterna que no queréis ver. Todas nuestras barcas forman los tablones, las jarcias y las velas de esta galera altísima. El egoísmo las empieza a soltar, en vez de permanecer atornilladas y unidas...

Los ojos de su ilustrísima despiden un brillo especial, de captación, mientras el rostro sigue impenetrable. El franciscano replica, irónico:

—No veo la nave, hermano. Ni en el Tajo ni en la huerta...

La tertulia suelta unas risitas aconejadas.

—No es fácil verla —sigue Domingo—. Se

necesitan otros ojos; porque Castilla anda ya ciega... Los lazarillos somos forasteros o gentes sin patria. ¡Ay de Castilla! Todos andáis metidos en el arreglo egoísta de vuestras canoas, que sólo viven lo que vive una luminaria. Y poco a poco la galera altísima, la galera eterna, queda sin galeotes. Acabará convirtiéndose en nave fantasma... Preferís ser cigarras en vuestras barcas a ser hormigas de la gran nave. ¡Seguid! Despertaréis cuando la nave choque con otras que tengan la cubierta llena de armas y de barqueros. Entonces será el crujir de dientes...

Domingo está en pie; su mano derecha traza risibles curvas en el aire. Se adelanta, parodiando a los oradores en el púlpito. Su mirada se ha hecho más errante; las palabras trágicas salen de sus labios de una manera divertida, con una entonación hueca. La boca ríe con la risa cómica de los bobos del tablado.

La tertulia, gozosa, saborea esta escena. Se divierten enormemente con las declamaciones del pintor. El cardenal se levanta con enigmático talante, y corta así el lance burlesco. Va a dar un paseo hasta los Lavaderos, y la corte de clérigos y seglares queda atrás, como una procesión discreta que sigue a corta distancia a la imagen...

El cardenal es un hombre magro, sarmiento, gran andarín. "¡Es triste —piensa— que sólo ese hidalguito de Esquivias y este pintor aventurero vean con claridad! ¡Y qué bien se esconden los dos! Miguel envuelve entre absurdos lances de caballería su pensamiento pecador. Este se finge loco, como David en tierra de idumeos. Los dos buscan el cadáver; porque ya sólo lo fúnebre nos hace reír. ¡Pobres! Sin mi protección, pronto caerían, a pesar de lo diestros que son en ocultarse. Nadie ve tras esta corteza de burlas la miga de nuestros infortunios; sólo ven el traje de bobo de estos grandes actores. La nave está perdida; se va a fondo sin remedio..."

La silueta de Sandoval se recorta erguida sobre la loma. Camina a prisa, con nerviosa agilidad. Poco después, la mancha de los olivares oculta a la tertulia, que, libre de trabas severas, prosigue el cómico lance. Rasgan el silencio de la tarde clara unas risas fuertes,

que se extienden como un cálido himno; de pronto vuelve a oírse la voz grotesca y agria del pintor. Habla de sus cuadros; dice que son mascarillas...

Gritos, nuevas exclamaciones joviales, mientras Domingo prosigue dando zapatetas como un loco:

—¡No los vendo, los alquilo! No tenéis bastante dinero para comprarlos. Veréis en ellos a una raza que, fatigada y molida, se ha acostado. Por orgullo, necesita la risa para tapar su agonía. Si; es una raza valiente que no pide plañideras, sino bufones. No llaméis a los médicos; rezad, hermanos, rezad; leed a esta raza la recomendación del alma...

Las risas atruenan el aire como un clarín alegre. Domingo queda zaguero y se oculta tras la sombra gris de un olivo. En el corto entreacto, su semblante se transforma. Los labios se repliegan, y de los ojos, que hacen traición al actor, salta una lágrima que resbala piadosamente por las mejillas encendidas del histrión. Pura como una ofrenda, corre silenciosa hasta absolver el antifaz de una risa que aún nos hace daño. ¡Aún!...

:-: BALANCE ESPIRITUAL :-:

Una niebla cerrada iba lentamente envolviendo su cuerpo y empañando sus ojos. Con ella subía el frío, dejando inmóviles las piernas y buscando el desfiladero de las arterias. Para el combate final quedaba la memoria, cada vez más lúcida, y el corazón, que galopaba febrilmente. Se parecía esta niebla a las del Tajo, que borra las hoyas del paisaje y el cuerpo de la ciudad, pero deja limpia la cumbre...

El pecho y garganta se hincharon con el ruido sordo de los fuelles de un órgano. Lloraba Jorge Manuel en la vecina estancia. Con paso cauto acababa de salir el confesor, y el aire de la mañana clara traía el eco argentino de unas campanitas monjiles.

¡Paseos mañaneros! Desde la peña del Rey moro, Domingo veía la acurrucada ciudad, palomita gris que empezaba a despertarse. Cualquier libro antiguo le bañaba el alma con su agua heroica; estas oraciones matinales endurecían su voluntad. Con tales abluciones pre-

paraba el espíritu para el trabajo del pincel. En cambio, ahora, cabalgando en la nube, la sonrisa diabólica de uno de sus héroes amados parecía decirle: "La comedia termina; ya puedes pensar alto; la lengua muda no podrá hacerte traición."

El actor había dejado su escenario, y ocupaba como espectador su sitio humilde de enfermo. En el lecho, su personalidad se desdoblaba. Lo primero que acudió a su memoria, en revuelto y brillante tropel, como los paños flotantes de sus cuadros, fueron sus pasadas horas de amor...

En el sabroso prólogo de la embriaguez suprema, desnudaba el objeto amado con un temblor de servidumbre. Sonreía Jerónima, resignada, hasta que el fuego del amante se fundía en el ara. Apagada la sed, cuando él quería volar, los brazos dulces volvían a retenerle.

Y en esta hora trágica, una embriaguez espiritual, una angustiosa excitación le impelían a desnudar su dolorosa vida. Caían rápidos los velos ocultos, las máscaras de la astucia y del disimulo: todos los tapices que el tiempo había endurecido. Temblaba la piel arrancada, mientras la memoria, con una clarividencia volcánica, revivía pasajes y escenas. Su vida se ofrecía por primera vez con los contornos desnudos, sin engañosos ropajes, y aunque él quería olvidar, la memoria, encendida de sinceridad, le clavaba en el lecho del recuerdo. Sí. Como Jerónima...

La boca de Domingo tuvo una mueca. Preboste se acercó, creyendo que iba a llamarle para tomar la medicina. Se alejó desalentado. Del pecho agonizante salía un silbido agudo...

:-: :-: LA MAÑANA :-: :-:

Una mañana activa y borrascosa. Evocaba la tiendecilla de Candía, donde su abuelo Ezequiel le enseñó a dibujar.

El viejo rabi le hablaba de Toledo con más fervor que de Jerusalén. ¡España, la tierra de promisión, la cuna de su familia! Mientras el abuelo se sumergía en el pasado, Domingo escapaba sigilosamente...

El muelle. Las naos panzudas, mecidas por la espuma azul de las olas. Sobre el puente, el

mercader veneciano daba órdenes a los cómitres, recogía las telas suntuosas, la seda adamsada y el encaje bizantino...

Domingo se acostó muchas noches con los carrillos señalados y limpio el estómago. Pronto el *Talmud* caía de sus manos, y con los ojos cerrados, como los embarcados en el bajel de la Fe, escapaba nuevamente en una nave hinchada por el ensueño.

Primero, la nave anclaba cerca de la casa de su amiguita Esther, mostrándole cofrecillos de sándalo, arquetas doradas y vestidos brillantes; luego, la sirena le enseñaba su lengua de ave, que Domingo quería besar...

Más lejos, otra mujer, de cara atormentada y sombría, le miraba con una tristeza infinita. Domingo solía enfilarse en la nao tras ella, ansioso de descubrir el secreto de los ojos misteriosos y dolientes.

Al despertar, se enlazaron siempre los recuerdos de su gentil amiguita y de su madre agonizante, con Venecia, la coqueta, y la trágica Toledo.

Tenía Domingo doce años cuando vino a verle su padre. Era un hombre raro Efraín. Vivía agregado a la Corte de Solimán el Magnífico, tomaba parte en sus campañas, fué siempre su tesorero fiel. Les unía la misma inquietud de caminantes. Su amo era la cigarra conquistadora; él iba detrás, llenando como una hormiga las arcas de su señor. Tras la espada, el oro, en este juego de naipes guerreros. Efraín no congeniaba con el abuelo: sentía odio hacia aquella vida inerte, hacia aquel entumecimiento entre las cuatro paredes de la tiendecilla, como en un ataúd...

Domingo fué a Constantinopla. Un artista griego le dió lecciones de pintura. De aquel viejecito sólo recordaba su voz cascada al enfurecerse: "Soy descendiente de un Paleólogo, perro judío." Fuera de estos momentos de vanidad heráldica, el hijo de reyes tenía una suavidad lacayuna.

Después vino la tragedia; sus destinos se truncaron. Aunque, bien mirado —pensó Domingo—, toda su vida había sido un continuo fracaso, un derrumbamiento constante.

Cada vez que el pájaro de la ilusión emprendía un vuelo, la realidad se encargó de retor-

cerle el pescuezo. Desde niño, su vida sangraba; gracias al abuelo pudieron embarcar: "Mi hijo Efraín está loco —decía—. Castigo de Jehová por su amor a un rey idumeo." ¡Qué terror el de Domingo durante el viaje! Su padre aullaba como Nabucodonosor...

Vuelta al muelle de la niñez, al vagabundo diario. Allí, entre griegos traviesos e italianos de mareante charla, se adiestró su cuerpo; venía unas veces con los puños, y las más con el ingenio. Al llegar a la tiendecilla, descubría en seguida el abuelo su vestido sucio. Menudeaban las palizas. En la mañana de su vida, el dolor no pasó de la piel; pero la dejó tan macedada...

Hasta que una tarde la nao veneciana, que, como mujer fácil, le llamaba ardientemente, le ocultó en su regazo aventurero...

:-: :-: EL MEDIODÍA :-: :-:

Sus primeros pasos fueron terribles, y eso que su vida había entrado en la primavera.

También en Venecia se acostaba con un nuevo *Talmud*: las *Memorias de Leonardo de Vinci*. Todas las noches durmieron con él, sobre el embozo de la sábana; pero el culto en este Nuevo Testamento del arte no miraba a Jerusalén ni a Samaria...

Tuvo un alma Leonardo igual a la suya; la misma sed, las mismas alas; sólo que Leonardo volaba siempre. ¡Y él tenía tantas caídas!...

En cambio, a los compañeros de taller, a falta de alas, les crecieron las escamas de la envidia. Todos ellos se arrastraban como serpientes, y solamente la lengua, taladrante como aguijón de avispa, podía elevar un poco sus ingenios...

A pesar de sus esfuerzos, se enlodó cada vez que tocó tierra. Los mercaderes eran iguales a los lobos de las ergástulas de Bizancio. Los curiales de negra moralidad roían las leyes como ratones. Jamás topaba con águilas.

Entonces su corazón ingenuo se acercó a la mujer... ¡Tenían, como los ruiseñores, una garganta tan divina y un cráneo tan pequeño!... Volar, no. Pero, mecidas en el árbol del pecado, sus gorjeos no podían ser más dulces. Buscando su arrullo, se elevó algunos palmos de la tierra y sus miserias.

Pronto el cáustico de la amargura fué quemando una a una todas las plumas ingenuas de estos cortos vuelos de amor. Claro que, en el silencio del cercano canal, las serpientes humanas fueron descalabradas por el ágil puño del Rolando semita. Mas luego venía el desconsuelo. Era imposible luchar cara a cara; el odio de sus compañeros, como una hidra mitológica, renacía más audaz a cada uno de sus mandobles; nuevo Laocoonte, sus lágrimas de rabia caían sobre el oleaje indiferente del mar, sordo, como los hombres, ante sus gritos...

Al viejo maestro le dolía que el discípulo predilecto huyera de su lado. No pudiendo convenecerle, le recomendó a Julio Clovio. Únicamente se despidió Domingo de otro compañero, rebelde como él, y que tanta influencia ejerció después en su arte: el Tintoreto.

En Roma abundaron sus gestos. Recrudescida la fiebre religiosa, endémica en su raza, presentó un memorial al Papa prestándose a cubrir con vestidos pudorosos la desnudez pagana de algunos frescos de Miguel Angel, el escultor casi divino, tan odioso como pintor... A los cardenales les hizo gracia la originalidad de la oferta. ¡Renegar del paganismo un griego! Bien que no pasó de gracia...

Sin embargo, esta postura teatral le atrajo el aplauso de los nobles y la sonrisa de las damas. El pintor triunfó...

De repente se acordó de Catalina, la noble dama en cuyo regazo volvió a oír los gorjeos de Eros. Juraba ella amar tiernamente al pintor de ojos locos, que a la elegancia de un gran duque florentino unía el ardor del jayán... Recordó aquellas carnes opulentas, aquella risa sabrosa, abierta como una fontana, en el prólogo de las nupcias, y donde calmaba su sed. Sólo que, en vez de elevarlo, fué este amor el rayo de sol que volvió a fundir sus alas.

Un rival celoso descubrió a la dama el origen impuro del galán. ¿Pues no creyó Domingo que el ruiseñor volaba? Los labios de Catalina se plegaron en un mohín de asco, como si en la carne besada hubiera descubierto las manchas de la lepra.

Quiso matar al rival, pagando los asesinos... La indignación de Clovio fué enorme...

—Careces de las armas de tu raza. Quieres

ser italiano hasta en tu venganza, y no haces caso de mis consejos. Pues bien: irás a España. Si descubren tu origen, mueres; veremos si esto te enseña...

—No me importa morir.

—¡Cobarde! Hay que saber ocultar las raíces. Sólo enterrándolas puede ser fuerte el tronco. No olvides que es necesario conservar limpio el vaso del arte, no para exhibir su barro orgulloso, sino por el agua eterna que pudiera contener...

:-: :-: LA TARDE... :-: :-:

A bordo del barco, en el silencio del mar, Domingo vió que quedaba atrás su mediodía, soleado por el amor. Iba a llegar la tarde. Después del brote primaveral, lleno de hojas dolientes, el rosal se abría caldeado por los fracasos.

Maniobraban los marineros encima de las jarcias. Aquella gente de mar tenía un ingenio soberano para domar al aire y navegar con toda clase de vientos. Aunque el aire viniera de proa, las velas, tendidas a la bolina, formaban un ángulo, un ángulo salvador, y la nave corría siempre...

Asomado a la borda, vió morir contritas las olas más rebeldes. Como esta galera, y sin necesidad de estrellarse, navegaban muchos en la vida. Pues bien: como aquellos marineros, su voluntad sabría en adelante domar todos los vientos.

La carga del galeón había que salvarla... Allí se almacenaba la obra futura. Nada de navegar con la proa de cara; con borrar el nombre del navío y formar el ángulo salvador, el fruto quedaba asegurado. Los odios de raza, como aquella Italia tan juvenil, quedaban atrás.

En Toledo, el cerebro pudo triunfar de la sinceridad de antaño; cada día iba echando una nueva paletada sobre las ascuas de su verdad semita. Tan adentro la enterró, envuelta en el ataúd del símbolo, que jamás brotaba entera a la superficie. La falta de costumbre hizo que al principio le doliese, como si se arrancara una flecha clavada en el camino del corazón. ¡Qué difícil era transformar la agresividad, la línea

recta de antaño, en ángulo salvador, merced a las telas embreadas del disimulo!

Para tener el viento propicio, oía misa. Con los vecinos fingía un desconocimiento completo del castellano; así alejaba las lenguas curiosas y los canes de la envidia. En las tertulias levantaba la cerca de la locura; pero el dolor de la ruta, el trabajo de caminar con rumbo torcido, hizo que en su alma brotaran las espinas. Estas púas agresivas, guardadas en el carcaj de la extravagancia, salían disparadas por el arco del sarcasmo.

Sin embargo, todo lo adoptó: costumbres, hábitos, novenas y confesiones. Los colores de la ropa y los del alma. La oruga del sentimiento, para no ser devorada por los corchetes del Santo Oficio, era un trozo más de la hoja religiosa, con el mismo color fanático de la raza. A la violencia de la juventud sucedía la simulación, arma defensiva de su madurez. El fuego emocional, los frutos atrevidos de su inteligencia quedaban ocultos. Nada de atacar con los puños, sino con la astucia y el engaño. Fingía siempre, y se encontraba más judío...

A medida que avanzaron los años, la simulación era más fácil. El matiz religioso, la negra ropilla, el empaque austero eran vestidos casi agradables. Así enmascarado podía impunemente vivir; la obra muerta de la nave adquiriría cada vez más fondo; mayor elevación de ingenio, las velas...

Modificó la frase de Clovio. El vaso, por elegante que sea el cristal, no tiene importancia. Al fin, barro, peor o mejor cocido. Su contenido, sí. El pozo de los Carmelitas, tan feo y seco, ¿no daba el agua mejor de Toledo? ¿Un agua fresca, pura y milagrosa? Toda su naturaleza leal, toda su intrepidez de carácter, todos sus gestos y gritos, todo el cristal fué, poco a poco, manchándose con la suciedad que encontraba en las demás almas: astucia, adulaciones, engaños...

La agresividad se trocó en sumisión. La cara, en vez de espejo, fué brocal hosco que ocultaba su estado interior. Embadurnó todos sus valores. La inteligencia le sirvió para escamotear su sentimiento; la meditación y el rezo ocultaban su rebelión interior. Por fuera, la voluntad movía la noria y elevaba las vasijas de

barro entre las risas de las gentes... Nadie veía el agua escondida, que, en vez de caer en un arcaduz, a la vista de todo el mundo, disimulaba su desagüe en el atañor del futuro...

No quiso ser siervo, ni esbirro, ni cortesano. Y es que, a pesar de estar tan hondo, el fuego ardía. Con heroico esfuerzo procuró apagar estos chisporroteos que se ensanchaban allá adentro... En algunos momentos aciagos, la corteza conservadora era tan delgada, que la llama salía gritando. Después, pasado el peligro, estos escapes de sinceridad le daban miedo. ¡Pobre nave, siempre con fuego a bordo!

Su memoria iba recordando: peleas con alcalberos y canónigos, discusiones con frailes y cardenales, palizas a criados y discípulos. Lo malo es que estos gritos hubo que salvarlos con piruetas. Despertando la risa, su impunidad era segura. Como buen bufón, hizo danzar a sus ideas delante de caballeros e inquisidores...

Más tarde, con la vida en pleno estío y su arte en completa madurez, fué abriendo un nuevo cráter a estas pugnas rebeldes, que escapaban de sus yacimientos subterráneos y salían a sus labios con el salvoconducto del ingenio, volando por lonjas y tertulias. Guardó la verdad para el lienzo. En su arte, los resortes de la sinceridad podían saltar sin que peligrara el autor. Y él, que se había escondido en el Expolio y se asomó con timidez en el Entierro, copió su rostro para la efigie de Cristo en el paño de la Verónica del cuadro encargado por las dominicas. Y en otra obra que le pidió una noble dama se presentó de Laocoonte... Desnudo, como aquella verdad que pugnaba por salir; enroscado entre las serpientes del antifaz, que iban envenenando lentamente su sangre...

Fué más allá en su venganza. Así como Leonardo tuvo siempre en sus cuadros un símbolo por asunto, Domingo, con una voluptuosidad refinada y satánica, dió con su "motivo" hondo y eterno, como la venganza de Jehová indignado.

Toda la espuma de la representación cristiana, sacerdotes y caballeros, tenían unas cabezas duras y redondas. Como divisa tenaz, las eclesiásticas llevaban además la tonsura. Y el cerquillo se tapaba con otra corona de seda, negra o morada. ¡Siempre el círculo!

Su motivo simbólico había de ser, en adelante, la mixtificación de esta figura. ¡Con qué placer fué alargando los personajes, alongando las formas! ¡Con qué saña sabrosa iba cubriendo los lienzos de cráneos picudos, semíticos, imagen suya y de su raza! ¡Su técnica elíptica! ¡Era la venganza, escondida bajo una careta tan intelectual, que jamás se podría desentrañar!...

Y gozaba aún, viéndose morir, con el símbolo terrible. En la mañana póstuma, inquisidores orgullosos y caballeros altivos tendrían el ropaje cristiano, y semita el cuño. No era romana la ciudad; era judía, como él...

En su arte es donde brilló este fuego rebelde; en el divino campo donde las revelaciones brotan puras. Todo el manantial de sinceridad que contenía el vaso subió al pincel e inundó de azul y carmín las telas. Surgieron los semblantes sombríos, las almas preñadas de remordimiento, las frentes secas como hojas marchitas. La raza dominadora entraba en su invierno, y todos aquellos caballeros de sus cuadros disponíanse a enterrarla con glacial indiferencia.

Castilla agonizaba. Tapiaba sus heridas con disimulos bizarros. El empuje del brazo pasó a la voz. La fortaleza de los Tercios se trocaba en procesiones; la espada, en disciplinas; la tierra, que había sido sábana de victorias, en duelo fúnebre, en ropilla de mortaja. ¡Con qué amor pintó el entierro del Conde!

Aparte ciertos remolinos en que pudo naufragar, como el atrevimiento de vivir en la Judería, su espíritu se adaptaba maravillosamente a la ciudad. Su inteligencia adquirió la frialdad de la aurora, que es luz. Sus pensamientos caminaron con la flexible sagacidad de las serpientes.

Veía dos etapas claras: la rebeldía ante la vida y la sumisión en el arte. Toledo lo transformó en sumiso ante los hombres y rebelde en el arte.

¡El alma de Toledo! Le gustaba ver la ciudad desde los picachos; así, la sorprendía mejor. Y pensando en esto recordaba Domingo las páginas pasadas. Primero, el terror de la niñez; luego, los odios de aquella Italia sonriente; más tarde, la villana esclavitud del disimulo.

Sin embargo, ¡cuán grande era su amor a la ciudad! Toledo, en cuyos flecos sagrados iban sus huesos a hundirse, destilaba, como su pobre vida, dolor, mucho dolor...

Algunas veces, al volver de sus paseos mañaneros, se encontraba con las cuerdas de judaizantes, avanzando en largas filas, abatidos y quejumbrosos; sosteniendo la vela amarilla que maculaba la honra, pero que salvaba de la hoguera. El tenía que mostrarse alegre, como todos los curiosos. Aunque eran peores los autos de fe en Zocodover. Del quemadero de la Vega recordaba el chirrido de las llamas, el trágico hedor, los alaridos de espanto, el chisporroteo de los cirios, mientras el sol y la carne hereje agonizaban. Exageró los rosarios, redobló las novenas...

Nada pudo beber puro. Ni la alegría juvenil en los ojos de Catalina, ni la sonrisa maternal de Jerónima. Nada pudo exaltar con orgullosa sinceridad. Todo estaba enturbiado con el recuerdo de su origen. Nunca el rayo de sol, la luz bienhechora. Siempre la luz de luna, atormentada, pálida, angustiosa. "Como Jesús, todos los judíos seguimos bebiendo un cáliz muy amargo", pensó Domingo...

Clavado en el lecho, como un mártir en su madero, veía limpia y clara su única sinceridad: el Arte. Toledo y él eran dos solares trágicos y abandonados. Los dos espíritus tenían la misma luz de luna, las mismas sombras de ruina y vejez. "¡Oh Sión, Sión!" —como decía el abuelo. Los cimientos del alma toledana estaban formados con cráneos judíos.

Estas pilas de calaveras, estos rosarios de esqueletos sirvieron de base al ideal cristiano. Las gentes sólo veían el edificio: la piel mora o los ojos alucinantes de los místicos. Sólo veían el tejado religioso: los caballeros de negra ropilla y las tonsuras que, como una oriflama, denunciaban la milicia a que pertenecía el solar. ¡Cuánto dolor encerraban los dos subsuelos, el de la ciudad y el de su arte!...

Más niebla. Un rayito de sol, que era luz y era venganza, penetró en su conocimiento, cada vez más lúcido, a medida que seguía agonizando el cuerpo. Vió que la carne judía enterrada iba dando unas flores monstruosas que se internaban en el espíritu de la raza. Por el

árbol cristiano subía la hiedra trepadora. Las familias de heráldica más orgullosa llevaban en su sangre el color amarillo verdoso del emblema semita... Aquel caballero de la Encomienda tenía la nariz rabínica. Eran buídos y aun algo torvos los ojos del noble inquisidor. Aquí y allá, en el pícaro aventurero o en el tonsurado asceta, brota el rasgo judío; los pétalos de la flor, cuyas raíces estaban tan soterradas. ¡Y sólo lo profundo es eterno!...

:-:-: NOCHE CERRADA :-:-:

Cesaron al fin los gritos del Prometeo encadenado a la roca del disimulo. Los ojos de Domingo quedaban sin luz; la niebla los había invadido. Serenamente siguió hojeando su vida. ¿Para qué quería ver la estancia? Bajaba tan pobre a la tierra...

Moría como Toledo, arruinado por los usureros. La cama de nogal, torneada regiamente, cuna un día de amor, era hoy lecho de su última enfermedad. Ya no veía el pabellón de áureo rodapié, ni los dos cofres viejos, ni el sillón desvencijado...

El recuerdo volvió a pasar otra hoja. Vió algunos de los ingredientes con que se aderezaron sus impulsos; al miedo se unió la comezón maldita de devorar tanta tierra. De niño, Creta, Venecia. De joven, Italia. ¡Siempre el miedo le hacía huir!... Afincado en Toledo, sus vuelos fueron cada vez más cortos: Illescas, Orgaz, Urda. Cuando quiso embarcar para las Indias, la ciudad, y, sobre todo, Jerónima, cortaron sus alas de aventurero con la fuerza de las lágrimas.

Vino el quietismo, largo, poblado de años; un quietismo como el del abuelo, que consumió treinta años en la tiendecilla.

De pronto la claridad económica se perdió entre bruscos contrastes. En su atardecer, la inercia se injertaba con una era de dádivas, músicas y despilfarros. ¡Qué trastorno el de sus manos! Cuando debió ser garra ahorrativa, la mano se abrió y fué cestillo de despilfarros. En cambio, cuando era caminante, en vez de extender las manos y abrirlas, las cerraba tericamente, atesoraba como un loco. Ni el platero

Ezequiel ni el tesorero Efraín fueron así; ¿cómo habría sido su madre?...

No quiso acordarse de los últimos años, de su crepúsculo melancólico; pasó las hojas de prisa. ¡Qué soledad en aquellas grandes estancias! Nuevas luchas con los usureros y médicos, con los gusanos de la ciudad. Un poco más de barro que se asía a sus zapatos anónimos.

¡Cuánta tortura en su descenso! Los ojos, casi ciegos, se apasionaban de la luz. Veía un Toledo sombrío, con un azul trágico, un gris triste, unos anocheceres sangrientos. Sus cuadros eran la única página abierta en el libro siempre cerrado de su vida. ¿Sabrían leer después este secreto?

Por fin, el vaso dolorido iba a deshacerse y a descansar. Echó una ojeada final a su obra. Quedaría el pintor, acaso el arquitecto. También algún retablo esparcido por los pueblos ricos: Sonseca, Illescas, Yébenes. Del escultor quedaban las figulinas regaladas al deán de Cuenca. La obra era muy vasta y con muchas raíces.

Todo estaba en regla. Sus memorias, en manos del fiel Parravicino. El testamento, con su último antifaz; de testigos, dos hermanos de raza disfrazados de griegos...

Bajaba desnudo a la tierra. Cada vuelo fué un dolor y, sobre todo, una herida. Mas, gracias a estas sangrías del fracaso, pudo depositar su gema en las manos ancianas del tiempo. Afincado en Creta hubiera sido un excelente platero; si no se marcha de Italia, la gloria quedaba reducida a ser un discípulo predilecto de Tintoreto; en Sevilla hubiera sido un indiano más. Sólo aquí, saboreando un calvario espiritual, llegaba a la cumbre. Era el brote del Renacimiento, transplantado a una tierra dura, apretada como los pechos de una loba.

¿Pero no se malograría la cosecha? Había

traído los vestidos, la forma externa; no trajo el manantial interior... ¡Tuvo tanto miedo a la helada espiritual que podía resquebrajar el vaso!

“Acaso durante largos siglos Castilla seguirá copiando las hojas, no los órganos esenciales del Renacimiento. ¿Se perderá el fruto? ¿Por qué no transplanté la entraña, el tallo joven o la filosofía en vez del arte? Me faltó valor; tuve miedo al martirio...”

“Borremos las dudas angustiosas —pensó Domingo—. Dentro de unas horas llegará mi entierro. Acudirán todos los personajes de mi famoso lienzo. En el crepúsculo de una tarde abrilena, el duelo se pondrá en marcha. Primero, las cofradías, con su vela de pago. Después irá el párroco rodeado de sacerdotes. Las voces roncas de los sochantres harán más triste mi tránsito. Angulo y otros caballeros llevarán las cintas. Mi hijo presidirá el duelo... En el trayecto hablarán de mí familiarmente, en un tono tranquilo, insensible. Irán colacionando mis virtudes...”

Aún pudo percibir unos sollozos; luego, unos murmullos reposados, con aromas de rezo; por último, una voz lenta, grave y quejumbrosa: “¡Es tan larga su agonía!...”

La nube le fué empapando; el espíritu dió una llamarada milagrosa, y con ella vino la visión triunfal. Su carne, como la del conde, bajaba a la tierra para nutrir los cimientos de la ciudad. Pero su obra, que era su alma, subía, llegaba a la parte alta del lienzo, entraba en el coro celeste. Sentados estaban Tiziano y Miguel Angel. De rodillas, Clovio, implorando ante Cristo, que tenía la cara enigmática de Leonardo...

Sintió frío, obscuridad interior, la sequedad de la nada...

FÉLIX URABAYEN.





V E N T U R A G A R C Í A C A L D E R Ó N

Después de viajar por numerosos países de historia remotísima y ambiente fabuloso, me convenzo de que es más interesante ver cómo viven y mueren los hombres de nuestra época, aunque no tengan historia, que contemplar los restos de civilizaciones extinguidas hace siglos. Los ríos sagrados, las pagodas, los monumentos grandiosos como montañas, en los cuales la piedra parece hablar aún con la vida que le infundió el cincel de generaciones convertidas ya en polvo, nos saludan como antiguos amigos que conocimos en los libros; pero extinguida la primera impresión de novedad, lo verdaderamente curioso para el novelista es el modo de vivir y la manera de sentir de los grupos humanos que siguen reproduciéndose sobre estos escenarios de la historia, polvorosos y adormecidos.

Todo esto viene a mi memoria al leer por segunda vez el último libro de mi amigo Ventura García Calderón.

Cuando lo conocí, este volumen, apenas publicado, dije en una carta a su autor: "Sus cuentos son magníficos. Brío, colorido, interés, todas las cualidades verdaderas del gran novelista se hallan en las páginas tan humanas de *La Venganza del Cóndor*." Ahora aprovecho la oportunidad para añadir algo de lo mucho y bueno que pienso de él y de su obra.

Los relatos del presente libro se desarrollan en la legendaria tierra del Perú, que lleva cuatro siglos excitando la imaginación de los europeos. Así han nacido las frases célebres "Vale un Perú" o "*C'est le Pérou*", palabras de asombro y simpatía inspiradas por el famoso virreynato a orillas del Pacífico, tierra maravillosa para los hombres del Viejo Mundo, a causa de los tesoros inagotables de sus minas y el fantástico despilfarro en que vivieron sus habitantes principales: largueza sólo

comparable a la de los grandes próceres del Renacimiento.

Los galeones españoles, con sus cargamentos de oro y de especias, ansiados por la codicia de piratas ingleses y franceses, atravesaban los mares misteriosos de las Indias, con lengua y penosa navegación, cortando su misterio, poblado de fábulas y terrores por la fantasía de los navegantes. Del suelo del Perú proviene la mayor parte del oro que hoy está guardado en los sótanos de los Bancos de Francia y de Inglaterra o en las cavernas blindadas, como los flancos de un acorazado, al pie de los rascacielos de Wall Street. Pocas novelas tan interesantes como la historia de un lingote de oro, desde su salida a lomo de llama de una boca del cerro de Potosí para ser embarcado en el Callao, hasta que fué a dorar en España la corona de algún Cristo milagrero o a convertirse, tras numerosas aventuras, en un águila de oro de los Estados Unidos.

Pero volvamos a los cuentos de García Calderón, que encierran hondas emociones sentimentales y al mismo tiempo sirven de poderoso excitante imaginativo.

En mis viajes por la América del Sur no llegué a visitar el país de este admirado escritor. Por fatal engranaje de las circunstancias de mi vida me fué imposible realizar un antiguo deseo de escribir varias novelas sobre el pasado extraordinario del Perú. De ahí mi alegría al ver que un artista literario como García Calderón ha empezado a tallar en esa cantera virgen.

Es el Perú uno de los países que mayor interés pueden ofrecer a los novelistas. Existen en él, superpuestas, varias civilizaciones: el remoto pasado de los Incas manirroto, jefes de un imperio vasto y absoluto, con civi-

lización de colmena; el pasado, más próximo, de los temerarios españoles, fieles amantes del oro y de la muerte, cuyas audacias, heroicamente absurdas y triunfantes, no tienen igual en la historia humana; y luego, en un ayer más reciente, la Lima de los tiempos coloniales, ciudad de "tapadas" con negro manto, de discreteos e intrigas amorosas, capital americana de la gracia y la feminidad que en el siglo XVIII copió los jardines de los reyes de Aranjuez y de La Granja, y que algunos viajeros compararon con el esplendoroso Versalles.

La vida actual del pueblo peruano se refleja en las páginas de *La Venganza del Cóndor* como una concreción de la energía de los conquistadores españoles, la elegancia y mollicie de los criollos coloniales y la tristeza aborigen del indio, despojado y sometido.

Celebro que García Calderón, al escribir cuentos, haya pensado en su país, recordando lo que vió y escuchó de niño, cuando las impresiones de la vida exterior arañan más hondo en nuestra memoria. La juventud literaria de algunos países de la América de lengua española ha perdido varias décadas de vida y de trabajo escribiendo poesías versallescas o relatos elegantes de Europa. Esto es lamentable, pero no merece un comentario cruel. Todos hemos escrito alguna vez sobre cosas remotas que nos interesaban mucho, por lo mismo que temíamos no llegar a verlas nunca. En cambio, García Calderón, como ha vivido la mayor parte de su existencia en Europa, siente la nostalgia de su país de origen y escribe cuentos del Perú.

A los relatos de vida elegante de París, que tanto gustan a muchos de sus compatriotas, ha preferido las tragedias violentas, los ásperos contactos de las diversas razas que conviven entre las fronteras de su país. Y todo esto lo narra sobriamente, como un verdadero artista, sin amplificaciones ni palabrería rebuscada y, muchas veces, inoportuna, dando una exacta y honda impresión de vida con las precisiones del que ha nacido novelista e instintivamente sabe encontrar la frase oportuna y el detalle exacto.

Yo siento una simpatía que me atrevo a lla-

mar de familia por este autor peruano y por los personajes nacidos bajo su pluma. Muchos de los indios que él describe muestran la tristeza valerosa y el tesón invencible de algunos tipos de mis novelas valencianas: *Cañas y barro*, *La barraca*, etc. Hasta el mismo García Calderón tiene algo en su cuerpo y en su espíritu de los españoles de Levante criados a orillas del *Mare nostrum*. Es corpulento, de hombros cuadrados y cabeza de cúpula, como los marinos del Mediterráneo que gobiernan en *Flor de mayo* su vela latina sobre un mar profundamente azul, que parece de añil, y otras veces lívido y repelente, cual si fuese de bilis, yendo a través de sus olas en busca del pan y al encuentro de la muerte.

Este peruano siente un amor entrañable por su tierra natal. Hijo de un ilustre político que sufrió por la independencia del Perú la prisión, el destierro y la pobreza, empezó a darse cuenta en su hogar de lo que es la vida, escuchando relatos de sacrificio patriótico. Lleva largos años en París; pero, como he dicho antes, esto es motivo de que sienta por los hombres y los paisajes vistos en su niñez una simpatía más calurosa que la de sus compatriotas jamás salidos del Perú.

Es falso que la distancia amengüe el patriotismo; por el contrario, lo excita, y hasta lo aumenta muchas veces con peligrosa exageración. Lo sé por experiencia propia. Se quiere más a la patria, se la ve más grande; siente uno mayor fe en sus destinos al considerarla lejos, limpio de las menudas rencillas de la existencia íntima nacional, con el desinterés del aislamiento, pudiendo abarcar, gracias a la distancia —como el que retrocede para apreciar mejor las figuras de un gran fresco—, todas las glorias de su pasado y las esperanzas de su porvenir.

Siempre se habla con elocuencia y calor de lo que se ama profundamente; y a causa de esto los cuentos peruanos de García Calderón resultan magníficos.

Yo celebro, como algo propio, el éxito de esta hermosa obra. Desde que leí las primeras narraciones de su autor, consideré a éste como uno de los nuestros, incitándole a que insistiese en su creación imaginativa. El libro pre-

sente, al ser altamente apreciado por el lector, como no lo dudo, va a resultar una demostración de que mis votos se están cumpliendo.

Ahora añado que el autor de *La Venganza del Cóndor* será un gran novelista cuando dé mayor amplitud a sus relatos. Si el cuento es un episodio, y la novela un conjunto de episodios unidos por una idea común, a García Calderón, después de producir estos cuentos, no le costará gran esfuerzo producir novelas peruanas. Estas serán, al mismo tiempo, de interés universal, ya que sus relatos imaginativos y los personajes que pasen por ellos estarán animados por ese soplo de vida mágica con que los grandes artistas saben poner en pie a sus creaciones y que acaba por triunfar de los obstáculos creados por la diversidad de idiomas y de razas.

Este amigo mío, gigante de cuerpo y cor-

dial siempre de palabra, es un varón bueno y enérgico, amante fervoroso de sus amigos y despreciador silencioso de los adversarios de mala fe. No conoce la envidia ni pierde el tiempo hablando mal de los demás; lo que es virtud de hombre verdaderamente fuerte, seguro de sí mismo.

Como siento gran interés por él, sigo sus avances con mirada atenta, y sé que irá lejos, muy lejos. El Perú, país de novelas, a causa de su pasado, va a tener en García Calderón su gran novelista.

Y los novelistas, cuando pintan la vida de su patria, acaban por atraer sobre ella la atención y la simpatía del mundo entero, más, muchísimo más que los hombres de la política y de la espada.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

Menton (Alpes maritimes), 1925.

E L A L F I L E R

La bestia cayó de bruces, agonizante, rezumando sudor y sangre, mientras el jinete, en un santiamén, saltaba a tierra al pie de la escalera monumental de la hacienda de *Ticabamba*. Por el obeso balcón de cedro asomó la cabeza fosca del hacendado don Timoteo Mondaraz, interpellando al recién venido, que temblaba.

Era burlona la voz de sochantre del viejo tremendo:

—¿Qué te pasa, *Borradito*? Te están repiqueteando las choquezuelas... Si no nos comemos aquí a la gente. Habla, no más...

El *Borradito*, llamado así en el valle por su rostro picado de viruelas, así con desesperada mano el sombrero de jipijapa y quiso explicar tantas cosas a la vez —la desgracia súbita, su galope nocturno de veinte leguas, la orden de llegar en pocas horas, aunque reventara la bestia en el camino—, que enmudeció por un minuto. De repente, sin respirar, exhaló su ingenua retahila:

—Pues le diré a mi amito, que me dijo el niño Conrado que le dijera que anoche mismito agarró y se murió la niña Grimanesa.

Si don Timoteo no sacó el revólver, como

siempre que se hallaba conmovido, fué, sin duda, por mandato especial de la Providencia; pero estrujó el brazo del criado, queriendo extirparle mil detalles.

—¿Anoche?... ¿Está muerta?... ¿Grimanesa?...

Algo advirtió quizá en las oscuras explicaciones del *Borradito*, pues, sin decir palabra, rogando que no despertaran a su hija, “la niña Ana María”, bajó él mismo a ensillar su mejor “caballo de paso”. Momentos después galopaba a la hacienda de su yerno Conrado Basadre, que el año último casara con Grimanesa, la linda y pálida amazona, el mejor partido de todo el valle. Fueron aquellos desposorios una fiesta sin par, con sus fuegos de Bengala, sus indias danzantes de camión morado, sus indias que todavía lloran la muerte de los Incas, ocurrida en siglos remotos; pero reviviscente en la endecha de la raza humillada, como los cantos de Sión en la terquedad sublime de la Biblia. Luego, por los mejores caminos de sementeras, había divagado la procesión de santos antiquísimos, que ostentaban en el ruedo de velludo carmesí cabezas disecadas de salvajes. Y el matrimonio

tan feliz de una linda moza con el simpático y arrogante Conrado Basadre terminaba así... ¡Badajo!...

Hincando las espuelas nazarenas, don Timoteo pensaba, aterrado, en aquel festejo trágico. Quería llegar en cuatro horas a *Sincavilca*, el antiguo feudo de los Basadre.

En la tarde ya vencida se escuchó otro galope resonante y premioso sobre los cantos rodados de la montaña. Por prudencia, el anciano disparó al aire, gritando:

—¿Quién vive?

Refrenó su carrera el jinete próximo, y con voz que disimulaba mal su angustia, gritó a su vez:

—¡Amigo! Soy yo, ¿no me conoce? El administrador de *Sincavilca*. Voy a buscar al cura para el entierro.

Estaba tan turbado el hacendado, que no preguntó por qué corría tanta prisa el llamar al cura si Grimanesa estaba muerta y por qué razón no se hallaba en la hacienda el capellán. Dijo adiós con la mano y estimuló a su cabalgadura, que arrancó a galopar con el flanco lleno de sangre.

Desde el inmenso portalón que clausuraba el patio de la hacienda, aquel silencio acongojaba. Hasta los perros, enmudecidos, olfateaban la muerte. En la casa colonial, las grandes puertas claveteadas de plata ostentaban ya crespones

en forma de cruz. Don Timoteo atravesó los grandes salones desiertos, sin quitarse las espuelas nazarenas, hasta llegar a la alcoba de la muerta, en donde sollozaba Conrado Basadre. Con voz empañada por el llanto, rogó el viejo a su yerno que lo dejara solo un momento. Y cuando hubo cerrado la puerta con sus manos, rugió de dolor durante horas, insultando a los santos, llamando a Grimanesa por su nombre, besando la mano inanimada, que volvía a caer sobre las sábanas, entre jazmines del Cabo y alhelies. Sería y ceñuda por primera vez, reposaba Grimanesa como una santa, con las trenzas ocultas en la corneta de las carmelitas y el lindo talle prisionero en el hábito, según la costumbre religiosa del valle, para santificar a las lindas muertas. Sobre su pecho colocaron un bárbaro crucifijo de plata



que había servido a un abuelo suyo para trucidar rebeldes en una antigua sublevación de indios.

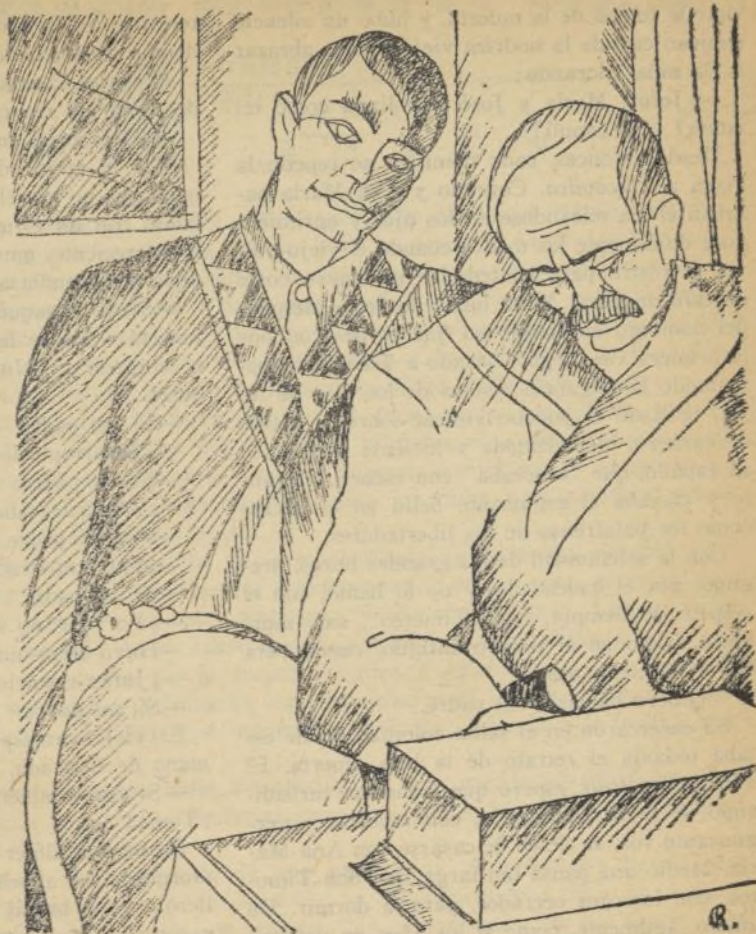
Al besar don Timoteo la santa imagen, quedó entreabierto el hábito de la muerta, y algo advirtió, pues se le secaron las lágrimas de repente y se alejó del cadáver como enloquecido, con repulsión extraña. Entonces miró a todos lados, escondió un objeto en el poncho y, sin despedirse de nadie, volvió a montar, regresando a *Ticabamba* en la noche cerrada.

* * *

Durante seis meses nadie fué de una hacienda a otra ni pudo explicarse este silencio. ¡Ni siquiera habían asistido al entierro! Don Timoteo vivía clausurado en su alcoba olorosa a estoraque, sin hablar días enteros, sordo a las súplicas de

Ana María, tan hermosa como su hermana Grimanesa, que vivía adorando y temiendo al padre terco. Nunca pudo saber la causa del extraño desvío ni por qué no venía Conrado Basadre.

Pero un domingo claro de junio se levantó don Timoteo de buen humor y propuso a Ana María que fueran juntos a *Sincavilca*, después de misa. Era tan inesperada aquella resolución, que la chiquilla transitó por la casa durante la mañana entera como enajenada, probándose al espejo las largas faldas de amazona y el sombrero de jipijapa, que fué preciso fijar en las oleosas crenchas con un largo estilete de oro. El padre la vió así, y dijo, turbado, mirando el alfiler:



—¡Vas a quitarte ese adefesio!...

Ana María obedeció suspirando, resuelta, como siempre, a no adivinar el misterio de aquel padre violento.

Cuando llegaron a *Sincavilca*, Conrado estaba domando un potro nuevo, con la cabeza descubierta a todo sol, hermoso y arrogante en la silla negra con clavos y remaches de plata. Desmontó de un salto, y al ver a Ana María tan parecida a su hermana en gracia zalamera, la estuvo mirando largo rato embebecido.

Nadie habló de la desgracia ocurrida ni mentó a Grimanesa; pero Conrado cortó sus espléndidos y carnales jazmines del Cabo para obsequiarlos a Ana María. Ni siquiera fueron a vi-

sitar la tumba de la muerta, y hubo un silencio enojoso cuando la nodriza vieja vino a abrazar a "la niña" llorando:

—¡Jesús, María y José, tan linda como mi amita! ¡Un capulí!

Desde entonces, cada domingo se repetía la visita a *Sincavilca*. Conrado y Ana María pasaban el día mirándose en los ojos y oprimiéndose dulcemente las manos cuando el viejo volvía el rostro para contemplar un nuevo corte de caña madura. Y un lunes de fiesta, después del domingo encendido en que se besaron por la primera vez, llegó Conrado a *Ticabamba* ostentando la elegancia vistosa de los días de feria, terciado el poncho violeta sobre el pellón de carnero, bien peinada y luciente la crin de su caballo, que "braceaba" con escorzo elegante y clavaba el espumante belfo en el pecho, como los palafrenes de los libertadores.

Con la solemnidad de las grandes horas, preguntó por el hacendado, y no lo llamó, con el respeto de siempre, "don Timoteo", sino murmuró, como en el tiempo antiguo, cuando era novio de Grimanesa:

—Quiero hablarle, mi padre.

Se encerraron en el salón colonial, donde estaba todavía el retrato de la hija muerta. El viejo, silencioso, esperó que Conrado, turbadísimo, le fuera explicando, con indecisa y vergonzante voz, su deseo de casarse con Ana María. Medió una pausa tan larga, que don Timoteo, con los ojos cerrados, parecía dormir. De súbito, ágilmente, como si los años no pesaran en aquella férrea constitución de hacendado peruano, fué a abrir una caja de hierro de antiguo estilo y complicada llavería, que era menester solicitar con mil ardidés y un "santo y seña" escrito en un candado. Entonces, siempre silencioso, cogió allí un alfiler de oro. Era uno de esos *topos* que cierran el manto de las indias y

terminan en hoja de coca; pero más largo, agudísimo y manchado de sangre negra.

Al verlo, Conrado cayó de rodillas gimoteando, como un reo confeso.

—¡Grimanesa, mi pobre Grimanesa!

Mas el viejo advirtió, con un violento ademán, que no era el momento de llorar. Disimulando con un esfuerzo sobrehumano su turbación creciente, murmuró, en voz tan sorda que se le comprendía apenas:

—Sí, se lo saqué yo del pecho cuando estaba muerta... Tú le habías clavado este alfiler en el corazón... ¿No es cierto?... Ella te faltó quizá...

—Sí, mi padre.

—¿Se arrepintió al morir?

—Sí, mi padre.

—¿Nadie lo sabe?

—No, mi padre.

—¿Fué con el administrador?

—Sí, mi padre.

—¿Por qué no lo mataste también?

—Huyó como un cobarde.

—¿Juras matarlo, si regresa?

—Sí, mi padre.

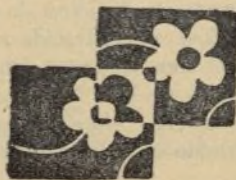
El viejo carraspeó sonoramente, estrujó la mano de Conrado, y dijo, ya sin aliento:

—Si ésta también te engaña, haz lo mismo... ¡Toma!...

Entregó el alfiler de oro solemnemente, como otorgaban los abuelos la espada al nuevo caballero; y con brutal repulsa, apretándose el corazón desfalleciente, indicó al yerno que se marchara en seguida, porque no era bueno que alguien viera sollozar al tremendo y justiciero don Timoteo Mondaraz.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

(Ilustraciones de REDONDELA.)



panorama político

HEMEROTECA
MUNICIPAL

L A N I N F A J U V E N C I A

En los últimos años habíamos asistido a un espectáculo curioso y extraño. Consistía en el ataque de los *viejos* a los *jóvenes*, por la falta en éstos de vigor ideológico y, principalmente, de inquietud política. Se tildaba a la juventud de demasiado frívola y deportiva; de extremadamente infantil y dionisiaca. Los mismos jóvenes se ufanaban de ello, declarando su apoliticismo con un gesto alegre; pero también con un poco de inconsciencia y banalidad propias de la juvenilia del siglo y de la reacción de la guerra contra toda la insinceridad política y toda la hipocresía social del mundo viejo.

Mas esta actitud de los hombres maduros respecto al movimiento juvenil de nuestra época, si se puede considerar simpática y lógica, ya que el padre vive siempre inquietado por la vitalidad desenfundada del hijo y le acucia a serenar sus ímpetus y tomar el camino donde se plantean los graves problemas humanos, es, como casi siempre sucede también en los padres, completamente injusta.

Porque los jóvenes tenían primero que ganar muchas batallas. Y la más esencial y definitiva era la de lograr la máxima conciencia e independencia de su propia juventud. Ser jóvenes y obrar como tales era el más importante y urgente objetivo. Luego, dotar al mundo de un ritmo juvenil; de un ritmo alegre, sincero y fuerte. Vino por esto la pasión por la aventura, y la pasión por la pureza artística e ideológica, separando todo lo que antes se había mezclado y falsificado. La sinceridad y el heroísmo consistían en ir de cara a los problemas, sin huir por tangentes de vacuas retóricas y de turbios sentimentalismos.

Poco a poco se fueron ganando todas las batallas. Y a la par, la juventud del siglo se iba madurando. Tenía que llegar necesariamente este estado de extrema inquietud política que hoy sufre el mundo nuevo.

Porque los jóvenes se han convencido de que para dotar al mundo de la máxima alegría es preciso organizarle, estructurarle social y económicamente, de una manera humana, generosa y noble. Nada, pues, de temores. No se han estancado las aguas de la mitológica fuente. Ellas corren hoy por cauces de severa ideología. Pero la juventud ha de tratar los problemas políticos con la sinceridad y pureza con que ha tratado y resuelto todos los demás problemas. Porque el error pasado fué mezclar, enturbiar y falsificar. Y así las normas más claras y las soluciones más simples fracasaban en las falsas experimentaciones.

Hoy domina al mundo una voluntad de pureza. Y un afán de diálogo en el ágora universal. En el gran estadio todos pueden contender. Estrechándose al principio y al final de la pelea las manos amicales.

Para dar un cauce a la inquietud política que sufre toda la juventud hispanoamericana es por lo que ATLÁNTICO abre un panorama de extremada amplitud, por el que han de desfilan y dialogar todas las nuevas ideologías. Sin partidismos; sin mezquindades. Seguros de que se necesita de la buena voluntad de todos para lograr dar al mundo nuevo una estructuración justa y humana.

GUILLÉN SALAYA.

L A « É L I T E » Y L A M A Y O R Í A

Se ha lanzado muchas veces contra el sufragio universal esta sencilla anécdota de Gladstone y su cochero, que puede hallarse, por ejemplo, en la gran biografía que del famoso estadista inglés y liberal hizo John Morley:

—¿A quién vas a votar? —pregunta Gladstone a su servidor en el momento mismo de tomar el coche para partir hacia un colegio electoral.

—Al candidato conservador —responde el cochero.

—Pues evitémonos el viaje por inútil, ya que tu voto anulará el mío...

Y Gladstone no llegó a montar.

* * *

De modo —se argumenta— que lo mismo vale el sufragio emitido por un hombre de capacidad genial que por otro obscuro e indocto. Pero no es así. Ni siquiera en el capcioso cuentecillo. Porque es evidente que Gladstone movilizaba en aquel instante el voto múltiple de todo su partido, mientras que su cochero no arrastraba a nadie, era arrastrado por el partido "tory" como un número más. Y es que la influencia personal refuerza notablemente el voto de quien la posee y sabe ejercerla.

La mano del hombre escogido deposita en la urna, efectivamente, una papeleta de igual fuerza, al parecer, que la de cualquier hombre de la calle. Pero ello sólo al parecer. De hecho, quien vale más, mueve otras manos por mandato de las suyas, como consecuencia natural de su propio y autoritario ejemplo. El varón de probada superioridad —intelectual, técnica, etc.— goza del privilegio que jamás conoce el elector adocenado o inferior: el privilegio de convencer y conducir, de incorporar adhesiones.

"Un hombre, un voto." Cierto. Antes que el liberalismo lo proclamase, se dejaba derivar de la doctrina cristiana principio tan elemental. Por respeto a la individualización de cada conciencia. Lo religioso, lo moral y lo político coinciden en que el hombre —todo hombre— sea sujeto de responsabilidad, de acción y pa-

sión, de derechos y deberes, de voz y voto. Quien contribuye a las cargas —tributos y prestaciones personales—, ¿cómo no ha de participar de las facultades inherentes a la ciudadanía?...

Hombre, y no más. Hombre *tout court*. Claro que no en estado de naturaleza. La ideología liberal está íntimamente unida a la causa de la cultura. El partido de la libertad nació del seno del siglo XVIII, vinculado a la sollicitación apremiante de las "luces", de la "ilustración". El sufragio universal no pone empeño en que voten los incapaces, sino en que se capaciten todos cuantos no lo sean. Aparte de que la ciudadanía es un aprendizaje: el foro o el ágora, un campo de entrenamiento. El niño aprende a andar andando.

* * *

¿Necesidad de la selección? Evidente. Pero no selección *a priori*, ni impuesta por la ley mediante requisitos de imposible puntualización. ¿Dónde hallar el criterio que baste? ¿En la edad? Las canas no son un argumento que abone presunción alguna de capacidad especial. ¿En la renta? Nadie puede creer que el dinero baste, en justicia, a la colación de grados políticos. ¿En los títulos profesionales? No vemos en los diplomas razón de superioridad ni motivo de privilegio.

Selección: bien. Pero a cargo de la libre concurrencia. Compitan todos; facilítese el acceso de todos. Ya prevalecerán los más aptos. Desde luego, no hay mejor procedimiento que una apelación a la totalidad del cuerpo social. Se elige y selecciona con tanta mayor probabilidad de acierto cuanto más amplia y completa sea la base sobre la que haya de recaer el juicio discernitorio. Los "mejores" no pueden surgir sino de la masa general, por libre y espontáneo contraste. Se objetará quizá en nombre del "solitario". Pero yo no sé hasta qué punto puede ser útil —en política— el hombre incapaz de arrastrar en pos de sí un tropel, ya que no una muchedumbre. La política es régimen de opinión, y está bien que el

disidente, a título singular —ministro muchas veces de la Utopía y de la Ucronía—, no estorbe la acción rápida y eficaz de quienes supieron ganar la asistencia de la masa. Ganarla por la propaganda: he aquí un menester esencial del político. No despreciarla en nombre de la *élite*.

Todo sistema de representación tiende justamente a eso: a obtener una minoría directiva. Pero minoría surgida de abajo arriba; no caída del cielo. Minoría autorizada por poder en forma. Es decir, por el mandato popular. No creo, desde el punto de vista de la vida pública, en otras *élites* ni en otras "minorías selectas" que las derivadas de la fé y de la esperanza generales. En otro supuesto, no tendrían eficacia.

"Los más", afortunadamente, no han mandado nunca, ni el simple peso de la cantidad ha influido jamás en la Historia. No hable-

mos de las modernas Asambleas políticas, congregadas bajo la mirada más saludablemente coactiva; la mirada —difusa, pero cierta— del aire libre: Prensa, sobre todo. Pensemos incluso en el espectáculo pintoresco de las primitivas, rudimentarias Asambleas. Los hombres toscos, de armas y gritos, apercibidos, terminaban por alzar sobre el pavés del asentimiento común a su capitán.

La palabra es el gran artifice de los estados generales de conciencia y de acción política. La palabra que inicia o decide es la función que cumple ejercer primitivamente al hombre de la *élite*. Pero a los otros, a los del montón, más o menos deshecho, de la sociedad civil, no puede arrebatárseles el ojo ni el oído que les permita juzgar en cada caso el gesto y la voz de quien aspire a asumir un mando.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.

N U E V A P O L Í T I C A *

En ocasiones, la desorientación tiene un alto valor. Conviene, para colocar al público en determinadas condiciones de receptividad, desorientarle previamente. Es decir, abrirle todas las puertas y ventanas del entendimiento a la comprensión de algo, que puede resultar extraño, insólito.

Pues bien: una de las frases más desorientadoras que se han dejado oír en España desde hace algún tiempo es la que José Ortega y Gasset escribió en su carta a los jóvenes intelectuales, aconsejándoles no pactar *con la tra-*

dicional división en derechas e izquierdas, división que, ejecutada en tiempos pasados, se refiere a cuestiones viejas; y aceptada hoy, retrotraerá inexorablemente la política a las posiciones antiguas.

Envuelve el consejo, y no es difícil advertirlo, un imperativo de personalidad propia, de propio fuero, defendido con absoluta intransigencia. Aceptar la inclusión en una cuadrícula dada, previa, implica la renuncia a una libertad de movimientos que, ahora como nunca, es necesaria a quienes han de imponer un bloque de pensamiento y de sensibilidades de tipo que desconoce hasta el día la vida pública de nuestro país. El mismo gesto de repugnancia con que el nuevo grupo condene el orbe de ideologías, hechos y personas de real, efectiva y práctica vigencia, ha de servirle para condenar personas, hechos e ideologías situadas en la otra —inoperante— orilla.

¿Qué de común (si no es negativo) puede haber entre esas izquierdas, nacidas de una división tradicional, y la generación reciente, aséptica, ágil, preparada para las empresas de mayor riesgo?

(*) Hay advertencias nunca demasiado insistidas. Quiero ahora llamar la atención sobre el hecho —obvio— de que las distintas actividades de una persona reclaman, no ya distinto método —y, desde luego, distinta actitud espiritual—, sino hasta distinto vehículo. Todas ellas integrarán la fisonomía del sujeto, completarán sus perfiles al reconocer referencia única. Pero —pulcramente separadas— no se producirán jamás en zonas intermedias, turbias.

Un poema es un poema: su delicia estriba en que se baste a sí mismo. Una manifestación dirigida a la política exige peculiarísima postura mental, forma clara, diáfana y vehículo idóneo. Mezclar política y literatura es una falta de educación intelectual, en la que procuraré no incurrir.

La falta de las izquierdas ha sido falta de responsabilidad. Nunca han sentido —me refiero a España— la responsabilidad del Estado; nunca se han sentido solidarias, identificadas con él. Por contrario: bélicas, hostiles, hubieran deseado atarle de pies y manos. Las izquierdas españolas no se han lavado de su pecado original; sólo en la oposición se han hallado sinceras. Mientras las derechas afirmaban la consubstancialidad de sus instituciones con el Estado mismo.

El nuevo grupo, exponente de una generación distinta, en esencia, de las que le precedieron, no puede pactar con una división ejecutada por ellas alrededor de cuestiones que hoy, o no son admisibles, o carecen de todo patetismo. Su postura representa una *superación*. De aquí que rechace la necesidad de optar entre derechas e izquierdas. No trata de tomar partido en una lucha ya entablada, sino de replantear los problemas y de ofrecerles soluciones elegantes, esto es, sencillas, directas, económicas, *técnicas*.

La palabra *superación* ofrece una segura clave de esa frase desorientadora —y tan orientadora, por otra parte— de nuestro ilustre pensador. Al menos, así creo que deba ser interpretada.

Entiéndase, sin embargo, que ello no supone un criterio ecléctico, transigente. Espero que el grupo promovido por los intelectuales no ha de avergonzarse en política de ser intransigente, como no ha de rehuir, si las circuns-

tancias lo exigen, procedimientos ejecutivos. No mezclará en su actuación el sentimentalismo, ni atenderá en su conducta pública normas referibles a valores que rigen para la vida interna del individuo.

Su aspiración estriba en acometer las cuestiones con ánimo limpio de prejuicios, y con entera conciencia del Estado. Con responsabilidad. Sus postulados no serán de derechas ni de izquierdas; pero tampoco serán una transacción entre derechas e izquierdas. Informados de un pensamiento propio y de una sensibilidad —muy especialmente, de una sensibilidad— que se conecta con los ideales europeos, han de dar por aceptadas, sin vacilación, las bases en que se apoya la cultura política de nuestros días.

Seamos tan liberales que lo seamos como quien respira —decía Ortega en su citada carta—. Nadie se hace problema de la respiración. Nadie se pregunta si debe o no respirar. Por eso, para el nuevo grupo, carece de sentido el definirse por el liberalismo; pero también por eso será el nuevo grupo intratable en lo que al liberalismo se refiere. Es el suelo que ha de pisar.

Nada, pues de eclecticismo: *superación*.

Sin tener en cuenta esa realidad aceptada, es imposible dar una interpretación justa del alcance con que rechaza la tradicional división en derechas e izquierdas.

FRANCISCO AYALA.

En el próximo «Panorama político», tres artículos interesantísimos de

P É R E Z B A N C E S ,

F U E N T E S M A R T I A Ñ E Z

y P É R E Z F E R R E R O

panorama poético

D O S C A N C I O N E S

CANCIÓN DEL NARANJO SECO

Leñador.
Córtame la sombra.
Líbrame del suplicio
de verme sin toronjas.
¿Por qué nací entre espejos?
El día me da vueltas,
y la noche me copia
en todas sus estrellas.
Quiero vivir sin verme;
y hormigas y vilanos
soñaré que son mis
hojas y mis pájaros.
Leñador.
Córtame la sombra.
Líbrame del suplicio
de verme sin toronjas.

CANCIÓN DEL DÍA QUE SE VA

¿Qué trabajo me cuesta
dejarte marchar, día!

Te vas lleno de mí;
vuelves sin conocerme.
¿Qué trabajo me cuesta
dejar sobre tu pecho
posibles realidades
de imposibles minutos!

En la tarde, un Perseo
te lima las cadenas,
y huyes sobre los montes,
hiriéndote los pies.
No pueden seducirte
mi cama ni mi llanto,
ni los ríos, en donde
duermes tu siesta de oro.

Desde Oriente a Occidente
llevo tu luz redonda.
Tu gran luz, que sostiene
mi alma en tensión aguda.
Desde Oriente a Occidente.
¿Qué trabajo me cuesta
llevarte con tus pájaros
y tus brazos de viento!

FEDERICO GARCÍA LORCA.

T R E S P O E M A S

VERSO DE MI ADOLESCENCIA

Verso de mi adolescencia,
inexperto y musical:
tú constituyes la sal
de mi presente experiencia.
Quiero ver si a tu presencia
otra vez vuelven a ser
el paisaje y la mujer
lo que fueron algún día,
y en el alma, que se enfía,
prende la emoción de ayer.

VERBENA

Columpios y carruseles,
barracas, nube de gloria.

Amor destila sus mieles
en la estrella giratoria.
Tiestos, albahaca y claveles;
pregones en su porfía,
y refrescando la vía,
para la sed de los ojos,
botijos: melones rojos,
rojos de tanta alegría.

FULGOS

Está soñando la acacia
que ella es una bailarina:
lentejuela y purpurina
en frenesí de acrobacia.
Despierta, por su desgracia
—humean sus verdes galas—,

y ve que junto a sus alas,
en la noche verbenera,

le han encendido la hoguera
de una rueda de bengalas.

ANGEL LÁZARO.

V O L A N T E

He soñado tus manos.
Precisas, enguantadas;
esquivando a su antojo
la embestida del viento.
Al impulso más leve,
fuerza plena, medida,
giraba cauteloso
el aro de madera.
Nos acecharon torvos
los cuernos del espacio;
pero tus palmas rígidas

guardaban el secreto
de toda resistencia.
¡Dame tus dedos acres,
de olor a gasolina;
esos dedos cerrados
que precintan la oscura
mercancía del vértigo!
¡Ellos me harán correr
hasta encontrar mi vida!

ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN.

A L A S

(Del libro *El Campo. La Ciudad.*
El Cielo, próximo a publicarse.)

En un avión de aluminio
listado de noche y día.
Beber la lluvia en tus labios
de alpinista

(alpinista

de las nubes
amarillas).
Tener la luna en las manos.
Redonda. Estirada. Rígida.
Mirándote en el espejo
de las lagunas perdidas.
Subir hacia las estrellas
en una noche de estrías.
Tres motores en la fiera
furia de la cuesta arriba.

—¿Te acordarás del pañuelo
blanco de la nevería?—
Si no quieres más juguetes
que aviones y margaritas.
El viento juega en tus rizos
de rubia juguetería.
Quiero bañarte en el agua
mansa de la lejanía.
Piedra viva en el estuche
rígido de la cabina.
(Verde de tu impermeable.
Rojo de tu iniciativa.
Cabellera de celeste.
Mirada de submarina.)
Todo —cielo y tierra— nauta.
Suavemente. Sostenida.
En un avión de aluminio
cargado de gasolina.

P R O G R A M A

Actualidad:
Un Congreso de diputados.
Desórdenes en China.
Vista de Leningrado.
Charlot se sube en el alambre
y se ha comido los zapatos.

Intermedio:

“Los mejores anillos
se venden en Saturno.”
Uno. Dos.
Tres. Cuatro.
El león de la Metro Goldwyn
lame los pies a Greta Garbo.

ANTONIO DE OBREGÓN.

Sor Patrocinio

(NOTA PRELIMINAR)

I

Novela es el arte de crear un hombre; biografía es el arte de resucitarlo. Cuando el escritor tiene al alcance de su mano ese maravilloso lodo con el que se amasó una original estructura capaz de pensamiento y de amor, se acerca al sepulcro —al museo, a los archivos, al infolio—, aparta la gran losa y grita: —¡Sal!

Voz de un artista, voz de un hombre capaz de transmitir en vivo la lejana vibración de una personalidad. La voz del pueblo, que nunca fué la voz de Dios, evocaría un fantasma. Una biografía popular es algo inconcebible, porque el pueblo se nutre de irradiaciones, es decir, de fábulas, de hechos sin perfil. Tampoco la voz del erudito —del mero erudito—, porque éste evocaría a Lázaro, tan lleno de vendas y fajas y ataduras como el bíblico, sin que a la voz divina fueran ellas rompiéndose y cayendo, dejando al resucitado tan ágil y *expresivo* como en los días realmente vividos. Una masa amorfa de materiales no puede dar como producto una biografía, como no la puede dar una nube de leyendas.

Y, menos que nada, una nube de prejuicios.

El biógrafo actual no piensa en reconstituir una personalidad según la opinión momificada y repetida por un grupo. El biógrafo actual no debe atender a voz ninguna, sino contemplar serenamente el montón de posibles documentos y echar a andar con su resucitado por los mismos caminos que el resucitado anduvo. Obediente al modelo; al revés que en la novela, en que el modelo debe ser el obediente.

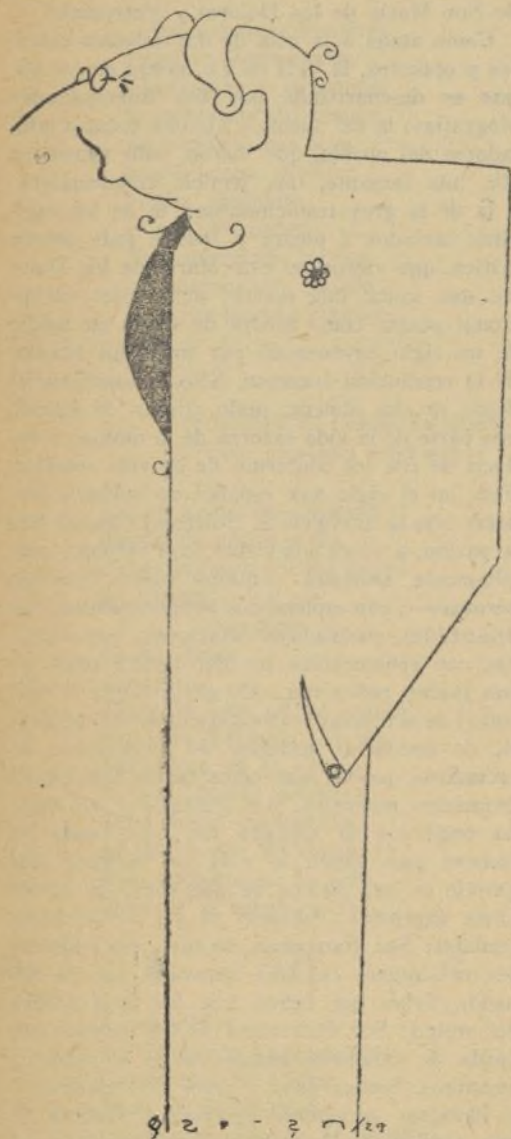
Sería absurdo pensar en un biógrafo absolutamente imparcial. No lo es tanto pensar en un biógrafo generoso, de gran amplitud de comprensión, nunca hostil a una tradición; pero siempre alerta a los desmanes de las tradiciones infladas, a los documentos unilaterales, fanáticos; a las apologías, a los alegatos fiscales, a todo aquello que fué una consecuencia de estados febriles de espíritu, de momentos cálidos, turbios, de opinión.

2

Que son precisamente los momentos en que fué desarrollándose la larga y turbulenta vida de Sor María de los Dolores y Patrocinio.

Como atada a la cola de dos caballos salvajes y opuestos, la vida de *La monja de las llagas* es descuartizada por dos intemperantes biografías: la del pueblo y algunos astutos aduladores del pueblo, que vieron, sólo vieron en ella una farsante, una temible embaucadora; y la de la grey tradicionalista, la de los espíritus cerrados a piedra y lodo a toda serena crítica, que vieron en Sor María de los Dolores una santa, una mártir, una mujer excepcional puesta como piedra de toque en medio de un siglo envenenado por todos los tóxicos de la revolución francesa. Sólo la inteligencia, desde su alta almena, pudo atisbar, al menos, una parte de la vida externa de la monja, y deducir de ella los contornos de su vida interior. Pero en el siglo XIX español no solemos tropezar con la inteligencia. Solemos tropezar con la pasión, a veces admirable; con virtudes sencillamente animales —tantas veces llamadas heroicas—; con espléndidos temperamentos, con deleznales, quebradizos caracteres; con impulsos, con vehemencias, no con meditaciones, no con juicios reflexivos... De ahí arranca la dificultad de acumular materia documental suficiente, de encontrar testigos, de sorprender espectadores que no sean otros tantos actores del dramático momento. Sor Patrocinio no tuvo, no pudo ser ni siquiera ese frío ayuda de cámara para quien la vida del hombre más grande es una cadena de pequeños, de monótonos caprichos, subsuelo de las resoluciones geniales; Sor Patrocinio no tuvo, no pudo tener ni siquiera ese frío camarada que va llenando, fiebre por fiebre, una fiel hoja clínica del amigo; Sor Patrocinio se vió siempre rodeada de fanáticos amigos y de vocingleros enemigos, hechos unos y otros a despreciar o a idolatrar caracteres enterizos, hombres de una pieza —de los que fué gran almaciga el siglo XIX—; espíritus rectilíneos, cuya historia

es la historia de cualquier sector de su viaje; hombres sin modulación alguna, con un solo grito prolongado a lo largo de sus jornadas, con una sola melodía —melo-pea—, cantada sin matiz alguno, al compás de un tambor, frecuentemente



BENJAMÍN JARNÉS, visto por Garrás.

3

En torno a la vida de Sor María de los Dolores y Patrocinio hay siempre muchas otras vidas interesadas en modificar la de *La monja de las llagas*. El claustro —como la Corte— deforma todo cuanto toca. Vidas sin choque, sin control, peregrinantes por una falsilla, a merced de un reglamento escrito siglos antes, constreñidas en el obrar y en el pensar —aun en lo más menudo— a una angosta pauta. Reflejos de vidas anteriores, de ejemplares ya reflejos de otros, ecos de modelos simplicísimos, a veces mal comprendidos: Teresa, Francisco, Domingo, Agustín... Vida estancada. Lago quieto donde se reflejan inmóviles los astros mayores de la tradición. Allí la vida que quiere ser personal se limita casi siempre a faenas de repetición —agudizada, extremada— de modelos de gran éxito. Porque en ella no puede cultivarse sino en un sentido la personalidad. El que se tuerce es eliminado. No se aduzcan ejemplos: Tomás de Aquino, Fray Luis de León, Vicente Ferrer... O son individualidades mediatizadas, o, por querer ser libres en algún menudo sector, sufrieron el amago inquisitorial de las fuerzas ciegas imperantes.

Se recuerdan estas afirmaciones, ya sobradamente repetidas y probadas, para poner de manifiesto la dificultad de agrupar en este pequeño ensayo biográfico las exactas líneas espirituales de la que fué llamada *La monja de las llagas*. Ni aun es posible considerarla totalmente como producto del siglo, como producto de lo que suele llamarse el "medio ambiente". Creo que fué un precipitado de los cuatro siglos anteriores. Del siglo XIX son Marianita Pineda, Carolina Coronado, Rosalía de Castro... Sor Patrocinio es elaborada lentamente por cuatro siglos de cerrazón fanática, de anhelos de conquista, de sed irreflexiva, aunque astuta, de dominio, de culto histórico incomprensible a unos hechos cuyo conjunto es llamado reconquista: una reconquista que apenas ha existido.

Sor Patrocinio es un recuerdo de Teresa de Cepeda, de Francisco de Asís, de La Latina, de Catalina de Siena... Es, con todo, una mujer excepcional. Hundida plenamente en lo mara-

villosa. "Este libro es la historia de lo *maravilloso* —dice un obispo actual, de ondulante prosa donde se incrustan los adjetivos como bombillas de verbena, en el prólogo a una crónica piadosa de Sor María—. De lo maravilloso de una santa mujer que vino a la vida como rosada flor entre blanca nieve, y que no se acabó ni se extinguió su memoria, como cárdeno lirio entre las fauces del sepulcro..." Etcétera. De modo es que estamos en el reino de la dorada nebulosidad, de la perenne bruma. Hemos entrado en la región de los mitos. Podremos no tropezar; pero, desde luego, será difícil caminar con paso firme, bien claros los cristales de la mente. Pero en la biografía hay dos cosas: verdad histórica, expresión de una fisonomía. Es posible que la verdad histórica —táimada serpiente— se nos deslice de entre los dedos; pero quizá nos sea dable trazar algunos rasgos, expresar algunos ademanes auténticos. El objeto de la biografía, dice Sidney Lee, es "la transmisión verídica de una personalidad". Dura tarea. Obra a un tiempo de sabio y de artista.

Por eso toda biografía es incompleta.

4

Con todo, ese rico producto del espíritu que es una personalidad, ese maravilloso producto de la tierra que es un hombre, va ganando de nuevo la atención de la ciencia y de las artes. Un afán de ponerse frente a frente de un hombre empuja a escritores y lectores a rehacer por parcelas el curso vibrante, seductor, del río humano. Porque cada biografía de un gran hombre es la ventana por donde nos asomamos a ver el desfile de un siglo, de un trozo de siglo; por donde apreciamos un índice de cultura, una tensión o una extrema languidez de energías. Hay dos modos de conocer el pasado: por los textos o por los hombres. Van a veces unidos, singularmente en el pasado remoto; pero la asignatura principal del buen biógrafo será —como la del buen novelista— la de *Microscopía psicológica*. Saber leer en la crónica y en el hombre lo que ninguno de los dos suelen ofrecer en primer término; saber

hallar esa red finísima de propósitos no cumplidos, de influencias inconfesadas, de fracasos eróticos, pomposamente aderezados como triunfos del espíritu, de diminutas crueldades, de orgullos vestidos de humildad...

Así, algún hecho que creímos de sobra conocido —o absolutamente inexpresivo—, nos ofrecerá un nuevo escorzo; nos acercaremos mejor, en lo posible, a la lenta elaboración de los grandes sucesos, a la penosa disgregación de las resquebrajadas estructuras. Conoceremos toda esa menuda familia de roedores que socavan, mientras la piqueta y el obús reposan confiados y alegres.

El gran cuadro de historia es —en todas las artes— un texto monumental que apenas puede ya servirnos sino de recordatorio emocional de una indumentaria pasada de moda. Vemos allí un acto más de la "gran comedia humana", y nosotros queremos ver algo más que un grupo de comediantes que se saben el papel. Precisamente buscamos a los que apenas se lo saben, a los que lo ensayan y, en el trance de ensayarlo, a los que a cada paso se ven forzados a improvisar, y, al improvisar, se revelan.

Una vacilación es siempre más significativa que un acto rectilíneo. Las curvas del carácter son las que debe estudiar el buen biógrafo, como las curvas del camino son las que debe estudiar el buen chófer. No las fáciles rectas que unen puntos extremos, saltándose el tembloroso camino.

5

Conocer esta sinuosidad es tanto como conocer una intimidad.

Toda la dificultad en llegar a conocer la verdadera personalidad —curvas de la vida— de Sor Patrocinio estriba en no poder nunca penetrar en su verdadera intimidad. Pocas veces la tienen espíritus de tal índole; o la tienen hermética, de todo punto inaccesible. A veces, ni siquiera son espíritus; o lo son rudimentarios.

Son almas solamente: almas flotantes en una de esas albercas alimentadas por lluvias milagreras, siempre de turbio origen patológico,

incontrolable por el sereno cronista. La carne en tortura, el ímpetu sexual torpemente escamoteado, débilmente sometido, son manantial de los más espesos efluvios. En un alma hacen presa todas las fuerzas ciegas; es vivero de las más absurdas plantaciones.

Un alma en oración recorre enormes distancias, horada muros, traslada montes, se posa —como Sor Patrocinio— en los aleros, cruza volando el Guadarrama... Un alma es capaz de verlo todo: ángeles malos, querubes, santos, el mismo Dios. El éxtasis es un torbellino en que el alma gira como un trompo. El espíritu es eliminado. Una zona tal de emociones y deseos ahoga la razón, la libertad. El gran hallazgo de un alma devota es entonces licenciar el espíritu, frío, inflexible centinela que corta en seco toda zarabanda, todo frenesí.

Porque el espíritu original sólo camina por regiones devastadas. O por países vírgenes. Con las tijeras de su crítica abate un bosque, o lo levanta —perfilado, transparente, acaso raquítico, pero siempre limpio, libre, desembarazado.

Quizá Sor Patrocinio no tuvo intimidad, o la tuvo tan débil que es difícil atraparla. Alma sumida en ese místico fanal donde todos los simples están previstos, acreditados, y previstas y acreditadas sus reacciones. Se han re-

editado hartas veces en la historia. Entre Sor Patrocinio y nosotros hay una pared muy densa; hay una espesa valla de lo que Salustiano Olózaga hubiera llamado "obstáculos tradicionales". Hay, con todo, en la vida de esta mujer algunos sugestivos asideros. Entre ella y la vida española décimonónica hay tendidos algunos puentes, no muy firmes: por eso mismo, seductores. Por alguno de ellos quisiéramos llegar hasta el hermético recinto donde se mueve ese aparato de sentir, de desear, que es Sor Patrocinio.

6

El arte vuelve al hombre. El escritor se complace en penetrar en esos campos de experimentación, en esas fecundas granjas donde se cultiva la planta hombre, que son las biografías.

Hemos querido recoger sinceramente el gráfico de un alma de sabroso contenido emocional, ya que no de un gran espíritu.

BENJAMÍN JARNÉS.

(Del libro *Sor Patrocinio*, publicado por Espasa-Calpe en su colección de *Biografías del siglo XIX*.)

A N É C D O T A S Y C U E N T O S

Puede atribuirse a Mistinguette:

Día de gran espectáculo en un teatro muy parisense. La cantante es una mujer lindísima, pero sin voz. Comienza la función.

—¡Más alto! —vocifera desde el patio de butacas (primera fila) un anciano que no oye nada.

La artista interpreta mal la orden y se recoge un poco la falda. Sigue cantando.

—¡Más alto! —repite imperativa la misma voz.

—¿Más aún? —exclama la interpelada—.

¿Cuánto tendré que "elevarme" para satisfacer al "pollo"?

El día de la boda de su hija, Abraham dice a su yerno:

—Toma cincuenta mil pesetas. Prométeme que has de hacer a tu mujer dichosa.

—Un momento. Permítame que cuente este dinero y contestaré a usted.

Entre bohemios:

—¿Conque ahora llevas calcetines?

—¿Todavía no me los habías visto?

—Te aseguro que no.

—¡Pues hace ya tres meses que los llevo puestos!

ESDANÍA de

BARCELONA Y SU EXPOSICIÓN INTERNACIONAL

EL PERFIL

Analícemos —ante el panorama de toda ciudad— la línea de su silueta. De su perfil. Hay una fisonomía de las ciudades, como hay una fisonomía de las personas. Desconfiad de esas ciudades anodinas y grises, como desconfiaríais de esos individuos apersonales y chatos. La silueta de las ciudades es como una ejecutoria de antigüedad. Los siglos la acentúan paulatinamente, como los años hacen más profundos los rasgos de los ancianos. Por eso las ciudades exhiben su silueta como lo más noble de su retrato.

Pero su engrandecimiento las agrisa y las disuelve. Para encontrar —hoy— siluetas de contornos acentuados es preciso acudir a las capitales de provincia o a esos pueblos de las llanadas que se acurrucan bajo el campanario, como un rebaño blanco y rojo junto a su pastor. Las ciudades modernas poseen un perfil uniforme e internacional. Por eso guarda tan armoniosamente su silueta la ciudad que, a pesar de su engrandecimiento, ha sabido conservarla enérgica e inconfundible.

Como Barcelona. Barcelona siente vivamente el prestigio de su silueta, que multiplica en carteles y banderines. Ese perfil barcelonés que definen las torre de la Sagrada Familia, la estatua de Colón, el pináculo de la Catedral, la atalaya del Tibidabo y la silueta —de cancello agazapado— del Montjuich.

Podríamos prologar estas notas barcelonesas con un resumen de vistas literarias de la ciudad. Es un caso curioso el de que Barcelona no tenga —en su ambiente— definidores literarios; sino que para hallarlos haya que acudir —la mayoría de las veces— a plumas extraterrienas.

Mientras Madrid posee una larga tradición

de madrileñismo literario —de don Ramón de la Cruz a Ramón Gómez de la Serna, pasando por Larra, Mesonero Romanos, Répide, Ramírez Angel...—, Barcelona no posee demasiadas descripciones obra de plumas catalanas. Más que a una falta de patriotismo, achacaríamos este fenómeno a la dificultad de encontrar en nuestro ambiente escenas de un costumbrismo pintoresco y literaturizable. Sólo han aprovechado los literatos catalanes —Miquel Llor, Pere Coromines— algunas estampas ochocentistas que simbolizan el meollo del espíritu barcelonés.

En cambio, Gautier, Gómez Carrillo, Unamuno, Baroja, Pérez de la Ossa, Amicis, Rubén Darío, Carco, Montherlant y otros muchos han escrito más o menos largamente sobre nuestra ciudad. A *Théo* Gautier Barcelona le recuerda Marsella; pero la encuentra un tanto afectada y tiesa. Gómez Carrillo halla insolente la blancura de los palacios del paseo de Gracia. Unamuno dice que en Barcelona es todo *fachadoso*. Esto es difícil de armonizar con el *chromo de motín* que pinta Pérez de la Ossa, con el tópico de Barcelona ciudad industrial que funda Amicis y con el asombro que reflejan las impresiones de Rubén Darío cuando describe a Barcelona tan profunda y orgulosamente democrática.

Francis Carco hace de Barcelona un pequinoso arrabal montmartresco, y Henry de Montherlant un inexplicable escenario de pandereta, cuando precisamente Barcelona es esto para el turista: el fracaso de la pandereta española que ilusionadamente llevaba dentro.

EL MAR

Hay que anotar —primero que todo— la presencia del mar. El mar, que para Barcelona no es más que un fondo escenográfico.



Puerta de la Paz.



Paseo de Gracia.
Depósitos comerciales.



Barcelona, dígase lo que se quiera, no vive de cara al mar. Vivir de cara al mar es sentirse profundamente penetrado por su esencia. Así, Barcelona no siente el Mediterráneo. El Sur. Siente, en cambio, Europa. El Norte. Puesta a cambiar de personalidad, preferiría Mánchester a Valencia. Por eso, Barcelona se nos aparece —en ocasiones— con una fina gama de grises industriales sobre el horizonte, sin ese colorido —un poco narcisista, un poco indolente— de las ciudades mediterráneas. Pero la presencia del mar es indubitable: es esa brisa renovada de los atardeceres, esa alegría jovial de los marineros, esa sirena que raya el horizonte, esos gallardetes multicolores del puerto y esa calidad límpida y transparente que en nuestro cielo tiene el azul.

LA RAMBLA

Siempre que Rubén Darío —y, como él, todo viajero— visitaba a nuestra ciudad, le obsesionaba el espectáculo de la Rambla. El espectáculo de la avalancha continua de muchedumbre que la llena a todas horas. Y la calidad de esta muchedumbre. Rubén Darío escribía una vez: "Por la Rambla va este obrero, y su paso y su gesto implican una posesión inaudita del más estupendo de los orgullos: el orgullo de una democracia llevada al olvido de toda superioridad; de manera que se diría que todos estos hombres de la fábrica tienen una corona de conde en el cerebro".

La Rambla sintetiza el espíritu y la vida de la ciudad. Está llena de pájaros y de flores, y tiene —cotidianamente— los aspectos más heterogéneos que pueda uno imaginar. Desde el sano olor mañanero de la mercadería vegetal, el paso apresurado de los oficinistas y las modistillas y el paseo, por el andén soleado, del buen burgués, hasta la polifonía chillona de los atardeceres y el tono de picaresca cosmopolita de la madrugada.

La Rambla, el ancho camino de todos, abierta, llana y profundamente popular.

LAS DOS BARCELONAS

Se habla por ahí de dos Barcelonas distintas. La tradicional y la renovada. La del casco an-

tiguo y la del Ensanche. Y no. En realidad hay una Barcelona, clara y distinta a pesar de su heterogeneidad. La Barcelona del barrio gótico penetra la Barcelona de las calles rectas. Y viceversa. Es un entremezclado sabroso de abolengo y modernidad.

Abolengo y modernidad —tradición y vanguardia— caben perfectamente unidas en el espíritu barcelonés. Todas las audacias llevan —escondidamente— el control del *seny* racial. Y ese mismo *seny* construye maravillosas escalas para llegar a las más peligrosas vertientes.

¡Que nadie se extrañe de ver juntos en nuestra ciudad un rascacielos y una iglesiuca, una avenida espléndida junto a un callejón! Barcelona es la Gran Vía Layetana y el paseo de Gracia y la Gran Vía Diagonal. Pero también el Borne, Atarazanas y Santa María del Mar.

EL FOLLETIN

¿Habrá que salir —todavía— al paso del folletín barcelonés? No estará de más una —postera— conminación. Reconozcamos que los literatos encontraron —por un momento— un oportuno filón. El distrito Quinto fué provisto de un ambiente de pandereta truculenta (*cabaret*, vicio, crímenes pasionales, cocaína, vertiente de perdición) y suministró amplios caminos a la inventiva de novelistas y dramaturgos.

Pero —afortunadamente— llegó el cansancio. La pandereta del distrito Quinto se vino estreptosamente abajo. Las callejas misteriosas aparecieron de pronto llenas de luz. Se corrió la voz de que los truculentos paquetes de cocaína contenían unos gramos de bicarbonato. Los literatos abandonan —por inútil— el tema.

Y cuando ya lo habíamos olvidado por completo vino Francis Carco a descubrirnos el distrito Quinto barcelonés. Descubrimiento que —naturalmente— nunca podremos agradecerle bastante, por la cantidad extraordinaria de turistas que ha traído a nuestra ciudad.

LA CIUDADANIA

Y en el fondo —a pesar de los folletines—, Barcelona tiene un gran espíritu burgués. De



Fachada de la Ca-
tedral.



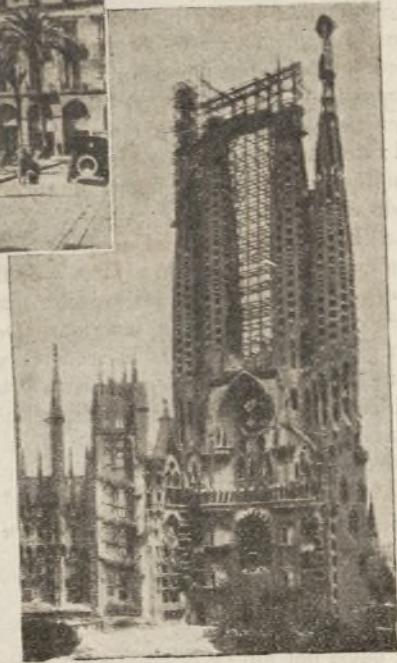
Monasterio de Poblet.



Plaza Real.



Monasterio de Montserrat.



Sagrada Familia.

honrada y apacible burguesía. Burguesía de tarde soleada, de quietud, de secreta alegría interior. Y además, burguesía en sentido etimológico: conciudadanía.

La conciencia de la ciudadanía —mejor: el orgullo de la ciudadanía— no es cosa que abunde entre los españoles. Es interesante, por tanto, subrayar este sentido profundo que anida en el barcelonés. Conciencia orgullosa de su posición de ciudadano llevada a todas sus consecuencias: a un comportamiento ejemplar en la vía pública y a un respeto extraordinario por cuanto suceda a su alrededor. Miguel de Unamuno ya supo entrever cómo el ciudadano barcelonés aspiraba a que su ciudad fuera la Ciudad por excelencia: la *Civitas*.

Añadamos que esta aspiración va acompañada del más nutrido y maravilloso de los esfuerzos colectivos.

PERFIL ESPIRITUAL

¿Es hispánica —fisonómicamente— Barcelona? Para Baroja, sí. "Barcelona, dice, me parece una ciudad exuberante, en la cual, a pesar del cosmopolitismo que producen los puertos concurridos, como el suyo, se mantiene íntimamente hispánica, extraordinariamente española." (P. B.: *Divagaciones apasionadas*.) Y bien, a pesar de la opinión de Baroja, Barcelona tiene fama de ser la ciudad más europea de la Península. (Europa = Antiespaña, todavía.) No cabe duda que la presencia de Francia tiene para Barcelona una significativa proximidad. La última moda, los últimos libros, la última novedad que lanza el hervidero parisino llegan vibrantes y rápidos a Barcelona

antes que a Madrid, resentido todavía de su encastillamiento meseteño.

Finalmente cabría asignar una cualidad evidentemente europea a una ciudad que ha sabido deshacerse de una manera rotunda de cualquier síntoma de chulería o de majeza.

Una ciudad que ofrece el magnífico espectáculo cultural de una clase obrera que —cada vez más— acude a conferencias, compra libros, lee periódicos, huye el largo trato de las tabernas y no conoce la vida de café.

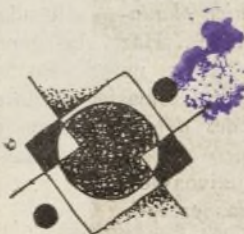
PUNTO

Pongo punto a estas notas barcelonesas que me ha solicitado ATLÁNTICO. Adrede no he querido incluir en ellas descripción alguna de la ciudad. Baedeker y fotografías ilustrarán copiosamente al curioso lector. Mientras estas notas serán como márgenes para encuadrar —espiritualmente— los panoramas que —linterna mágica— desfilarán ante sus ojos.

GUILLERMO DÍAZ PLAJA.



Santa María del Mar.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

UNA VISITA LITERARIA A LA EXPOSICIÓN



Perspectiva de la plaza de España.

El milagro de la Exposición en pie será preciso revelarlo a los cuatro vientos, para que a los más recónditos oídos llegue la buena nueva.

Pero sin adjetivos, sin exaltaciones. Hay cosas que no precisan de exaltación alguna. Ellas mismas, con su esencia, se exaltan sobre todas las demás.

Recordemos aquel párrafo de *La bien plantada*, de "Xenius": "Define, cuenta, mide... Haz por decir, como Stendhal, loco de pasión, no obstante, por la iglesia de San Pedro en Roma, al empezar su descripción: *Voici des détails exacts...*".

En ocasiones, una catarata de adjetivos desprestigia y hace que nazcan sonrisas escépticas en los labios. Un dato exacto, jamás.

Tres direcciones señeras han dirigido los esfuerzos organizadores de la Exposición Internacional. Tres direcciones en cuyo logro ha

intervenido una noble rivalidad. Un deseo de superación que ha conseguido el nivel máximo y definitivo.

Arte. Industria. Deportes. Cada uno de estos aspectos puede presentarse con ejecutorias insuperables. En cada caso, para constituir el orgullo de esta Exposición Internacional. Arte. Industria. Deportes. Toda nuestra época, alineada para ser vista, para ser juzgada por las generaciones de hoy.

En adelante, cuando pasen los años, el recuerdo de la Exposición Internacional de Barcelona estará unido al de una maravillosa y triunfal síntesis de nuestro tiempo.

* * *

A tout signeur, tout honneur... La Exposición de "El arte en España" está instalada en el Palacio Nacional. Constituye una magnífica

sinopsis de la evolución del arte plástico español. Para su logro han sido concentradas en Barcelona las joyas más preciadas del tesoro artístico nacional. Puede decirse, sin temor a exagerar, que en la Exposición Internacional de Barcelona puede admirarse hoy en cantidad y calidad el más importante museo del mundo. He aquí algunas de las obras que pueden admirarse en el Palacio Nacional. Su enumeración nos evitará cualquier otro subrayado admirativo.

La sala número 1 constituye —mientras se habilitan los sótanos del Palacio— el arranque cronológico de la Exposición. Iberia. Grecia. Roma. Idolos hallados en el Cerro de los Santos; bueyes de Mallorca; joyas prehistóricas. Lápidas hispanorromanas —Salpensa, Osuna— de gran interés para el estudio del primitivo Derecho español. Finas estatuas armónicas

que marcan la huella maravillosa de Grecia...

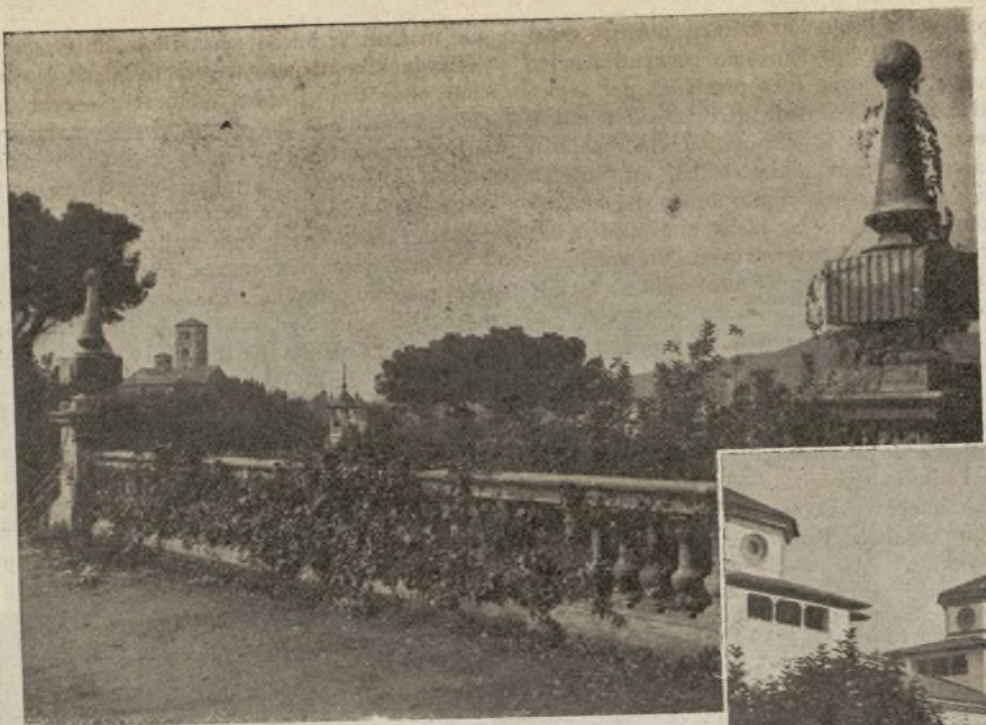
En la sala número 6 está instalada la sección visigótica. Pueden admirarse —reproducidos fielmente— los magníficos frontales recién descubiertos en la Alta Castilla. Y orfebrería. Sobre todo, la joya máxima, que es la *Grus de los Angeles de Oviedo*, por primera vez trasladada de su retiro ancestral.

El arte románico cuenta en la Exposición Internacional con magníficas reproducciones: los capiteles de San Isidoro de León, la portada de la Catedral de Tudela y el famosísimo Pórtico de la Gloria de Santiago de Galicia han sido realizados de una manera magistral.

A subrayar, además, la colección de manuscritos, ya de valor artístico como los Códices del beato de Liébana, ya histórico como el manuscrito del *Poema del Cid*; la *Bula* de San



Jardines de la Rosaleda.



Silvestre, Papa; el testamento de Isabel la Católica, y la carta de arras de Cid.

Figura en la Exposición el más antiguo de los tapices conservados en España: *La Creación* (sala 13), obra del siglo X que se conserva en la catedral de Gerona. Asimismo, una colección valiosísima de tapices del siglo XV (números 2.686 a 2.698), perteneciente a la catedral de Tarragona. Finalmente, la conocida serie de tapices de *La conquista de Túnez* (siglo XVI), que posee la Casa Real.

Señalemos, antes de seguir adelante, los interesantes mapas numismáticos, las magníficas carrozas y espléndidas armaduras (entre ellas la de Carlos V, de la Armería Real de Madrid) que figuran diseminadas en las salas que ligeramente acabamos de reseñar.

Con el arte gótico, la pintura se presenta multiplicadamente en las salas de la Exposición. Una riquísima serie de primitivos orna sus instalaciones. Pueden admirarse cuadros significativos de los maestros catalanes del 400,

Balaustrada del parque de Montjuich.



Palacios de la Agricultura.

como el *Camino del Calvario*, de Vergós, y los retablos de Huguet, Dalmau, etc.

Renacimiento. Siglo XVI. Cuadros religiosos de Pedro Berruguete y de Juan de Juanes. *La impresión de las llagas de San Francisco* sintetiza el arte profundo y maravilloso del divino Morales.

Llegamos a la hora máxima de la pintura española. Velázquez aporta sus retratos de la Corte de Felipe IV; Ribera, sus siluetas apos-

tólicas; Murillo, sus vírgenes; el Greco, su alucinación...

Al mismo tiempo que los grandes maestros europeos: Jordaens, Ticiano, Van Dyck, Tintoretto, aportan su gran prestigio continental al concurso.

Así llegamos a fines del siglo XVIII. A principios del XIX. Ambito goyesco. Obras del gran baturro, procedentes de Zaragoza y Madrid. Retratos de Carlos IV, de María Luisa, del duque de San Carlos, de Fernando VII. A su alrededor los demás cuadros —Bayeu, Lucas, Carnicero, Esteve— son como espejos desvaídos que quieren reflejar la gran imagen go-

yesca. Naturalmente, sin poder. El espejo nunca puede tener personalidad propia.

Con la época isabelina —Madrazo, Fortuny—, ya en pleno naufragio romántico, se llega al fin cronológico de esta Exposición, cuyo contenido exacto no podrían revelar varios centenares de apretadas cuartillas, y que estas líneas han pretendido —pálidamente— abarcar, siquiera sea de una manera incompleta, para esparcir el valor —insuperable— de la misma.

Hay además un Palacio de Arte Moderno. A él han aportado una selección de su obra reciente los artistas de Francia, Bélgica, Hungría, Italia y Portugal. No hay lugar para extender el comentario, que sería bien merecido. Copiosa la sección española. Firmas subrayables: Carlos Vázquez, Gerardo Alvear, Pedro Antonio, Valentín Zubiaurre, Ramón Zubiaurre, Ricardo Baroja, Joaquín Mir, Santiago Rusiñol, Verdugo Landi, Eduardo Chicharro y Felitu Elías. Señaladamente Enrique Climent, Mariano de Cossío y Daniel Vázquez Díaz. Escultura: Barral, Clará, Cristóbal, Torre y "Compostela". Hubiéramos deseado ver inclui-

Pueblo español (detalle).





Interior del Palacio de Victoria Eugenia.



Pabellón del Estado.



Gran salón de fiestas del Palacio Nacional.

das en esta Exposición las firmas españolas que actúan decisivamente en la nueva pintura europea. Hubiera sido muy conveniente contrarrestar la avalancha de tipismo y costumbrismo pictóricos con unas cuantas muestras de pintura cosmopolita y continental.

Hasta aquí el arte. ¿Y la industria? Nos faltaría espacio para describir, aun ligeramente, las instalaciones industriales de la Exposición. Baste decir que sus productos llenan doce de los Palacios del recinto. (Los de Confecciones, Electricidad, Metalurgia, Proyecciones, Comunicaciones, Arte textil, Artes industriales y aplicadas, Agricultura, Ciencias, Artes gráficas, Alfonso XIII y Victoria Eugenia.) Esto, aparte de las numerosas exhibiciones que en *stands* aislados realizan las altas firmas industriales y de las exposiciones particulares que en sus pabellones respectivos organizan las na-

ciones —Francia, Italia, Alemania, Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza, Yugoslavia, Finlandia...— que han acudido a nuestro certamen.

Deportes. Este es quizá el más notorio de los signos de nuestro tiempo; que naturalmente tampoco ha sido negligido. La Exposición Internacional de Barcelona ha construido el segundo estadio del mundo. El primero en algunos aspectos. Un estadio capaz para sesenta mil almas, que constituye uno de los espectáculos más impresionantes que puedan verse jamás. Un estadio en que las formidables contiendas deportivas que se fraguan bajo el cielo barcelonés tendrán el escenario magnífico que les corresponde.

Y hay —entre tantos— otro espectáculo inolvidable: el del Pueblo español. Esa maravi-

lla de arte e ingenio que reproduce todas las características de la arquitectura popular de nuestro país, y es una suma de la espiritualidad de nuestro arte.

Un gran acierto de la inteligencia y de la organización, éste, que permite ver a España en unos instantes, como a través de un caleidoscopio de maravilla.

No es raro que para él sean los elogios más encendidos y los más arrebatados ditirambos de honor.

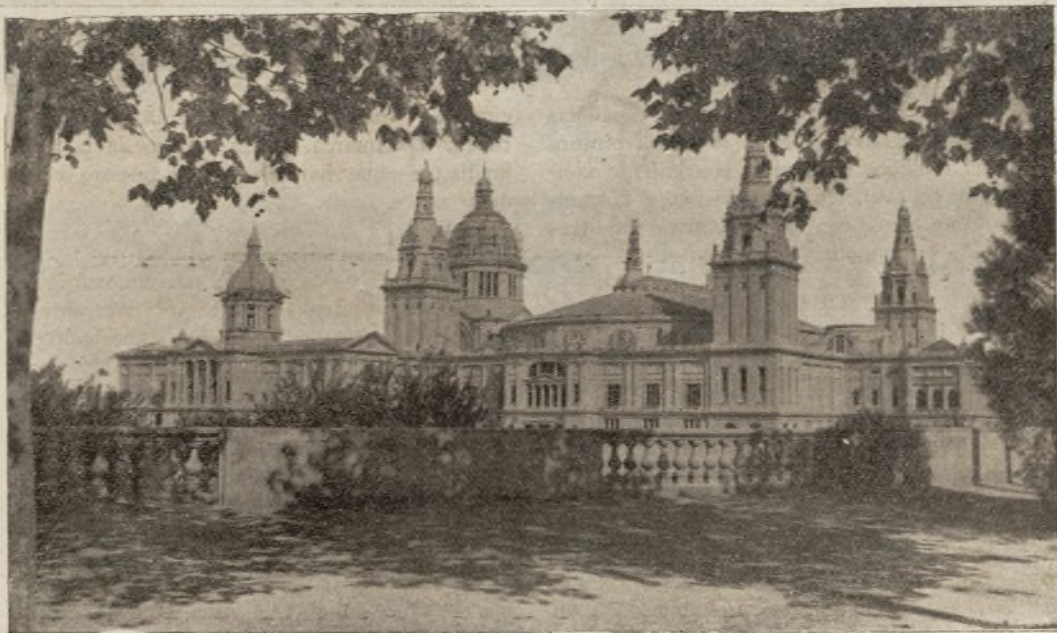
* * *

Revisadas las tres direcciones señeras de la Exposición Internacional, y analizadas las obras que ha logrado su esfuerzo, no queda cumplida la misión del informador. Queda todavía mucho. Queda el aspecto que pudiéramos llamar escenográfico de la Exposición. El que entra por los ojos. El llamado a despertar el entusiasmo del turista y del viajero.

La Exposición Internacional de Barcelona ha sido construida sobre la falda —embellecida

con maravillosos jardines por Le Forestier— de Montjuich. Esto da una gran riqueza a sus perspectivas. A cada instante es posible sorprender magníficos panoramas, deliciosos rincones insospechados. Toda la ladera del Montjuich ofrece un aspecto inolvidable. Entre las cúpulas de los palacios surgen las cataratas de los surtidores. Por la noche, focos y reflectores iluminan, coloreándolas, las aguas de las cascadas y los torreones de los edificios, mientras un gigantesco haz de focos irradia —llenando el firmamento— desde la cúpula del Palacio Nacional.

En el próximo número, Geografía de América: Cuba. Geografía de España: Las costas del Cantábrico.



Palacio Nacional.

BARCELONA, LA BIEN PLANTADA

LAS INQUIETUDES DE BARCELONA

Barcelona, en el mapa espiritual de España, es la inquietud. Una inquietud iluminada a veces por explosiones trágicas. Pero han sido eso: explosiones. Pronto, muy pronto, Barcelona se ha repuesto de la anarquía pasajera, para ser en todo momento la ciudad de las inquietudes templadas por la clásica serenidad mediterránea. Barcelona es Europa, sin dejar de ser España; pero, a la vez, es Grecia. En una sola palabra: Barcelona es siempre, por encima de todo, una cultura.

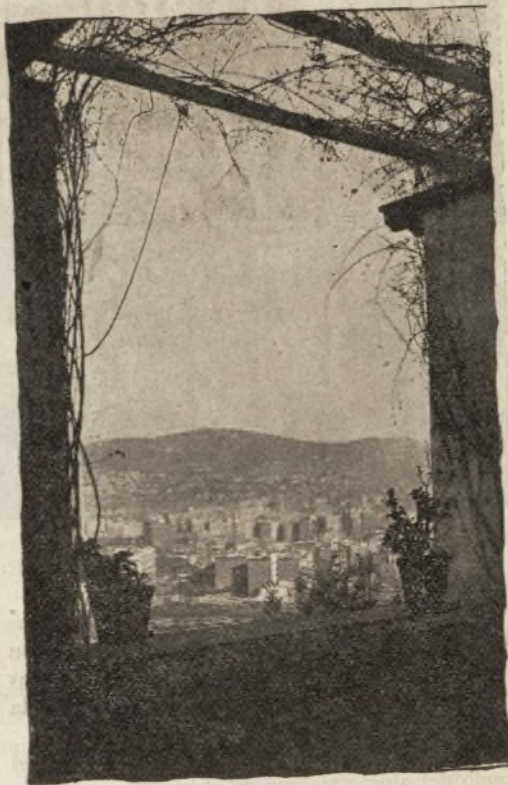
La inquietud barcelonesa es una inquietud de cultura. Sus poetas, sus pintores, sus literatos, sus industriales tienen constantemente la preocupación de Europa, la obsesión de la universalidad.

Para España, esto es bueno. Conviene que las naciones tengan en su área estos puestos de avanzada: salientes adentrados en la vida espiritual de otros pueblos. Ellos son los encargados de recoger las vibraciones del mundo, retransmitiéndolas a los lugares más recónditos. Sin las avanzadas no son posibles, además, el ataque ni la defensa.

Nunca nos han alarmado en demasía las inquietudes de Barcelona. Si en algún momento nos han causado un dolor, siempre hemos creído que aquella inquietud cristalizaría al fin en un obra positiva. Así, Barcelona, tras un período agitadísimo, ha plasmado esta maravilla de la Exposición universal. En una ciudad muerta esto no hubiera sido posible...

EL PUEBLO ESPAÑOL

La suprema gentileza de Barcelona ha consistido en levantar dentro del recinto de su Exposición un prodigio de gracia y de armonía: el Pueblo español. Acumular arquitecturas es tarea fácil; está al alcance de un constructor de maquetas. Agruparlas armónicamente, sin que el observador advierta los tránsitos del románico al mudéjar, del gótico al herreriano, es labor de artista que ya no está al alcance de todos...



Vista de Barcelona desde la pérgola del Parque de Montjuïc.

Se necesita para ello haber bebido el agua de la fuente Castalia y haber departido con Sócrates en el jardín de Academos. El gesto de Barcelona, al edificar este Pueblo español, si tiene mucho de artístico, tiene no poco de sobrio. Serenidad y ponderación: las dos virtudes supremas de los hombres y de los pueblos. Y, sin embargo, Barcelona ha creado a Picasso y ha sido acogedora con toda innovación de vanguardia. Nueva prueba de ponderación. Por algo la *Atlántida*, a pesar de su título, es un poema mediterráneo. El mar latino influye constantemente en la vida espiritual de Barcelona. El alma catalana, aun en sus instantes de retorcimiento, es clara y luminosa. No en vano



Paseo de Colón.

catalanes y aragoneses en las gestas gloriosas de la Edad Media, pasearon la grandeza de su estirpe por el *Mare nostrum*, hiriéndole con sus quillas y acariciéndole, a la vez, con mirada de enamorados.

Este germen de clasicismo cobijado en el fondo del alma catalana es el que ha permitido

a los barceloneses construir este Pueblo español, síntesis admirable de nuestra Historia...

LAS RAMBLAS Y LA PLAZA DE SANTA CRUZ

Pero la Exposición —labor admirable— es obra pasajera. Terminará algún día. Barcelo-

Calle de Cortes.



na, sin embargo, será eterna. La eternidad de Barcelona está en el espectáculo de las Ramblas. Como el espectáculo de la plaza de Santa Cruz es la eternidad de Sevilla. Uno y otro, por motivos distintos, cuya explicación ha de buscarse en la avidez del contraste, propia de todo espíritu selecto. Después de la ascensión al pico escarpado gusta reposar a la orilla del riachuelo que se desliza entre los olmos centenarios.

Las Ramblas son un mar embravecido. La plaza sevillana de Santa Cruz, un remanso. No puede haber incompatibilidad. No la hay, no puede existir entre la montaña y la llanura, que siempre serán hermanas...

Las Ramblas y la plaza de Santa Cruz se han entendido perfectamente. Las Ramblas han captado a Europa; la plaza de Santa Cruz se ha apoderado —espiritualmente— de América. Y entre las dos Exposiciones, España entera, sin envidia, sin necios localismos, ha tendido el puente de su apoyo cordial y comprensivo. Se equivocan, pues, los que hablan de un error: la simultaneidad de las dos exhibiciones. En Sevilla, España afirma: "Esto hice". En Barcelona, proclama: "Esto hago, esto soy capaz de hacer".

La plaza de Santa Cruz se ha desprendido de unos claveles y los ha lanzado por encima de la meseta castellana. Los claveles han caído

en plena Rambla, es decir, en pleno corazón de Cataluña. Barcelona, la bien plantada, después de aspirar el aroma de las flores sangrantes se las ha prendido, orgullosa, en el pecho. Y con un ademán señero ha enviado a la plaza de Santa Cruz unas rosas del Parque de Montjuich...

España en estos momentos, gracias a las Exposiciones de Sevilla y de Barcelona, es el paso obligado para la comunicación de Europa con América. El ciudadano de Europa que quiera darse cuenta de la potencialidad americana, ha de asomarse a Sevilla. El americano que desee comprobar la vitalidad de la vieja Europa, por fuerza ha de acudir a Barcelona.

El paso de uno a otro extremo de la Península no puede ser más sugestivo. En el paisaje de España no sólo refulge la armadura de don Quijote; no todo es misticismo y murallas agrietadas por el peso de los siglos. También se oyen las sirenas de las fábricas y los estampidos del motor de explosión y los cantos del zagal que camina detrás de la yunta.

España, sin dejar de ser España, sabe que es el tránsito forzoso entre Europa y América. Y quiere ser digna de esta misión trascendental. Para ello, Barcelona, la bien plantada, y Sevilla, la riente, le han marcado un camino, que España seguirá hasta el fin.

AURISTELO.

Avenida de Alfonso XIII.



Galería de colaboradores de ATLANTICO



Félix Urabayen.



Benjamín Jarnés.



Pérez de Rozas.



Rafael Marquina.

Geografía de AMÉRICAS

M

É

J



HEMEROTECA
MUNICIPAL

O



MEJICO.—Plaza de la Constitución.

Parece que la naturaleza ha querido trazar a los Estados Unidos de Méjico su misión en el Continente americano. Su mayor extensión fronteriza se ofrece al Norte como enorme muralla, dique formidable contra la invasión extranjera en tierra que, hispana geográfica y políticamente un día —un recuerdo en nuestra historia llena de proezas—, sigue hoy siendo española por su idioma, por sus costumbres, por los vínculos de la sangre, por su cariño y hasta por sus arrebatos. Presenta el frente a

sus vecinos los Estados Unidos llamados de América, y desciende hacia el Sur reduciendo sus filas para mostrar a sus naciones hermanas, también hispanas, Guatemala y Honduras, que su inquietud está allí arriba, en esas estrellas blancas sobre fondo azul, entre las que brilla la hermosa Tejas, florón que antaño perteneció al águila y a la serpiente del emblema mejicano. La frontera norteamericana se desliza indolente hacia el Este, y a no ser por la Baja California, al Oeste, que no siguió las hue-



MEJICO.—Las oficinas de Correos.

llas de la Alta y se enorgullece de ser mejicana, diríase un monstruo que extiende sus brazos a derecha e izquierda para estrechar contra su seno a esa linda, revoltosa y codiciada niña. Méjico, gigantesca pirámide que culmina en el valle de Méjico y en la meseta de Toluca, descende al mar por escalones sucesivos para bañar sus últimos peldaños en el Golfo, al Este, y en el Pacífico, al Oeste.

Sus puertos, de intenso tráfico: Tampico, Veracruz, Puerto Méjico, Progreso, exportan a Europa sus productos. Los de Ensenada, La Paz, Mazatlán, Manzanillo, Acapulco, Salina Cruz, comercian con sus vecinos del Norte y con los países de la América Central. Treinta mil kilómetros de líneas férreas alimentan todas esas bocas, que consumen anualmente más de mil millones de pesos mejicanos, cifra muy superior a la de sus importaciones.

País de extraordinaria riqueza, tan extraordinaria, que las continuas luchas que han diez-

mado sus brazos no han conseguido más que retrasar su pujanza. Un momento debilitado, cuando noticias alarmantes, comentadas y exageradas según el criterio o interés del que las propala, nos presentan a Méjico como entregado a la más calamitosa de las anarquías, resurge inopinadamente y hace oír su voz y muestra su brío en el concierto de las naciones.

Como su clima, muy vario a causa de sus diferentes altitudes, así la producción de su suelo presenta todas las variedades del planeta. Su agricultura es próspera, y aun cuando pudo decirse en un tiempo que el mejicano no cultivaba su suelo, hoy es ésta una de las más importantes fases de la actividad nacional. Méjico produce cantidades muy considerables de café, cacao, azúcar, tabaco, algodón. El henequén es el capital inagotable de Yucatán. Y los pastos alimentan millares de cabezas de ganado vacuno, lanar y de cerda.

El subsuelo es un filón inagotable. Falta mu-

—SOCIÉTÀ

cho por explorar. Oro, plata, cobre, plomo, zinc, hierro, mercurio... Veinticinco mil kilogramos anuales, del primero; el 40 por 100 de la producción mundial de plata lo suministra Méjico; casi 50.000 toneladas de cobre van anualmente a los Estados Unidos del Norte; el zinc se extrae en proporción semejante...

De piedras preciosas hay extraordinaria cantidad: ópalos, turquesas, amatistas, ónix...

La fuente principal de riqueza es el petróleo; el número de barriles que se han extraído y extraen de los cuantiosos pozos abiertos, particularmente en las regiones de Tamaulipas, Dos Bocas y Tehuantepec, impone y atrae. Atrae, porque la producción mejicana representa más de la cuarta parte de la del mundo entero, y en este siglo de gasolina es lógico que

un manantial tan potente despierte codicias más o menos diplomáticas. Los yacimientos de petróleo fueron descubiertos en los Estados Unidos mejicanos hace más de medio siglo; pero su explotación racional y metódica comienza tan sólo en 1910. Coincidencia: esta misma fecha marca una nueva era en el desarrollo de todas las agitaciones políticas contemporáneas del país, de las que me propongo hablar más adelante.

Todos estos productos naturales, exportados en su mayor parte, imprimen una actividad a los habitantes de un país privilegiado entre todos. Diecisiete millones viven con vida propia, importando principalmente maquinaria, que les permite manufacturar y dar impulso creciente a su floreciente industria y comercio. Dieci-



MEJICO.—Centro Mercantil.



Indígena de San Juan de Teotihuacan.

siete millones de mejicanos, repartidos en dos millones de kilómetros cuadrados y nueve mil kilómetros de costas. Reducidísima densidad de población. La capital cuenta con un millón de moradores. Hay unas veinte ciudades de más de 20.000 habitantes; totalizando, alrededor de 1.200.000. En el resto de tan vasto territorio se revuelven, por tanto, con excesiva amplitud unos 14 millones de ciudadanos.

Resulta de tan sucinta exposición que Méjico es un país llamado a ser una de las primeras potencias del Continente americano. Una potencia hermana que no debemos abandonar. Y es abandonarla si la miramos con indiferencia. No se trata ya de conquistas materiales. España, que llevó a aquellas tierras prodigiosas la llama de su espíritu emprendedor, que sembró esa actividad peculiar de nuestra raza, no debe consentir que decaiga ni que se desmorone el imperio del afecto que une a mejicanos y españoles. Dejémonos de apasionamientos tendenciosos, y veamos en la gran República otra cosa que disensiones políticas y belicosos movimientos, en los que el cruce de la sangre india con la española tiene grandes responsabilidades. Miremos a Méjico como a la nación hermana, baluarte hispano que ya se yergue altivo contra el coloso del Norte, y meditemos un instante para considerar que, no obstante su vecindad con aquél y sus desgarramientos internos, Méjico representa y defiende la hermosa idea del hispanismo en América. En estos momentos en que un latinismo sospechoso intenta abrirse camino para contrarrestar nuestra influencia moral, debemos estrechar cada vez más los vínculos de familia y recordar que nuestro porvenir y expansión comerciales están en esos campos, tan bien sembrados para que crezca y se afiance nuestra raza, que hoy, más que nunca, debe

ser hispanoamericana, dentro del recíproco conocimiento y la mutua estimación.

* * *

El mejicano es sencillo, noble, humilde, hospitalario, bravo y resignado. Cerebro siempre propicio a dar albergue a las grandes causas, cuántas veces con el desinterés de un hijo mayor de Don Quijote. Si se hubiera dado a la instrucción de las masas el impulso de los últimos años, no tendríamos ya necesidad de esperar los efectos de tan bellas virtudes. Pero no hay que ignorarlas ni desconocerlas. Conocemos en España, sobre todo, a esas élites que nos envían las Universidades y Centros docentes, que pudieran servir de modelos en el mundo entero, y admiramos el talento de tan-

to heraldo del valer mejicano. Son "muestras" apreciables de una generación que ha de multiplicarse por rincones y ranchos, los cuales nada deben a la civilización, porque el tren no llegó a ellos, y las carreteras hacen rodeos y no les envían el polvo de la cultura. Precisa haber vivido entre los indígenas del campo para apreciar su talento natural, su resignación "oriental" y ver lo que puede dar de sí esa generación cuando experimente el contacto del periódico y del libro. Todavía hoy es el discurso el que enciende los entusiasmos y despierta en inteligencias aún no cultivadas el deseo de sacudir yugos que en las haciendas fueron nefastos. Pero como hay a veces ponzoña en la oración, pues no siempre los caudillos fueron sin mancha, de ahí que en ocasiones la savia haya dado



Lago de Xochimilco.



Puente de Metlac (Veracruz).

amargos frutos. Mas esperemos con fe el día, no lejano, en que el indio, por su cultura, sepa discernir, y veremos surgir una potencia espiritual hermanada con la material que Méjico es ahora...

Cuando se habla de "tipos mejicanos", las enciclopedias y diccionarios nos muestran a "charros" y a indígenas andrajosos y descalzos. Esto es una leyenda que conviene disipar. Leyenda del apache de París y de la chula de España con la navaja en la liga. Méjico, en las ciudades, no tiene andrajos; y si el mejicano se

viste de "charro", para lucir su traje nacional, rivaliza en elegancia con las principales capitales europeas. Y la mujer lleva y realza las galas de la *toilette* con tanta donosura como la más *chic* de Europa.

La vida de sociedad es, en Méjico, refinada, elegante, distinguida. Los salones se adornan con esmero, y puesto que hay que vivir con su siglo, el champán se vierte con tanta abundancia como en las fiestas de nuestras Embajadas. Hasta en las "posadas", que son fiestas familiares que se celebran por Nochebuena en los

patios —andaluces— de las casas del país, se despliega una cortesía y largueza amplias, sin límites; una alegría joven y de buen gusto, que no chocan al rezar el Rosario tradicional.

Quien ha vivido intensamente en Méjico conserva un recuerdo gratisimo. A veces, el recuerdo trócase en una nostalgia parecida a la que experimenta el expatriado...

* * *

Escribir unas líneas acerca de un pueblo y no esbozar tan siquiera su historia, me hubiera parecido algo, no ya incompleto —mi ensayo ha de parecerlo forzosamente—, sino injusto. Mas tampoco es necesario dar a estas notas la extensión de un estudio histórico, al que se prestan admirablemente las vicisitudes tan agitadas del antiguo Imperio de los aztecas.

Los orígenes de este gran pueblo son de to-

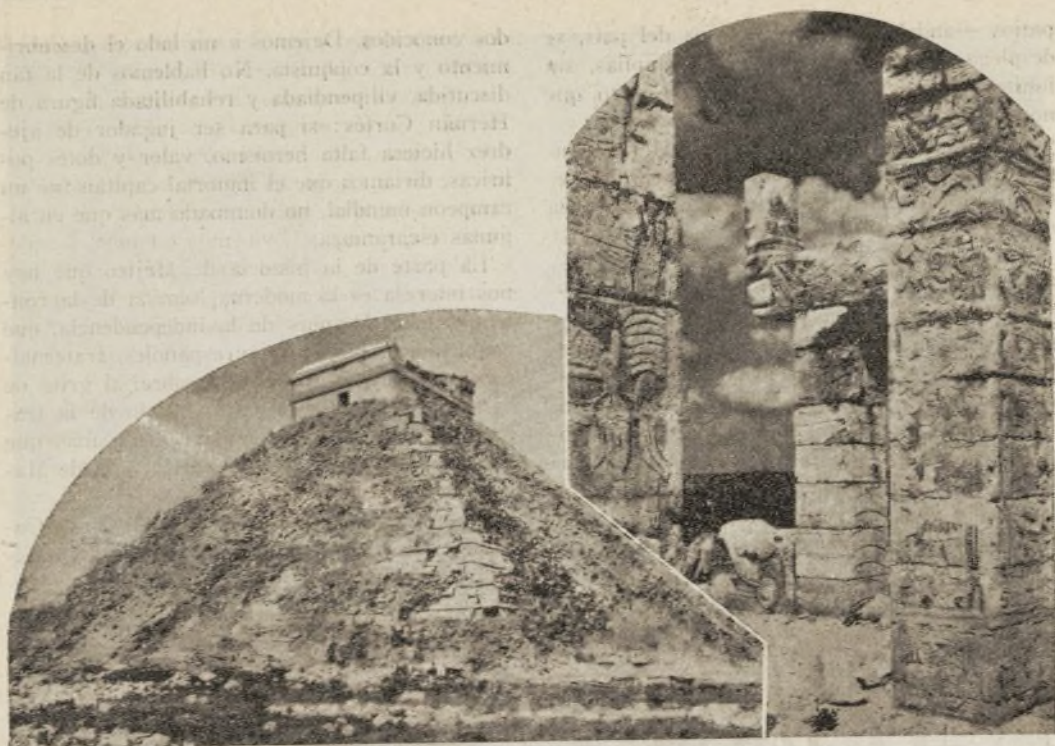
dos conocidos. Dejemos a un lado el descubrimiento y la conquista. No hablemos de la tan discutida, vilipendiada y rehabilitada figura de Hernán Cortés: si para ser jugador de ajedrez hiciera falta heroísmo, valor y dotes políticas, diríamos que el inmortal capitán fué un campeón mundial, no dominado más que en algunas escaramuzas.

La parte de la historia de Méjico que hoy nos interesa es la moderna, semilla de la contemporánea. Después de la independencía, que conmemoran mejicanos y españoles, fraternalmente unidos, el 16 de septiembre, al grito de "¡Viva Méjico libre!" y al tañido de la tradicional campana, destaquemos nada más que tres épocas: Juárez, Porfirio Díaz, y la de Madero hasta Portes Gil.

Benito Juárez, después de ser ministro de Comonfort, fué elegido presidente de la Repúbli-



Los viveros de Coyoacan.



Ruinas de Chichen Ytzá (Yucatán).

ca, en enero de 1858; pero no pudo posesionarse del cargo sino tres años después, pasados en continuas luchas. Como siempre, éstas tuvieron por base las cuestiones religiosas y agrarias. A Juárez se deben las leyes de Reforma de 1859, que pasaron a formar parte de la ley orgánica de la Constitución de la República, en 1873. Separación de la Iglesia y el Estado, matrimonio civil, prohibición a las instituciones religiosas de poseer bienes inmuebles, supresión de la fórmula de juramento y sustitución de ésta por la "promesa"... Escollos que le habían forzosamente de acarrear sinsabores, de los que valientemente triunfó. Para apreciar la importancia que en Méjico se atribuye a este problema, no olvidemos la labor de Cortés para implantar la fé católica en un pueblo que ya conocía los fanatismos de otras religiones y que ya había sido trabajado por el justo Quetzalcoatl. Recuérdese también que los aztecas ado-

raban al dios Tloque-Nahuaque, "creador de un hombre y de una mujer en un jardín de delicias", y que la explicación del Diluvio de los aztecas corresponde a la descripción bíblica.

Porfirio Díaz, presidente que defendió en su programa electoral la no reelección, se mantuvo en el Poder más de treinta años, dando a su país la llamada "paz porfiriana". Don Porfirio fué un dictador, y es indudable que fué apoyado por el clero, ya que, a pesar de las leyes religiosas vigentes, toleró ciertas Ordenes monásticas.

La paz porfiriana. Efectivamente. Después de tanta guerra fratricida, la era de paz del presidente Díaz había necesariamente de causar admiración. Para el extranjero fué D. Porfirio un semidiós, y justo es reconocer que durante su "reinado" absoluto, Méjico progresó extraordinariamente. Ahora bien: todos reco-

nocén —y debe de ser verdad— que el gobernar es una ciencia muy complicada y un arte delicadísimo. Sinceramente creemos que Díaz no fué ni hombre de ciencia, ni, mucho menos, artista. Fué un general de férrea voluntad y de ambición ilimitada. Con estas armas y la debilidad de un pueblo desangrado por el mayor de los azotes humanos consiguió esa paz —que dió sus frutos momentáneos y tangibles, pero que fué también simiente de la situación actual—, Don Porfirio Díaz no dirigió nunca una mirada escudriñadora al porvenir; limitóse a saborear el presente y cimentar con obras materiales de valor innegable la paz que logró con su energía. Hoy pueden enumerarse todas esas obras, y así recordar sin amargura, en muchos campos, la dominación porfiriana. Mas los acontecimientos han demostrado que, espiritualmente, nada logró D. Porfirio. Algo, sí: contener el dique de las pasiones para que un día desbordaran avasalladoras y terribles. Pero el presidente Díaz no había preparado nada para este desbordamiento inevitable, y después de haber llegado a dominar como un rey absoluto, conoció la amargura de la abdicación, siendo obligado a dimitir el 25 de mayo de 1911, y la humillación de la huida, perseguido por los vencedores.

Francisco I. Madero, el Apóstol, como le lla-

man los mejicanos, fué el causante de este derrumbamiento. Han desfilado por la Presidencia: Huertas, Carranza, Obregón, Calles y Portes Gil. No queremos recordar a los Villa, ni a los Zapata, ni a aquel sobrino Félix Díaz, que, desde el tejado del Hotel de Veracruz, en que se hospedaba, fué a refugiarse en la Casa de Norteamérica... Olvidemos también aquella terrible decena trágica que convirtió en cementerios las calles de la elegante y coqueta capital de los Estados Unidos mejicanos... Evoluemos, nada más que para rendir un tributo de admiración a los heroicos marinos de la Escuela Naval Militar, la invasión yanqui en Veracruz... Son escenas que se han grabado profundamente en mi imaginación, y de las que siempre hice responsables a las armas que pasaban libremente por el Norte, y a la fuerza del petróleo...

Después de tantas agitaciones, miremos con simpatía a quienes parece tienen como fin extirpar raíces que nacieron en épocas de falsa paz, y apagar volcanes, un momento en letargo, que quisieron arrollar con su lava emponzoñada ideas de progreso, de libertad, de briosa juventud, que han de ser gérmenes de paz basada en la cultura y en el odio de los odios.

BORIS BUREBA.

A N É C D O T A S Y C U E N T O S

Día de júbilo en casa del riquísimo Isaac: celébrase la boda de una hija de éste.

El rabino se dirige a los concurrentes:

—Hermanos y hermanas mías... En un día como el que festejamos no debemos olvidar la pobreza de los necesitados... Yo os propongo que... gritéis conmigo: ¡Hurra por los pobres!

Higiene:

—Por ser el jueves próximo la fiesta del pueblo —escribe el alcalde—, ordenó y mando que las basuras sean recogidas el miércoles por la tarde.

—Te he llamado para hacerte un encargo —dice un señor polaco al judío Yankel—. Necesito dos zarceros.

—Cosa fácil, señor. ¿Cuánto queréis pagarlos?

—Cien rublos.

—¿Cien rublos? ¡imposible! Prefiero no aceptar el encargo.

—¿Por cuánto podrás proporcionármelos?

—Por el doble.

—Bueno. Pero, por lo menos, exijo que sean magníficos.

—Señor, no tengáis temor alguno.

Ya en la calle, Yankel encuentra a su amigo Salomón:

—Salomón, ¿quieres decirme qué es un sarcero?

España árabe y sefardí



Casas andaluzas en Marruecos.—Dos moriscas andaluzas de Rabat (Marruecos).

Iniciamos hoy una nueva sección consagrada a los valores eternos de la cultura hispano-semita, del fondo oriental de la raza ibérica, cultura la única absolutamente original y absolutamente permanente de España. Bereberes, árabes y hebreos dieron a nuestra patria sus valores más esenciales; los que, transportados a América, le proporcionaron su vigor juvenil; los que, injertados en el alma criolla, hacen que ésta no sea latina, ni europea, sino española; es decir, algo nuevo. Pero, atentos al valor potencial y juvenil del semitismo actual, consagraremos un espacio preferente a las nuevas inquietudes de este mundo hermano. Juventud semita que funde por primera vez la razón con la fe; el progreso con el casticismo,

la vanguardia inquieta con el misticismo soñador.

Entre las principales direcciones de nuestra acción divulgadora subrayamos las siguientes: El andalucismo.—Todas las culturas del Mediterráneo se han cruzado y mezclado junto al Estrecho de Gibraltar. En Andalucía llegó el semitismo a su apogeo, y andalucismo se llama hoy, entre semitas, la cultura española; porque del Sur español salieron y surgieron los momentos de grandeza peninsular.

Tartessos y Creta, los dos grandes misterios mediterráneos (Oriente + Occidente = Mediodía), fueron las cunas de la civilización europea. Y Tartessos —la primera civilización del Mediterráneo occidental— fué Andalucía. La

cultura árabe musulmana fué Andalucía también. Los sefardíes judíos nacidos en España, arraigados en el país desde tiempos probablemente anteriores a la Era cristiana, fueron protegidos en Córdoba, Granada, Sevilla, Cartagena; tolerados o aguantados en Toledo, Baleares, Cataluña, Aragón y Provenza, y hasta en León y Castilla. (Y es preciso enseñar que la Andalucía geográfica —natural— es la bética y cartaginense: Andalucía, Murcia, Alicante, Badajoz y Ciudad Real. El Andalus árabe tenía por límite la Oretana.) Andaluza es también la cultura de Africa, desde Tánger a Egipto, y andalus el criollismo de América —gaucho argentino, cortijero andaluz, jinete del desierto africano—. Resucitar la cultura del Sur español es el primer paso de toda expansión nacional. Debe valorizarse el ejemplo del Monasterio de Guadalupe: el patio de una mezquita dentro del cristianísimo edificio monástico.

El sefardismo.—En los Balkanes, América entera, Holanda, París, Egipto, Tierra Santa, China, Austria, Inglaterra, Portugal, Marruecos, Gibraltar, Argelia... viven más de tres millones de hombres de brillante inteligencia, ocupantes de altos destinos en todas las actividades sociales, que hablan el español con el cariño de lengua propia. Son los españoles sin patria, los sefardíes o hebreo-españoles, que España debe incorporar a su nacionalidad, en justa reivindicación. Muchos dieron su sangre por la tierra donde reposan las cenizas de sus antepasados, en los campos del Rif, y crearon focos de hispanismo en los lejanos países de Oriente. Es la raza de Spinoza, Heine y Disraeli: hombres geniales de estirpe española, perdidos para la gloria ibera por la rutina de añejos prejuicios. Esta es la hora de abrir al sefardismo las puertas de una Patria que nunca han olvidado, y de la que fueron alejados por dramático destino.

Las nuevas inquietudes árabes.—Hay en el mundo árabe actual —desde Marruecos al Irak— una inquietud de juventud y renovación que mira hacia la tradición hispano-musulmana de Averroes, Aben Massarra y los Omeyas cordobeses, alegándola como una bandera de cultura y democracia. Son los jóvenes turbantes puestos entre Oriente y Occidente, sin ser

Oriente ni Occidente. Recordemos que el mirhab de la gran Mezquita de Córdoba está orientado al Sur, hacia el Atlas, no hacia la Meca.

Debemos recoger todos esos valores semitas para afirmar nuestra personalidad ante Europa, y volver al Africa siguiendo —con nuevo itinerario— la ruta trazada por Ganivet e intuita por Costa, logrando de una vez y para siempre que nuestra Península sea moralmente lo que es en la Geografía: el Centro del Mundo.

UN IMPERIO ESPAÑOL EN EL SUDÁN

La afirmación de que el descubrimiento y exploración de América por los españoles es el momento culminante de la Historia universal ha pasado a ser un tópico. Esto es cierto, y, sin embargo, no puede comprenderse la magna epopeya americana sin tener en cuenta la otra epopeya africana que la precede y la sigue, con portugueses y andaluces. Entre las expediciones de los españoles al Africa Negra descuellan el Imperio morisco del Sudán, fundado por el caudillo andaluz Yuder el Pachá.

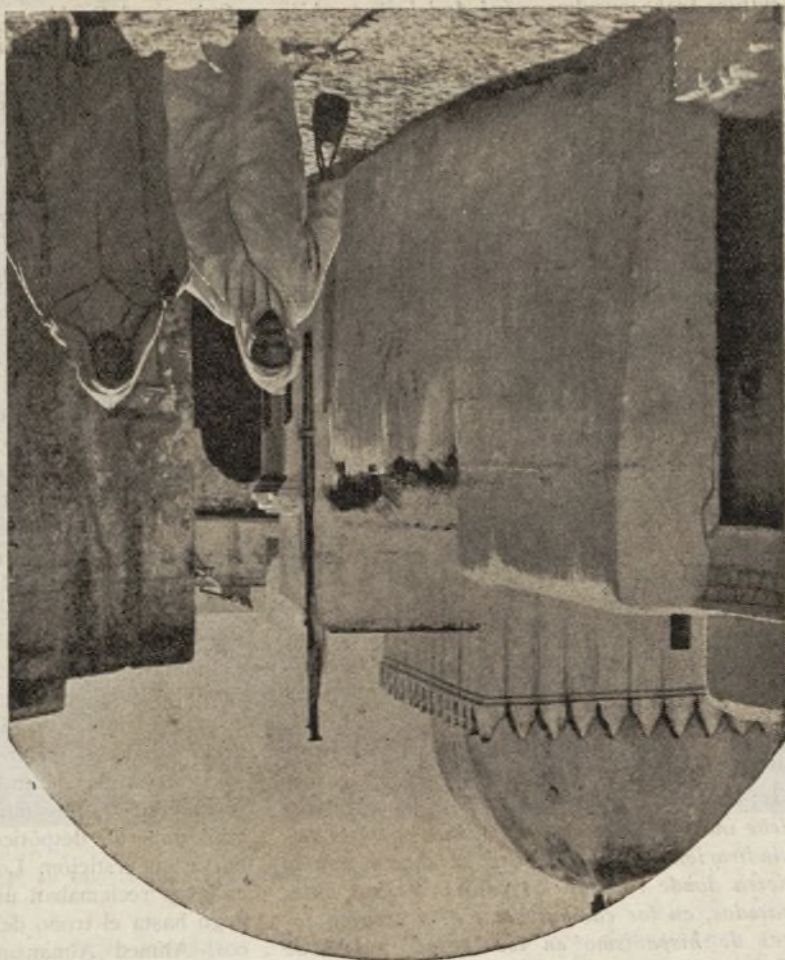
Era el siglo xvi. Sobre las sabanas o praderas pesaba el poder de los feudales, poderosos tiranos negros en que la barbarie africana se mezclaba a los últimos restos de los antiguos imperios despóticos. Es noche negra, plena de superstición. Los gritos de millones de esclavos reclamaban un libertador, y su queja llegó hasta el trono del emperador de Marruecos, Ahmed Almanzor, el Dorado, monarca ansioso de justicia, que lanzó sus tropas contra los tiranos negros. Pero el loco torrente de los caballeros moros envueltos en sus jaiques multicolores, gallardos jinetes, pereció en el desierto ante la horrible plaga del hambre y la sed.

Entonces surge un hombre gigantesco que decide realizar la empresa por su cuenta. Es Yuder, un morisco andaluz, que lanza vibrante llamamiento a todos los andaluces que vivían en el Imperio, cristianos y musulmanes, mozárabes y moros granadinos, moriscos de Alicante y obreros de Sevilla. Eran los restos magníficos de la España medieval de los Omeyas y el Cid, moros y cristianos de España, hermanos

de raza. ¡Van a atravesar a pie los 3.000 kilómetros del Sahara! Es el 29 de octubre de 1590.

El desierto del Sahara. Un gran país quemado, donde sólo se mueve la luz, donde todo calla y nada florece; mesetas rojas y agrietados laberintos de colinas áridas y ásperas, peñascos ensangrentados y ardientes, indescriptibles llanuras calcinadas, tierras cegadoras y espacios ilimitados, donde el suelo estalla. El suave ondular de las arenas cubre a veces el suelo. Encima de todo, el sol cae cruel y achicharrante, abrasando la tierra estéril; la Naturaleza potente y brava vive y palpita bajo sus rayos, y el viento pasa bárbaramente, levantando los arenales con ímpetu pasional para dejarlos caer, desdeñoso, rodando por el suelo con un sordo ruido de tambores.

Soplos de fuego van rasando la llanura, y sobre la bárbara costra de la meseta caen las chispas doradas de las arenas milenarias. Entre el calor pasan los españoles arrastrándose por las lejanías muertas y olvidadas bajo un mar de fuego y sobre otro de arena, entre las tenues gasas del aire y el jadear geológico de la tierra africana, más fuertes que las fuerzas de la Naturaleza, reacios, enjutos, duros. Su sudor es un barniz metálico, y bajo sus harapos aniquilados palpita la más recia de las voluntades. Van esta-



TANGER.—Calle en el Barrio Moro.

(Foto Bueno.)

llando, una corona de fuego sobre sus cabezas y un volcán bajo sus plantas. Arriba, la gozosa policromía de mil banderas y pendones; abajo, el negro rebaño de hombres enjutos. Colores que asemejan un restallar de alas y con un Greco viviente: el *Entierro del conde de Orgaz*.

Lejos, muy lejos, hay un río azul, el Níger, que derrama su fresca indolencia entre los rumorosos penachos de las palmas. En el burbujear de las profundas olas rueda un esquife,

sobre el cual un negro tripulante abre el piano de su sonrisa. En la orilla Norte, piedras y arenas; silencio y soledad el desierto espacio; inmenso, lleno de luz, de tierras sin límite y cielo sin nubes. En la orilla Sur, lujuriente vegetación, el soplo femenino de la selva, que va bordando en el agua mil nostalgias tropicales.

De pronto aparecen los mil españoles supervivientes de la terrible travesía junto al borde de la selva. Al saberlo, se apresta a combatirles la bárbara tiranía. Los oscuros habitantes del río surgen y surgen de sus hormigueros, y el emperador Issihak reúne 50.000 guerreros de ébano reluciente. Pero los moriscos de España los derrotan, libertan los esclavos y se

apoderan del país —tres millones de kilómetros poblados por veinte millones de habitantes—. Vienen luego mujeres moriscas y andaluzas cristianas, se fundan poblados y el imperio español, con el castellano como lengua oficial, y el musulmanismo como religión, reina indiscutible sobre todo el centro africano, desde 1590 a 1780. Aún quedan hoy en Tumbuctu unos mulatos, llamados *rumat* o *aarma*, descendientes de los bravos exploradores andaluces. Página gloriosa de la Historia española, digna de eterno recuerdo y enaltecimiento.

GIL BENUMEYA.

A N É C D O T A S Y C U E N T O S

*Bloch y Roth van al baño y hacen una apuesta.
—Cien francos a quien permanezca más tiempo bajo el agua.
—Conforme.*

El Julgado de guardia ha ordenado que se proceda a la busca de los dos cadáveres.

Juan y Lola hace doce años que se han casado. Desde entonces, las riñas constituyen el plato del día en la feliz mansión.

El marido, exasperado, pregunta un día a su mujer:

—¿Acaso crees que soy un imbécil?

—No, yo no creo eso; pero bien sabes que puedo equivocarme.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. domiciliado
en calle , núm. , se
suscribe a la Revista ATLÁNTICO por un año, cuyo importe de pesetas ⁽¹⁾ remito por Giro postal y con derecho a recibir diez números corrientes y dos extraordinarios, a contar desde el mes de y DIEZ PESETAS en libros cuyos títulos daré a conocer oportunamente.
..... a de de 1929.

(1) DOCE para España; QUINCE para Portugal e Hispanoamérica; DIECIOCHO para el extranjero.

breviario turismo

M A D R I D / M E D I N A D E L C A M P O

En la estación del Norte, de Madrid. Poco más de doscientos kilómetros estamos separados de Medina del Campo. Un elegante expreso espera, jadeante, el momento de partir. El tren grita victorioso, y comienza a rodar...

Atrás quedaron el colosal Guadarrama, los encantos prestigiosos de Avila, panes y pinos de la tierra de Arévalo. En plena llanura castellana, cuando nuestro mirar se dilata por la amplia paramera, apurando con agitación de anhelo distancias y horizontes, llenos de una sed del más allá, nunca satisfecha, surge el castillo de la Mota medinense, frente a la ciudad, que tiene la coquetería de pretender ocultarse tras unas frondas. Surge esta fortaleza altiva, señera y prócer, como un saludo o como un reto —¿quién sabe?—, mirando al tren desde su atalaya, seria, firme y autoritaria; paz y recuerdo hogaño en el circo arenoso de la Castilla labradora, tan callada en su servilismo...

Ya hemos puesto nuestros pies en este cen-

tro peninsular. La estación recuerda el trá-fago de un lejano siglo xvi, cuando Medina era emporio mercantil de las Españas. Salmantinos ganaderos, con plata y fanfarria; trantantes zamoranos, magros y enjutos; segovianos todo orgullo, arevalenses hidalguescos, vallisoletanos ociosos, portugueses altivos...; y las blusas azules corriendo de un lado a otro, y los ferroviarios de mando gritando órdenes y blasfemias, y los trenes que parten con adioses de vapor, en direcciones distintas —Norte, Sur, Este y Oeste—, a los cuatro costados de la piel peninsular.

Es preciso hacer una visita al castillo de la Mota, antes de penetrar en la ciudad.

Un labrador —Andrés Roca— demolió la fortaleza, en el siglo xiii, y levantó otra más digna de su uso. Bravo labrador éste, que acaso tuviera sangre azul en cuerpo de rufián. La herencia fué reformada por los Reyes Católicos, y en ella murió, en 1504, la reina Doña Isabel. Posteriormente sirvió de cobijo a las

Sr. Gerente de la Revista ATLÁNTICO

General Arrando, 36

MADRID



VALLADOLID.—Dos salas del Museo.

Comunidades castellanas, y en su torre del homenaje flameó a los vientos libres la insignia morada de los revolucionarios muertos en Villalar, y en su recinto sufrieron condena el duque de Calabria, Fernando Pizarro, Rodrigo Calderón y el famoso César Borgia, traído de

Italia por el Gran Capitán, como rico presente de sus heroicidades... En nuestros tiempos es templo sin imágenes, lleno de turistas devotos de la historia hispana. Y donde Isabel de Madrigal exhaló su postrer suspiro, en un silencio que, emocionado, guardaba medio mun-

do, hoy se oyen risas extranjeras, triunfales y felices...

LA CIUDAD DE LOS RICOS MERCADERES

Calle de la Ruda adelante, llena de gruesas fruterías, que sientan su majestad entre puestos colmados de banastas. Estamos en la plaza Mayor, plaza de las más representativas del espíritu castellano. Bajo sus porches pasearon su incomprendida gloria literaria Bernal Díaz del Castillo, el autor de la *Historia de la conquista de Nueva España*, y Garcí Ordóñez de Montalvo, arreglador del tan traído y llevado libro *Amadís de Gaula*, que inspiró *Don Quijote*.

Veamos la hermosa Colegiata, ejemplo de ojival, con un retablo de Berruguete y tallas de Gregorio Hernández. El admirable Hospi-

tal de Simón Ruiz es de visita obligada y detenida; y así la Cárcel, el Palacio Real, y las Carnicerías, y la Casablanca, y el palacio del Almirante, y de máximo interés, la Casa de Dueñas, donde el comerciante Rodrigo humilló la grandeza imperial del César español, de Carlos V...

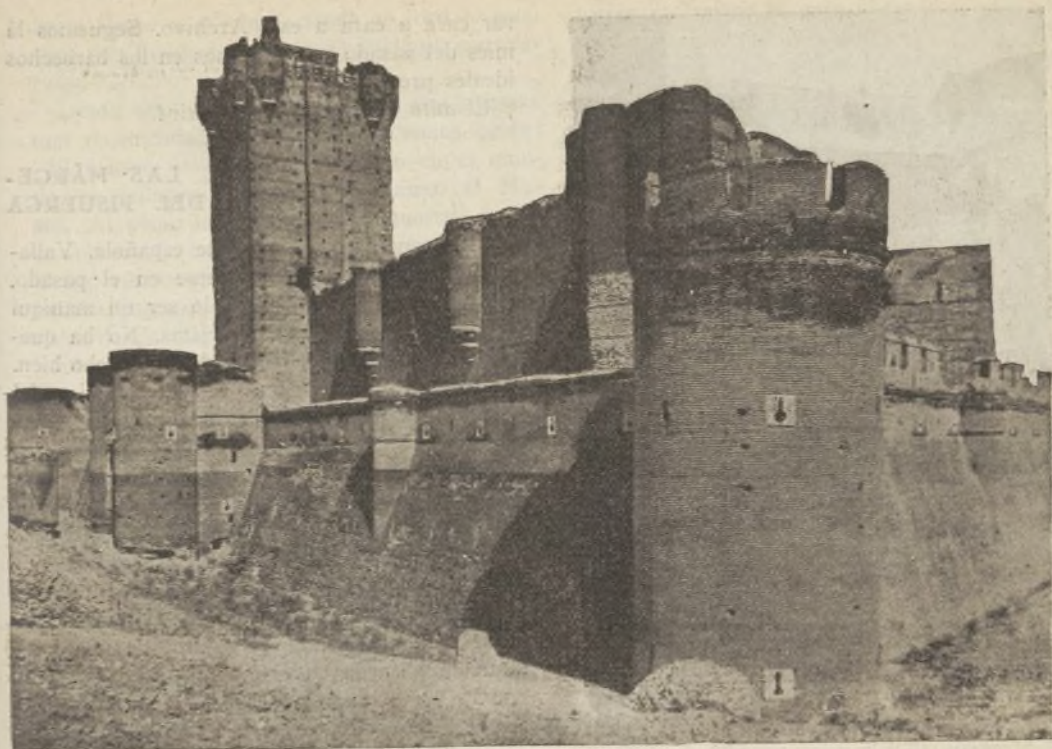
Medina del Campo, en la actualidad, es una hoguera con vida y crepitaciones. Su prestigio mercantil es reconocido por toda Castilla, y brilla con luz propia en las cenizas del yermo.

POR CARRETERA A TORDESILLAS, SI- MANCAS Y VALLA- DOLID / / / / /

¡Qué sed sentimos! Desde el Adaja, no vimos ningún río. ¿El Zapardiel? No hay que



OLMEDO.—Paseo y murallas.



MEDINA DEL CAMPO.—Vista general del Castillo de la Mota.

darle importancia: cuatro gotas caídas en seco.

Tenemos sed: de agua y de verdor; esa sed del más allá de antes; pero ahora, de un más allá que nos sea factible tocar con las manos...

Rueda parece abrirse en dos mitades para dejar paso a los caminantes y viajeros, y así se atraviesa el pueblo a todo lo largo, por el espinazo mismo, entre ruidos de tonelerías y tabernas.

Sigue la sed. Es inútil que la tierra ya no sea de pan llevar, y sí de vides famosas. El paladar y la mirada no se ahitan.

Por fin, vemos arboleda, y sentimos frescor de humedad, y ascienden gráciles unas curvas terrosas. Un puente. ¡Un río!; un río verdadero, un río auténtico, un río maestro: el Duero. Tordesillas se eleva, deteniendo al viajero, interponiéndose en el camino, obligando al descanso.

ATLÁNTICO.—5.

Yo, por todos los sitios de este pueblo ilustre, he visto a Doña Juana la Loca. La he visto estremecida de amor, encerrada en su cuarto, rendida ante la belleza de Felipe el Hermoso. La he visto llorosa y pasionaria, en una incertidumbre cruel. La he visto loca, loca en absoluto, gritando al pueblo vaciedades, agarrada a una verja del Palacio; loca definitiva, en un lugar de villanos cuerdos; jugando con la razón, entre risas y llantos, entre voces y rezos, sola en su desamparo, loca del todo.

Y no he visto más: bella parroquia, artística plaza, afiligranado palacio...; pero todo esto supeditado al recuerdo de Juana, la mujer que torció el rumbo de la Historia bruscamente...

A SIMANCAS / / /

No el Archivo en este pueblo, sino este pueblo bajo la sombra del Archivo. Desde que



Puerta del Archivo de Simaneas.

atravesamos el paso de ronda, un silencio de siglos nos sobrecoge, un silencio de recuerdos, estudio y meditación: recuerdos felices de los Reyes Católicos, señores de la fortaleza; recuerdos amargos del obispo Acuña, pendiente su descoyuntado cuerpo de uno de los cubos; recuerdos gloriosos de días triunfales, recuerdos vergonzantes de tiempos derrotistas. ¡Oh, España, la España ida, toda ella reposando, muerta, en viejos infolios, legajos y pergaminos; tesoro ficticio, que es una pesadilla; mármol que no se puede levantar, al fin; lápida que aplasta el espíritu racial; incommovible panteón que nos llena de prejuicios, rodeando de orgullo nuestra condición patrioter, lastre que nos amarra a las raíces originarias! Un supremo arranque precisamos para salir a la luz del sol, recién nacidos, frente a la vida actual, sin heredad legendaria. ¿Daremos el paso definitivo en la senda nueva que ante nosotros se abre en el momento actual? El labrador, segando la mies, alza su cabeza con trabajo, sin atreverse a mi-

rar cara a cara a este Archivo. Seguemos la mies del pasado y sembramos en los barbechos ideales presentes.

El *auto* nos espera. ¡A vivir!

CABE LAS MÁRGENES DEL PISUERGA

Ya estamos en la ex corte española. Valladolid no ha querido detenerse en el pasado, cargada de preseas, para sólo ser un maniquí de joyas, admiración de turistas. No ha querido remansarse en el recuerdo. Ha hecho bien. La ciudad nueva surgió entre las glorias del pretérito, y así se mezclan los grandes almacenes comerciales, las fábricas rumorosas, los talleres febriles, con estos monumentos de prestigio nacional: San Pablo, San Gregorio, la Antigua, el palacio de Felipe II, la Universidad, San Benito, la Casa de Cervantes...

Isabel y Fernando celebraron sus desposorios en la ciudad del Pisuega. Colón y Cervantes escondieron la vergüenza de una persecución absurda en este lugar sagrado. Vieron la luz primera aquí Zorrilla y Núñez de Arce. Fué corte, cárcel, santuario. Y en los vaivenes del tiempo, no desmayó nunca. Sobre su gran dolor supo alzar el ímpetu voluntarioso de su espíritu, en la ascensión triunfante,



VALLADOLID.—Monumento de Cristóbal Colón.

hasta llegar a la cima, donde es foco progresista que ilumina el páramo castellano con claridad civil.

Desde que pisamos la ciudad, nos atenaza una recomendación oída a no sabemos quién: "El Museo vallisoletano es único en el mundo, en tallas policromadas". Veamos el Museo. Al pisar la primera sala, nuestro ánimo se sobrecoge: colosales figuras de la Pasión de Cristo elevan sus cuerpos gigantescos, de una belleza que sólo pudieron sentir y realizar artistas de Castilla: Alonso de Berruguete y Gregorio Hernández. Allí, judíos de talla descomunal, apóstoles llenos de fe y sacrificio, Cristos empapados en sudor y sangre, la Virgen llena de un imposible tormento, María Magdalena transfigurada en su amor... Rodeados de estas esculturas, sentimos miedo, inquietud y sobresalto. Nos hemos encontrado otra vez bajo una pesadilla igual: cuando niños, en una noche horrible que nos perdimos en un bosque, envueltos en los rugidos de la tormenta. Si no es el Museo vallisoletano el mejor que existe en tallas policromadas, lo que sí puede asegurarse es que es de los mejores.

Y llenos de impresión fuerte, sin sacudirnos el polvo de los siglos, muy nuestros y muy actuales, decimos adiós a Valladolid, enamorados de la ciudad alegre, clara y trabajadora, muy antigua y muy moderna, solera rancia en cáliz nuevo.

En el mar muerto de Castilla hay un barco que navega...

DE LA EX CORTE A LA CORTE, PASANDO POR OLMEDO / /

No queremos ser esclavos del tren; deseamos

mejor esclavizar el *auto* a nuestros caprichos. Sería gracioso que aboliéramos la esclavitud de los hombres y nos convirtiéramos los hombres en esclavos de las cosas...

Y en *auto* llegamos a Olmedo, cuando suena en un reloj la clásica hora del cocido. Después de un breve descanso recorreremos la histórica villa, tan amplia, tan sugestiva, tan evocadora. Por sus murallas, casonas y ruinas puede adivinarse su pasado, un pasado de luchas, afanes y poderío: poder personal y autónomo, sin vasallaje ni servilismo. Que "quien de Castilla, señor pretenda ser,—a Olmedo de su parte ha de tener". Los villanos de Olmedo fueron siempre señores. Y casi todos los olmedanos dan fe de señorío...

Desde la magnífica carretera medimos la distancia que aún nos queda por andar: unos ciento cincuenta kilómetros. Una etapa a Villacastín; luego, en la corte.

EN EL SOSIEGO / /

Hemos recorrido lo más interesante de la tierra vallisoletana, sacando esta impresión: recuerdos por todos los lugares de los Reyes Católicos, recuerdos de una España imperialista, luchadora, triunfal, muy del brazo de la Iglesia, pisando alfombras reales, rodeada de vasallos gentiles.

Y el espíritu personificado en un recio, tranquilo y fuerte gañán, vestido de pana color de polvo, en mangas de camisa, de pie firme en la inmensidad de la llanura, donde hay un silencio de drama, y el sol extiende, al morir, la bandera roja de la puesta en la inmensidad azul del infinito...

JULIO ESCOBAR.

Madrid, 16 junio 1929.



ciudades garrón españolas

SANTANDER, CASTELLANA DE LA RIBERA



SANTANDER.—Vista general de la playa del Sardinero. En el óvalo, el paseo de Menéndez Pelayo.

EFUSIÓN

Santander, hija del Pirineo, verde, azul, —montaña y mar—, es, empero, ciudad de esencias castellanísimas. Tiene, por eso mismo, un ritmo amable y gentil, clásico y moderno a la vez. Es ciudad de sonrisa, con gracia depurada en transcurso de siglos. Sabe beber vientos transatlánticos, y conserva, con la ternura

que infunden las reliquias, el aire viejo y entrañable de los rincones antiguos. Nuestro tiempo no le turba la serenidad del ademán. La castellana de la ribera es el tipo de urbe moderna española, que se transforma suavemente, sin estrépito ni hondas convulsiones, por obra y gracia de la magnífica capacidad sensible de Castilla.

A Santander se le está despejando un horizonte colmado de promesas. El telón industrial de los arrabales cobra un prestigio magnífico. Sobre el fondo sereno de las montañas, las chimeneas fabriles crecen en proporción inusitada, y las altas cumbres se coronan de penachos de humo industrial.

En la bahía, mansa, hay constantemente molas negras, imponentes, de barcos mercantes, y siluetas finas, colosales, de transatlánticos de todo el mundo. Y los caminos provinciales se surcan de automóviles, en ruta de turismo devoto, incitados por la maravilla del paisaje y el estímulo de antigüedades ilustres.

Mas, sobre todo, el alma de la ciudad. El espíritu cordial y noble de la urbe. Santander es la ciudad de la efusión. De una hospitalaria y gentil efusión inolvidable. En este trance de elogio, es acaso la virtud más destacable. El viajero se lleva siempre, prendida en el recuerdo, esta cualidad santanderina.

LAS DOS CIUDADES

Una ciudad de trabajo, de esfuerzo poderoso,

moderna. Avenidas largas que inician la gran ciudad del futuro. Jardines. Palacios. Rincones viejos, de aire castellano.

El puerto. Kilómetros de muelles, paralelos a una línea de jardines amables. Grúas. Chimeneas. Vías férreas.

En el corazón de la ciudad, bibliotecas. Casas que son un exponente de cultura acendrada. Reclamo que trae a la ciudad gentes de todos los Continentes.

Siguiendo las grandes avenidas, junto al mar, o en una ruta deliciosa bajo una bóveda florida, la otra ciudad, la pequeña ciudad, la hermosa ciudad: el Sardinero.

Playas doradas. Pinos. Alamedas. Villas. Hoteles. Cantiles. El poema eterno del mar. Y la rima moderna, el poema joven de las ciudades nuevas.

¿TURISMO?

Con todo, Santander no es la ciudad novía de muchos. Es una amada joven, bella y alegre, sin deseos de quebrantar su castellanía. Posee un alto sentido de su hospitalidad, de



SANTANDER.—En el puerto.

su gentileza acogedora, que no malogrará en complacencias comunes. Su hospitalidad deviene de antiguos ritos castellanos. Y es serena, comprensiva, sonriente. Sin que se recuerde el gesto uniforme de las ciudades maquilladas, que semejan un gran hotel inmenso, donde todo tiene un precio, y las sonrisas y genuflexiones se cotizan en francos...

Santander, punta de Castilla que se adentra en el mar, es infanzona muy de este tiempo. Se la quiere con ternura perdurable.

GENEROSIDAD

Para discernir de la calidad espiritual de Santander, nada mejor que discurrir a través de gestos y actos de santanderinos ilustres. El primer lugar, en preeminencia indiscutible, lo ocupan los "indianos". Santander se transforma, y en gran parte esta evolución civil y urbana se debe a la generosidad de antiguos emi-

grantes, que tienen el corazón propicio y las manos pródigas.

El mejor ejemplo puede ser ese hospital moderno en cuya construcción ha invertido el marqués de Valdecilla, hasta ahora, veinte millones de pesetas. Y esas escuelas desparramadas, en siembra magnífica, por la montaña. Y esas otras empresas nobles que se inician bajo los auspicios de hombres generosos...

Son preferibles estas referencias al mero y fácil *pastiche* literario. En este tiempo, es necesario hallar en los pueblos el acento vital, que no se refiera esencialmente al contorno estético. Airear lo que hasta ahora permanecía incógnito y en plano de humildad es una buena contribución al renacimiento español. De este renacimiento nuestro, al que coopera con fervor y posibilidades la linda castellana de la ribera.

MAXIMIANO G. VENERO.

Carnet de actualidad

CON, DE, EN, POR, SIN, SOBRE, TRAS EL TRIGÉMINO

Hasta ahora San Sebastián era la playa española por excelencia; tres meses de actividad y de ingresos para ir viviendo los nueve meses restantes. Veraneo, turismo, pisos amueblados. Desde que Asuero se ha destapado —pin, pan, pun; por algo el pluscuansimpático doctor es más conocido por el alias "Pistón" que por su apellido, de origen bíblico—; desde que Asuero ha dado en el trigémino, San Sebastián es más que una deliciosa ciudad veraniega. A su entrada debía colocar un letrero contrario al que Dante puso a la puerta del infierno. La incomparable Donosti ha encontrado un modesto sustitutivo de la gasolina que le falta. Con él, y bien aprendido el hondo sentido de la admirable teoría de la relatividad, todo júbilo es hoy la bella Easo.

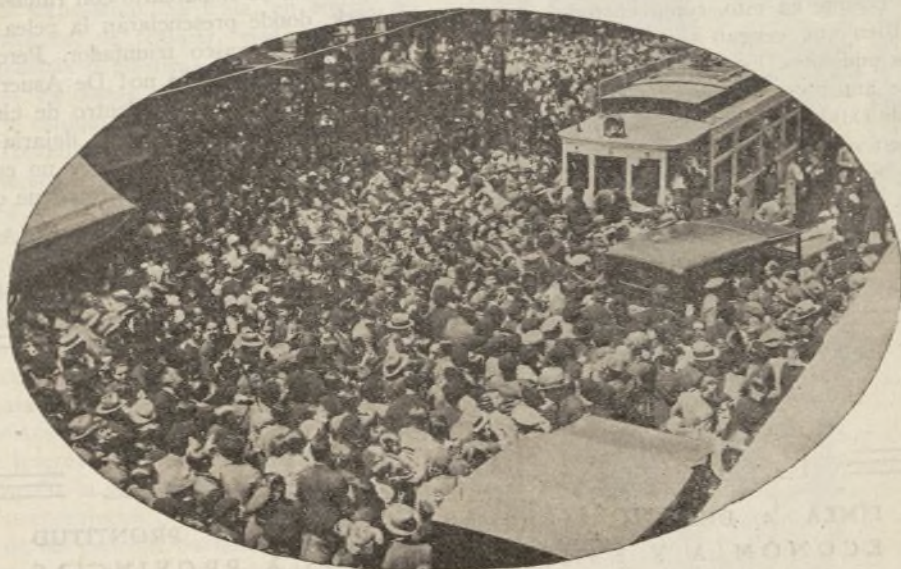
Porque los cojos y tullidos que se ven, los rostros de enfermos con que a cada paso se tropieza, no tienen ese aire triste y resignado de los condenados a muerte. En sus ojos brilla

la esperanza, y las mismas cojeras dan la impresión de andares marchosos y jacarandosos. No pesa, pues, sobre la ciudad ese ambiente, invisible, pero indudable, que envuelve las salas de los hospitales o los pueblos cuyo medio de vida exclusivo es el establecimiento balneario o termal con que cuenta. No. Aquí el dolor se oculta bajo la fe de una inmediata y radical curación. Aunque todo lo demás no existiera o fuera simulado, bastaría esa esperanza suscitada en los enfermos para que el nombre de Asuero mereciera ser unánimemente alabado. Es como cuando uno tiene participación en el sorteo de Navidad. No le cae el gordo, naturalmente. Pero ¿quién le quita a uno los momentos felices soñados? Aunque hay testimonios de pacientes que aseguran sentirse aliviados, prescindamos de ese resultado. ¿No valen nada los días pasados en San Sebastián, abiertos de par en par a la esperanza tantos dolores y tantos sufrimientos?



La señora e hijo del doctor Asuero entre algunas de la flores que les regalaron el día del homenaje al famoso médico.

(Foto Marín.)



Parte de la manifestación de simpatía ante el domicilio del doctor Asuero el día del homenaje.

(Foto Marín.)



El doctor Asuero.
(Foto Carte.)

Lo que es preciso hacer es encauzar bien este nuevo e importante aspecto del turismo donostiarra. Porque en esto, como en todo, se exagera. Bien que vengan cojos, tullidos y reumáticos pudientes. Es decir, que ahora, lo mismo que antes y siempre, preconizamos el turismo de calidad. Calidad, no cantidad. Los que no deben venir son los que se ponen en camino con billete de caridad y treinta reales en el bolsillo, confiados en que los corresponsales periodísticos se han apresurado a contar que Asuero ha tocado el trigémino a más de un

pobre de solemnidad, no le ha cobrado el toque y encima le ha dado doce duros para que vuelva en tercera a su pueblo y le ha regalado un chaleco. Consecuencias de enfocar mal el caso Asuero. Todos se han apasionado, particularmente los médicos, cuando lo elegante hubiera sido que lo tomaran humorísticamente. Porque hay que conocer a Asuero, de quien dice certeramente José María Salaverría que: "es la negación de la pedantería, y la gloria de las Academias le tiene, por lo visto, sin cuidado. Como que es una especie de Picasso de la Medicina. Y está practicando, como los artistas de vanguardia, la vuelta a las formas simples". Y mientras los demás debaten y discuten con un acaloramiento creciente, él sigue siendo el mismo: a ratos, jovial, alegre, campechano; otros, impulsivo, o excéntrico. A toda hora, inquieto y bohemio. Hoy, que tiene centenares de enfermos a la puerta de su clínica y miles de cartas y telegramas esperando ser abiertos, Asuero parece dispuesto a aceptar el ofrecimiento de un hacendado que, para proporcionarle el verdadero descanso necesario a su salud quebrantada por abrumador e intenso trabajo, trata de embarcarlo con rumbo a Nueva York, donde presenciarán la pelea de Uzcudun, el otro vasco triunfador. Pero ¡cualquiera asegura si irá o no! De Asuero no se puede decir lo que hará dentro de cinco minutos. Si se pudiera asegurar dejaría de ser Asuero. "Pistón" es como es, y no como los demás quieren que sea o les conviene que sea.

IÑIGO DE ANDÍA.

San Sebastián, y 14 de junio.

TALLERES DE FOTOGRAFADO

DE

≡ EL IMPARCIAL ≡

LÍNEA / DIRECTO / BICOLOR / TRICOLOR / PRONTITUD
ECONOMÍA Y ESmero / ENVÍOS A PROVINCIAS

Duque de Alba, 4.-Teléfono 71550

MADRID



PINTORAS

¿Hay una sensibilidad artística femenina distinta de la masculina? ¿Tiene sexo la capacidad estética?

En el examen de estas cuestiones, acaso llegaríamos a concluir que nada hay tan feminista como el arte. Y en un cotejo de cualidades hallaríamos a favor de la mujer un plus de sensibilidad. Todo el interés radica, quizá, en que sea *distinta*. Por lo mismo, resulta también muy interesante comprobar que no se acusa diferente. Todo ello, a condición de que, ante todo, sea arte.

¿Existe, pues, en España una pintura femenina?

A esta curiosidad parece responder la interesante Exposición celebrada en la primera quincena de junio en el salón de *Heraldo de Madrid*.

Siempre he creído —séame permitida esta manifestación— que un salón como el del *Heraldo* tenía una destinación especial, que se aparta un poco de la misión habitual de los locales de exposición. Se trata, en efecto, periódicamente, de realizar, mediante exhibiciones gráficas o plásticas, grandes reportajes o amplias encuestas artísticas, de suscitar el interés y estudio de problemas estéticos, de plantear realidades colectivas.

En este sentido, me parece un rotundo acierto la Exposición de obras de pintoras organizada, según propia confesión del *Heraldo*, por su redactora doña Teresa de Nyssen, directora de *La Moda Práctica*.

Aparte el valor individual e intrínseco de las artistas reunidas en ella, ofrecía esta curiosa exhibición el interés básico de ser un medio para el conocimiento de una estética femenina. Acaso, en los actuales momentos, semejante interés adquiere magnitud máxima si, como yo creo, la pintura atraviesa por una crisis de temperamentos. La aparente facilidad técnica de las escuelas novísimas ha permitido ágil acceso pictórico a las habilidades mediocres, y aun la veleidad funambúlica de grandes talentos. (No hay que temer por éstos, ni hay que asustarse por aquéllas. Salvador Dalí, por

ejemplo, seguirá siendo un pintor, cuando descienda de la cuerda floja, mientras algunos otros seguirán no siéndolo, aunque pretendan estirar la cuerda.)

El temperamento pictórico se acusa, en definitiva, por la sensibilidad, en obediencia a



Dibujo, de Rebull.

una ley estética que puede considerarse inviolable. La sensibilidad femenina es, por lo menos, de una *intensidad* distinta, de una distinta *penetración*. Ha sido precisamente una mujer, Mme. De Swetchine, si no recuerdo mal, quien ha escrito que "escribir con lápiz es como hablar en voz baja", magnífica sutileza que sólo un temperamento femenino ha podido formular.

Todo el problema feminista del arte radica en que nos hemos empeñado en afirmar, un poco a la ligera, que está escrito con lápiz. Pero he aquí que alza la voz. ¡Paso a la pintura al óleo!

Hasta ocho pintoras constituían el conjunto expuesto: Gisela Efruni, Marisa Roëset, María

de los Angeles López Roberts, Lola de la Vega, Rosario Suárez, Maroussia Valero, María Luisa Pérez Herrero y Amparo González Figueroa...

Ante todo, conviene advertir que ni los temas ni los estilos señalan una preferencia especial y característica, desde un punto de vista del sexo. No había, por ejemplo —¡iba a decir que afortunadamente!—, ni un solo cuadro de claveles. Pero sí se notaban sensibilidades hiperestésicas —femeninas.

Tanto como es lástima que no estuviesen allí algunas pintoras de las más modernas, lo era también que no todas las expositoras estuviesen auténticamente representadas. Tal el caso de Marisa Roëset. Las dos obras que exponía

—*Rezando el rosario* y *Campesina italiana*— no dan idea de aquella fuerte personalidad temperamental con cuyo ejercicio y dominio ha logrado bellamente esta pintora —uno de los casos más interesantes del feminismo pictórico— hacer con la fusión de las *maneras* de sus distintos maestros dispares una fórmula que, con tendencia y sentido, las mejora. Hay en ella, en esta pintora, que ha dado a la gracia no sé qué triunfales relumbres de pericia, una *afirmación* admirable, una independencia singular, un gran temperamento. Y, sobre todo, una *interpretación* propia.

A esto tiende también Lola de la Vega. Sus cuadros son, en cierto modo, ensayos de poetización. Expresión lírica, tanto como pictórica. Un lirismo generoso, en el que —y éste es su mayor peligro— cada renuncia pretende ser un don. Su femineidad estriba precisamente en esto. Para llegar a la plena posesión, instintivamente, su pintura, antes que nada, *se entrega por entero*. Comulga en el paisaje. Pero se diría que no siempre el paisaje *estaba preparado*. Pero siempre la



Grabado en madera, de Salvador Prieto.

emoción es pura, aunque, a veces, demasiado estática.

A este éxtasis lírico se opone el delirio activo, el frenesí creador de Maroussia Valero. Más que de comunión y de entrega, el suyo es un arte de conquista. Recio, fuerte y, a veces, de tan realista, imaginativo. En Maroussia Valero hay ya, definitiva y depurada, una técnica robustísima. Parece un pintor. Ciertamente; pero precisamente porque sabemos que es una pintora. Ha recabado —y logrado—, valientemente, el derecho a una igualdad de iniciativa. Pero su sensibilidad subraya lo *antifeminista*, lo cual sería una coquetería del temperamento, si no fuese, con belleza, una verdad de su técnica. ¡Caso singular y ejemplar! Maroussia Valero es —cualquiera que haya sido su aprendizaje— una autodidacta. Se ha hecho a sí misma, *nueva* y *distinta*, después de haberse negado a sí misma. De ahí la fortaleza de su dulzura.

En este camino áspero hacia sí misma avanza gratas jornadas, amables, Rosario Suárez Castiello. Exhibía nuevamente su óleo *Ritmo*. Pero, además, con no sé qué gracia inédita y atractiva, un retrato titulado *Mi hija Rosario*, que, o yo yerro lamentablemente, o inicia el rumbo definitivo de esta artista, que —certera intuición— obedece, cada día con más ahinco y con más tino, los dictados de su sensibilidad. En ella, lo pristino es la inspiración. Se diría que su arte le es, a cada instante, *revelado*. Sus aciertos tienen, así, un encanto de adivinación. En este sentido, su pintura es esencialmente femenina. *Mi hija Rosario*, bellissimo equilibrio de tonalidades, matización sutil de sugerencias, es una fuerte y bella promesa.

María Luisa Pérez Herrero y María de los Angeles López Roberts mantenían con sus sendos envíos el prestigio anteriormente conquistado. *Camino de la escuela*, el cuadro de María López Roberts, acusa, dentro de una orientación cartelista, una notable depuración técnica.

Un retrato, de recia y simplista traza, muy vigorosa y acentuada, y un paisaje, revelador de una sensibilidad cultivadísima, revelan en Gisela Eiffuni la realidad de un gran temperamento. Y, sobre todo, la venturosa afirmación de un gusto personal. La originalidad no estriba más que en esto: en el gusto. Y esta pin-



Dibujo, de Juan Luis.

tora es de una gran originalidad. Siento no tener espacio para insistir en esto, y no conocer bastantes obras de Gisela Eiffuni para ampliar el elogio que, a juzgar por estas dos, merece.

Cerraba el catálogo de la Exposición femenina del *Heraldo* un nombre hasta hoy inédito: Amparo González Figueroa. Basta mirar su *Autorretrato* para comprender que esta joven artista está estimablemente dotada. Une a la gracia cándida y primitiva una honda percepción cordial. Diríase que su sonrisa es paralela —en espíritu— al surco de su frente. Gravita en su incipiente un don reflexivo. El impulso no desconoce el freno. Sus dos *Bodegones* son, tanto como expresión anhelante, definición real.

En resumen: quizá sería aventurado intentar, con motivo de la Exposición del *Heraldo*, una exégesis respecto al feminismo en la pintura. Pero, desde luego, había en ella pintura. Y eso es lo importante.

ADSUARA

En el Concurso Nacional de Escultura, un Jurado competente ha discernido el premio a Juan Adsuara. Las dos estatuas en proyecto parecen justificar el fallo. Tienen, con la ponderación escultórica, la belleza estricta. Además, el nombre del artista es buena garantía para la ejecución.

Esta puede corregir, por otra parte, algunos defectos, cuya alusión nos haría ahora caer en pecado de inoportunidad y de excesiva cominería.

Una vez realizadas, las esculturas de Adsuara han de ser colocadas en el Ministerio de Instrucción Pública, "en el plinto o basamento de las columnas pareadas que arrancan en la planta principal del centro de la fachada" y han de tener 2,50 metros de altura. Estas estatuas tendrá que realizarlas el artista "en mármol o piedra arenisca que se acomode o hermane con la empleada en la fachada de que se trata". Premio: treinta mil pesetas. (Lo escribo en letra para que el lector no pueda creer que se ha caído un cero.)

A este propósito, mi amigo el cultísimo Antonio Méndez Casal, ha escrito muy atinadamente:

"Ciertamente, el Estado no se ha sentido generoso, y su actuación en este concurso no parece alcanzar categoría de mecenazgo. Anotemos, además, la cruel ironía resultante de la libertad en que se deja al escultor para que elija entre el mármol o la piedra arenisca. En el caso de ser empleada la primera materia,

habría que convenir en que el Estado era el premiado y no el otorgador de recompensas; cosa, en verdad, posible, ya que es muy frecuente, lamentablemente frecuente, el caso de organismos oficiales, o semioficiales, que se escudan con el prestigio de nuestros artistas, obteniendo gloria, provecho, o ambas cosas, sin que el más leve beneficio alcance a

los verdaderos merecedores." De acuerdo. Verdaderamente, no sabe uno hasta qué punto le parecerán a Adsuara sinceras las enhorabuenas. Me imagino, además, su perplejidad. "¿Piedra arenisca? ¿Mármol? ¿No gano nada? ¿Pierdo?" ;Horrible! ;Y la gloria?, preguntará el filisteo. ¡Ah, sí! ;La gloria! Con ella puede consolarse el artista, aunque no coma.

Años a venir, cuando ya todos, según expresión del señor La Cierva, seamos calvos, algún visitante extranjero, en plan de turista, acaso se detenga curioso ante las dos estatuas de Adsuara y quiera saber de quién son. Y el amigo que le acompañará, para salir del paso y cubrir el expediente, le contestará, rápido:

—No sé; de algún paniaguado de algún ministro.

Verdaderamente; siempre le quedará la gloria al señor Adsuara.

RAFAEL MARQUINA.



Autorretrato, de Juan Luis.



Dibujo, de Juan Luis.

ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA
* * * * CENSURA * * * *



LA BIBLIOGRAFÍA CINEGRÁFICA Y LAS NUEVAS LITERATURAS

España carece por completo de un cinema racial —hispanico, nuestro—, de críticos orientadores y de bibliógrafos. Justificamos esto con dos afirmaciones. Una: la juventud del cine. Y otra: el no habersele concedido —unánimemente— el valor artístico que tiene.

Una buena bibliografía es, generalmente, el complemento de cualquiera manifestación de arte. Es la consagración de la obra. El ventilador que lanza el viento de sus méritos. Cuando un hombre —o una obra— posee una bibliografía, parece que deja de discutirsele y empieza a aceptarsele como un valor positivo.

Nadie puede dudar —ahora— del valor positivo —como arte y como espectáculo— del cinema. Pero también es posible que nadie haya pensado en su escasez y en su inaplazable necesidad bibliográfica.

En España —donde cualquiera puede procurarse la satisfacción bibliográfica que desee—, el cinema carece de orientadores. Un torero, un pintor, un literato de tercera fila, tienen un biógrafo y bibliógrafo. El cinema —más interesante que todo ello— vive sin él.

Hacemos esta afirmación, porque nunca podremos tener en cuenta la media docena de libros de cinema que poseemos. Todos ellos carecen de vitalidad, de ambiente cinematográfico. Unos son demasiado breves; otros, demasiado complejos, y los demás, escasamente originales. Basados o no en traducciones extranjeras, es necesario declarar que no puede ser ninguno de ellos la piedra donde pueda afirmarse el edificio de la bibliografía cinegráfica futura.

Francia, Rusia, Alemania, Norteamérica poseen una vasta bibliografía de cinema. España

carece de *films* y de libros. Los autores que pudieran hacerlos, ni se ocuparon ni supieron comprender el cinema. No adivinaron su importancia. Y si lo aceptan, es porque el pres-



FAY WRAY

(Foto Paramount.)

tigio de las nuevas literaturas —tan amigas del cine— está espoleándolos. Esta despreocupación, esta miopía, es el motivo —primordial—



Norma Shearer, en *Después de media noche*.

(Foto M. G. M.)



Lew Cody y Aileen Pringle, en *El pecado de Adán*.

(Foto M. G. M.)

que justifica nuestra inexistente documentación literaria.

* * *

Si España ha de dar un cinema, habrá de ser —forzosamente— producido por los artistas jóvenes. Los viejos ya nos han demostrado su incapacidad cinematográfica. Esperemos ahora el producto de los jóvenes pintores, de los modernos escultores, de los escritores nuevos.

La plástica joven puede y no puede dar una obra cinematográfica. La literatura es indudable que ha de darla, o, mejor, ha demostrado sus compatibilidades —y sus simpatías— en despegados y maravillosos ensayos. Todo nuevo escritor es buen amigo del cinema, y es muy raro tropezar con uno que no le haya estudiado, en una u otra forma.

Nadie, por tanto, como esta generación del cine y los deportes para dar a España una bibliografía cinematográfica. La bibliografía de que está necesitada.

Las generaciones anteriores ni amaron ni comprendieron el cinema. Todos sus es-

critos llevaban tras ellos un lastre teatral caduco. Les asustaban sus audacias y sus prolongadas renovaciones. No llegaban a sus dinamismos y sus velocidades. Con estas incomprendiones, mal podían dar al cinema una bibliografía.

Los escritores de hoy, no solamente aman el cinema, sino que están favorablemente influenciados por él. Algunos anuncian la próxima edición de sus libros cinográficos. Otros, por ahora, limitanse a producir ensayos, a estudiarle con el detenimiento y la simpatía que merece, a exaltar sus distintas fases y a enaltecer sus primeras figuras. En España, Charlot ha sido catalogado —justamente— como ingenio por estos escritores jóvenes, por esta nueva literatura, que ama y comprende el cinema, porque es de su misma edad y tiene iguales inquietudes e idénticas audacias.

Lo que hay que evitar a toda costa es que esta generación pueda olvidar sus obligaciones. Es necesario que comprenda sus responsabilidades ante el futuro.

JUAN PIQUERAS.



Marceline Day y George K. Artur, en *Detectives*.

(Foto M. G. M.)



Monte Blue y Raquel Torres, en *Sombras blancas*.

(Foto M. G. M.)



EVA BERNE. La nueva "estrella" europea, llevada a Hollywood por el matrimonio Irving Thalberg-Norma Shearer, al regreso de su viaje de bodas.

(Foto M. G. M.)

Ayuntamiento de Madrid



HACIA LA RENOVACIÓN DEL TEATRO

H A B L A N D O C O N « A Z O R Í N »

NECESIDAD DE ACCIÓN

En el estado actual del Teatro se hace precisa la acción: destructora y constructora. Una Europa minorista, de índole hasta hoy casi privada, espera la conquista de los escenarios. Entre nosotros existen posiciones de noble esperanza para la causa. Con ellas, nuestro punto de vista.



Este deseo de cambio de aires en lo que al Teatro se refiere nos hace intentar hoy —ahora, sin estrenos, sin temporada— un modo de encuesta propulsora que anime nuestras páginas de luz de opinión.

Hay en España —como en Europa— entre los intelectuales jóvenes un frío desdén por el Teatro. Desdén injustificado —por lo menos, inexplicado—, ya que no basta para subsanarle el tópico —usado— del *cinema*. Sin embargo, un hombre de la generación anterior, un joven por derecho propio, ha

dado el ejemplo —esos ejemplos magníficos de nuestro suelo— batallando por el canon no aceptado, contra la oposición y la incomprensión. Fuerte, en estos momentos —como siempre—

para reanudar las hostilidades, que pronto dejarán de serlo.

Este hombre, “Azorín” —organizador—, proyecta.

UNA DEFINICIÓN

El Teatro —comienza diciendo *Azorín*— supone una ecuación entre el autor y el público. Creo que esta ecuación se ha roto en España; o que, por lo menos, hay una gran parte de público que desea otra cosa. Otra cosa distinta de la que se ha venido aceptando.

VARIOS PUNTOS DE VISTA / / / / /

—¿Cree usted patente la separación entre la obra joven de nuestros días y el Teatro?

—Cierto. Existe una distancia enorme entre la poesía lírica y la dramaturgia actual. Un libro de Guillén, de Salinas o de Alberti parece escrito en otro planeta si se le pone al lado de una comedia al uso. Se hace preciso el acortar distancias en la estética, entre las dos zonas de producción: la lírica y el teatro.

—¿Y el público? ¿Qué debemos pensar del público? —decimos—. Sabemos que cuando ha tenido ocasión de una pequeña novedad, de algo fuera de lo de todos los días, lo ha recibido con cordialidad.

—Público —continúa “Azorín”— existe ya para recibir la innovación. Yo creo firmemente en el éxito de una campaña de teatro nuevo. Puede intentarse la excursión por provincias, llevando un repertorio reducido; por ejemplo, diez obras nuevas exclusivas de la compañía.

—La dificultad estará en el actor.

—Si; los actores de tal compañía han de conformarse con las partes equitativas de los productos que se obtengan.

—Nos hemos referido al público y al actor. ¿Y los empresarios?

—Casi todos, por no decir todos los empresarios de España, desean en sus teatros una actuación semejante a ésta que le acabo de esbozar —contesta—. Cansados están ya del eterno paso por sus escenarios de la eterna compañía que lleva el mismo eterno repertorio que todas las compañías llevan...

—El público suele hablar de una armonía entre lo de antes y lo de ahora. Una especie de amortiguador para el tránsito.

—El arte no necesita armonía de ese tipo. Está armonizado ya por sí. Se puede— eso desde luego— alternar con lo nuevo lo clásico, sobre todo lo romántico y lo postromántico; hecho, presentado de un modo modernísimo.

—¿Con qué clase de escenografía?

—La decoración que salga ya de la pauta realista que ha predominado durante todo el siglo XIX y lo que va del XX.

—¿Qué considera usted más útil y necesario para la cruzada que emprendemos?

—Ya le digo. Que los poetas venzan su desvío por el teatro y ayuden a acortar las distancias de que he hablado.

—¿Y los autores de hoy? —preguntamos finalmente.

—Los autores de hoy, en auge la innovación, seguirán por el camino abierto, en beneficio de todos.

SE PUEDE AÑADIR

El tono de damasco rojo donde escucho la palabra sobria de "Azorín" me habla de una escenografía simple, unicolor, susceptible de secretas posibilidades para el desarrollo efectista del momento.

A sus palabras podemos añadir:

Es preciso para esa cruzada renovadora:

Primero. Sacudir la apatía de los indiferentes, intelectuales o no intelectuales.

Segundo. Hallar obras y autores. Que de ellos ha de manar la fuente del cambio. Un poeta puede hacer teatro más o menos poético, pero es precisa la revelación del autor dramático nuevo.

Tercero. Extender el radio de acción a teatros íntimos —siempre que sean *libres*—, y cri-

tica. Renovar la crítica caduca, que puede regenerar al público. Facilitar la comprensión con artículos y conferencias previas; y

Cuarto. Continuar yendo al *cine* porque no hemos visto —aún—la incompatibilidad.

ANTONIO DE OBREGÓN.

Junio, 1929.

NOTAS PARA LA TEMPORADA 1928-1929

(Véase el núm. 1 de ATLÁNTICO.)

No sólo la Sala Rex nos da teatro íntimo. Surge otro más íntimo todavía: "Fantasio", organizado por los señores de Martínez Romarate, que dan sus representaciones en su hotel del paseo de Rosales. La velada inaugural tiene lugar con un principio, del que es autor y actor hábil Javier Cabezas, y la comedia esquemática *I. 13-33 K*, del joven novelista Huberto Pérez de la Ossa, que logra un éxito completo con sus escenas trazadas en un tono sostenido de fino humorismo, terminando la representación con el *Sueño de las tres princesas*, intermedio poético rimado en una exquisita asonancia por Pilar de Valderrama —la señora de Romarate—. Autores y actores proyectan nuevas sesiones para la temporada que viene.

Se celebra diariamente en el Infanta Beatriz el famoso *Proceso de Mary Dugan*, que público y jurados se encargan de absolver. Es una de las más características muestras del teatro norteamericano —melodrama o novela— que en Eslava apasiona y sigue produciendo llenos diarios. La interpretación —irreprochable— corre a cargo de la compañía espontánea de Ramón Martori, de la que es actriz primera María Banquer.

Cerramos esta rápida visión de la temporada 1928-29 con el triunfo de *La prisionera*, que, a pesar de su decorado detestable y de su no muy apropiada interpretación, ha llevado al Centro un culto público que ha aplaudido la audacia de Bourdet durante un crecido número de representaciones. *La prisionera* es de las comedias a lo antiguo que deben verse; ya que

arrastra un tema intenso tan lejos de esa monotonía inmoral de las comedias blancas.

TEATRO LEÍDO / /

La clara visión que del teatro español y extranjero posee el joven y experto escritor Enrique Estévez Ortega le ha llevado a escribir un libro —*Nuevo escenario*— en el que recoge —perfectamente documentado— múltiples puntos de vista acerca del palpitante problema de la crisis teatral. El libro ha sido acogido con el éxito que merecen estos esfuerzos.

Dos obras nuevas —publicadas— han logrado la pronta notoriedad entre los grupos avanzados. Son éstas *Robinsón*, de Ximénez de Sandoval, y *Narciso*, de Max-Aub, dos autores jóvenes del diáfano porvenir. Esperemos el momento de las revelaciones.

UNA TRADUCCIÓN DE STRINDBERG

Editados por Mundo Latino, se han publicado *Cinco dramas en un acto*, de A. Strindberg. Son escasas las traducciones que se efectúan del teatro europeo en nuestro escasísimo mundo teatral, y pocas las editoriales que asumen esa obligación; no sabemos si por falta de público o de iniciativas. Lo cierto es que desconocemos el teatro europeo, en esa su modalidad actual del libro, que ha venido a suplir la indiferencia hostil de público y actores.

En estos cinco dramas, Strindberg se propuso escenificar cinco sucesos —o retazos de sucesos— que se concentran en una máxima potencialidad dramática. Su lenguaje es rudo y conciso, con esa precisión de la tragedia desnuda. Nada hay de sobrante en ellos, puesto que —en la acción y en la exposición— esa rudeza es sensacional. La novedad de estos cinco dramas estriba en su fondo, ya que su forma —aparte del lenguaje en planos, que tanto agradaba a su autor— es corriente. Usa en ocasiones Strindberg de esa cualidad magnífica del teatro que consiste en sorprender al espectador: llevarle de la mano hacia la solución usual de un suceso, para deslumbrarle con el juego contrario, no sólo en lo que se refiere a su contenido total, sino al particular, dentro de cada escena y de cada fragmento de diálogo.

Teatro descarnado. Drama que mella y duele,

quedando el hecho social al descubierto, con sus tejidos mordidos por el hecho de sus personajes en un fondo de antagonismos. En estos cinco dramas palpita la vida tal como es. Teatro de la realidad toscamente reproducida, y, por lo tanto, lejos de toda realidad usual y ficticia.

Strindberg es documento irrefutable.

(Berta Singerman ha dado a conocer a su público *La más fuerte*, uno de los cinco dramas que acabamos de glosar, y en el que puede decirse que interviene un solo personaje. Se trata de una de las pinceladas breves más representativas del autor de *Miss Julia*.)

EL TEATRO EN PARÍS

ESTRENOS.—*Melo*. Tres actos en un total de once cuadros, de Henry Bernstein. Théâtre du Gymnase. Por Gaby Morlay y Charles Boyer.

Débauche. Tres actos, de M. Jacques Deval. Comédie, Caumartin. Por Mme. Marthe Rognier y Pierre Brasseur.

Un homme d'hier. Cuatro actos, de M. Louis Artus. Renaissance. Por Mme. Charlotte Lysés y M. Debucourt.

Les Egarés. Cuatro actos, de Mme. Marguerite Duterne. Comédie, Caumartin. Por M. Fouché y Mme. Velsamaky.

L'attachée. Tres actos, de M. Ives Mirande. Théâtre du Palais Royal. Por M. Le Gallo y Mlle. Fusier-Gir.

Une femme sous la pluie. Tres actos, de M. Jean Guilton. Théâtre Michel. Por M. Dezingnaud, Mlle. Spinelly, M. Varey y madame Guitty.

Jules, Juliette et Julien. Cuatro actos, de Tristán Bernard. Théâtre de L'Œuvre. Por M. Georges Cohin, Mlle. Yolande Laffon, M. Le Gouriadec y M. Kancellary.

Les courbeaux. Cuatro actos, de Henry Becque. Comédie Française. Por MM. Bacqué, Jean Bernard, Mlle. Mary Bell y Bory.

REPOSICIONES.—*Musique ou la Sonate à Kreutzer*. Cuatro actos, de MM. Farnand Nozière y Alfred Savoir.

La prisonnière. Tres actos, de M. Edouard Bourdet. Fémina.

(En sucesivos números procuraremos dedicar al teatro extranjero la atención y el espacio que merece.)



*Homenaje a la Banda Municipal de Madrid.
La Orquesta Filarmónica en la Asociación
de Cultura Musical.—Bibliografía. Adolfo
Salazar: "Sinfonía y Ballet".*

En una cultura —musical— bien estratificada, una banda de música suele ser una organización marginal, cerrada, concéntrica. Se desenvuelve dentro de un círculo popular, con escasas evasiones —fugas— hacia estadios de cultura más rigurosos. Generalmente, el marinerito y la criada de servir dan vueltas alrededor del quiosco de una banda, más que en beneficio de la música, en beneficio de esa admirable plasticidad —impresionista— de un domingo en el parque, con multitud, con sol y con aros de niños. Y generalmente —también— el verdadero y futuro melómano empieza su aprendizaje de afición, lejos de las municipalidades de las bandas y de la honesta diversión de dar vueltas a un quisco.



Adolfo Salazar.

Pero todo esto, exactamente, no puede ser aplicado a la Banda Municipal de Madrid. Esos veinte años que la gente ha dado vueltas a su alrededor han sido —en cierto modo— prolíficos, no en plasticidad, sino en musicalidad. Durante ellos, los escasos elementos musicales tenían una labor de urgencia que cumplir: crear un público, una afición. La cultura, las exigencias y el rigor eran alcances posteriores, de ahora —ya— o acaso de mañana.

Y un público —así: en abstracto— que se desea iniciar, educar, está posiblemente más cerca de una banda —dominical y gratuita— que de una orquesta —con algo de rito y de religiosidad—. Por esto, en ciertos estados de evolución, la responsabilidad de una banda es superior a la responsabilidad de una orquesta, y la misión social de aquélla es superior a la misión cultural de ésta.

¿Cómo ha vencido esa responsabilidad la Banda Municipal de Madrid? Exactamente: con acierto. Parte de él —o todo él, si se quiere— corresponde a su director, el maestro Villa, esta índole. Una de las dificultades suele ser ésta: manejar sin peligro los desniveles. Una banda que cumpla con celo su misión educadora debe poner en acción ese arte difícil —pedagógico— de ir disimulando, por medio de las curvas, los desniveles del ascenso. Para la estrategia de los fines, tan inútil es encerrarse en la negación de una pista como pretender escalar una cumbre por la línea directa. El público de una banda de música suele tener fragilidades temibles. De la buena o mala táctica de un director depende el fecundo o infecundo porvenir musical de la gente ingenua que le rodea.

El maestro Villa ha sabido desenvolverse dentro de esa indispensable cautela. El mismo es un músico con conocimientos, y, por lo tanto, con experiencias. Sabe distinguir los valores. Dirigía óperas italianas y francesas en el Real, cuando el teatro Real era todavía una institución. Ha incorporado a sus programas

—en transcripciones hechas por él mismo— a todos los grandes músicos, empezando por Wagner —una devoción honrosa—, que suele interpretar magníficamente en su Banda, y terminando por Strawinsky, de quien tocó hace unos años las escenas populares de *Petrouchka*.

Hoy —después de veinte años de continuo trabajo— el maestro Villa tiene alrededor de su banda un público simpático, lleno de entusiasmos y fervores. Posiblemente será un público estático, bondadoso e ingenuo, que se entusiasma por todo, incluso por el estilo chino del quiosco de Rosales. Pero es lo mismo. El maestro Villa y su Banda Municipal tienen en su haber éxitos y méritos suficientes para un homenaje, no sólo de su público habitual, sino de todos los públicos filarmónicos.

* * *

La Asociación de Cultura Musical ha cerrado el curso de este año con un programa sinfónico a cargo de la Orquesta Filarmónica del maestro Pérez Casas. Concierto extraordinario por todos los sentidos, pero sobre todo por el más exacto: por lo extraordinario de la música en él interpretada. Con perdón de nuestro amigo Ximénez de Sandoval —secretario pasivo de la Asociación—, debemos decir que en ella hay excesiva concesión —temor: sentido económico— al gusto medio del público y una negada desatención a la música española. (¿Cómo no se ha realizado un concierto que se preparaba a base de compositores jóvenes españoles: Pitaluga, Durán, Reimundo Gaspar, Halffter?)

Pero este concierto último ha sido una excepción acreedora de un vivo elogio. La primera parte estaba hecha a base de una obra magnífica de Ravel *Le tombeau de Couperin*, que se toca poco y no gusta mucho, acaso porque las peculiaridades de Ravel están recortadas, y aun condicionadas, al homenaje. Sin embargo, estas evocaciones son familiares a Ravel, —desde el *Minuet* antiguo a la *Sonatina*—, y, desde luego, el músico realiza magníficamente estas formas.

La segunda parte estaba sujeta a la intervención del violoncellista Horace Britt, quien escogió para fondo un *Concierto* de Saint-

Saens. Fondo poco feliz, porque el *Concierto*, salvo muy raros instantes, es vulgar, insípido y frío, y apenas si el violoncellista pudo lucir sus aptitudes.

La tercera parte, en cambio, tenía el gran interés de ejecutarse una obra de Oscar Esplá: *La Nochebuena del Diablo*, estrenada el año pasado por el maestro Lasalle en un festival dedicado al músico levantino. Pérez Casas lo va a dar a conocer —ahora— en Londres, y antes ha dado su versión a los socios de la Cultural.

Esplá es uno de los mejores músicos actuales, no sólo de España, sino del Extranjero. Su producción es parsimoniosa, lenta; pero esta misma lentitud beneficia a su obra, llena de concentradas calidades. Estas calidades son en Esplá salvadoras y definitivas. Esplá maneja verbosidades levantinas, barroquismos germanos, abstracciones divagatorias, impresionismos. Pero por debajo de todo —ganándose, elevándose— esas valiosas calidades, esas finuras de selección, de gusto. Esplá emplea elementos que podrían ser aburridos, vanos e inactuales. Sin embargo, él consigue con ellos



El maestro Turina, que ha realizado una brillante excursión por tierras de América.

efectos maravillosos y equilibrios perfectos.

Esta *Nochebuena del Diablo* —versión de concierto de una cantata escénica— es una obra admirable. Aquí los elementos sobre los cuales opera el compositor son todos ellos rotundamente musicales: fondo popular, infantil, rústico. Tenebrosidad del *Aprendiz de brujo* o de *Una noche en el monte Pelado*. Religiosidad de la cantata. Humorismo de la escena tercera —el *Diablo* y la vieja: *schotis-scherzo*— y lirismo de leyenda, de ambiente.

Con la mezcla, o por mejor aún, con la ordenación de estos elementos, Oscar Esplá ha realizado una de sus mejores obras. Con estos elementos que son precisamente los que mejor se ajustan al temperamento del compositor, desde el tenebroso —cerca de su contextura musical apretada, fogosa— hasta el popular, fiel a sus gestos de siempre: el empleo de la alusión popular, sin desvirtuarla ni transformarla.

Laura Nieto —una artista muy joven que comienza ahora su carrera— cantó con mucho gusto las tres canciones de Rafael Alberti que lleva la obra. Y el público de la Cultural —con honrosa excepción— recibió esta obra moderna calurosamente.

* * *

Comenzamos a tener biografía musical justamente cuando comenzamos a tener historia, o, por lo menos, actividad. Es una de las consecuencias. Después de la música, sus problemas. Pero ¿se venden los libros sobre música? Salazar me dice que de los suyos se agotó la edición. Esto es un gran síntoma, que revela, en principio, la existencia de un público adelantado y cultivado, que se interesa plenamente por la música en toda la amplitud de sus expresiones.

Claro es que, además de esto, Salazar tiene un público fiel que él ha cultivado en largos y difíciles monólogos desde las columnas de *El Sol*; y sus libros, en rigor, están hechos con una gran competencia y con un sentido crítico —orientador y definidor— inmejorable.

Este que acaba de publicar ahora —*Sinfonía* y *Ballet*— es un estudio extenso, documentado y crítico, de dos expresiones —ricas— de la música. De la expresión *Sinfonía* y de la expresión *Ballet*: “Idea y gesto”.

Ambos caminos tienen una larga historia de vicisitudes en meridianos distintos. Salazar la recorre, la desentraña, la estudia con fuerza y abundancia sensual. Los enmarañados complejos, para él no tienen dificultad: minuciosamente va apartando y estudiando cada hebra, y, al fin, el ovillo adquiere la clara unidad de un solo hilo.

Esta dificultad era más comprometedor en el estudio de la sinfonía que en el *ballet*. Los azares del *ballet* pertenecen, no sólo a una época moderna y, por lo tanto, más perceptible, sino a un orden de materialidades, de realizaciones, de intentos, que entran más en el campo de la información que de la crítica. Por ello, esta segunda parte del libro tiene la utilidad —para el lector— de seguir paso a paso las tentativas y las evoluciones del *ballet*, desde el teatro de Arte de Moscú hasta las lanzas de los hermanos Sakharov, pasando por los intentos españoles de Falla y Halffter.

El complejo Sinfonía era de más responsabilidad y reclamaba del autor una serie de conocimiento y un sistema claro de ideas interpretativas, que Salazar —abundante en ellas— ha puesto en juego didáctico. Y las mismas extralimitaciones —frecuentes— de la línea esquemática del tema, son fecundas, útiles y necesarias, y rara vez responden a una divagación, sino a una aclaración, a un deseo de desentrañar todos los misterios, todas las obscuridades de la historia.

Salazar comienza su libro en una virginal iniciación: en el hecho-sonido. Es el protoplasma que luego, a fuerza de clima generador, va desarrollándose hasta llegar a la forma gigante de la Sinfonía, pasando por todas las angosturas difíciles y por todas las oscuras confusiones. Esta parte del libro, que llega en proceso histórico hasta Debussy, tiene después una continuación donde se estudia —individualmente— a los más grandes sinfonistas, sin exclusión de los españoles.

Que nuestra bibliografía musical se enriquezca —y casi comience— con libros de tan logrados intentos como éste de Adolfo Salazar ya es un síntoma halagüeño de un estado correlativo de prosperidad musical española.

CÉSAR M. ARCONADA.



« ¡NO DIGAS QUE HE IDO A LOS TOROS! »

Esa frase acabada de estampar, oída a un espectador a la salida de una de las últimas corridas, dicha en tono de súplica a su acompañante, resume, mejor que cuanto pudiéramos decir, la desastrosa temporada llevada a cabo en la plaza madrileña.

— ¡No digas que he ido a los toros! »

He aquí el caso insólito, significativo y sintomático. Un aficionado avergonzándose de haber presenciado su fiesta favorita, temiendo los decires y vayas de familiares y amigos, reconociéndose vencido, cansado, impotente, desilusionado ante el desbarajuste reinante en la fiesta taurina, la más grandiosa, en todos los aspectos, que tuvo país alguno.

Porque es verdad que siempre estuvieron en uso, entre los indiferentes al espectáculo, aquellas frases zumbonas e irónicas, acaso dichas sin gran convencimiento, con las que era recibido el aficionado, al retorno del festejó:

— ¿Adónde vas?

— A los toros...

— ¿De dónde vienes?

— ¡De los toros!

No le hacía daño al aficionado el antiguo estribillo, aun cuando el dicente procurara extremar la expresión y el gesto al pronunciarlo. Ojalas con cierto aspecto de superioridad, y hasta compadecía *in mente* al chungón, incapaz de sentir entusiasmo por la alegre, jaranera y españolísima fiesta.

Mas es ahora el propio aficionado el que desecha el alarde de su asistencia a la plaza, procurando ocultarla, como si temiera pasar por reo de lesa tontería:

— ¡No digas que he ido a los toros!

Confieso que la tal frase hirió mis oídos, cual trallazo resonante, adentrándose en mi espíritu e inundándole de pena. Y, no obstante, resume gráficamente, mejor que pudiéramos hacerlo, la impresión de esta primera temporada en la plaza cortesana.

* * *

Recojamos algunas notas. Por nimios motivos, que en nada perjudicaban al crédito y autoridad de nuestra plaza, la Empresa acordó prescindir de cuatro diestros de renombre. Pudo, con los elementos disponibles bien barajados, confeccionar carteles interesantes; mas el técnico en estos menesteres encaramóse en el absurdo, y, aparte cuatro o cinco corridas, el resto no hubieran merecido, ciertamente, la aprobación ni de la Junta de festejos de Villaprimada, pongamos por villorrio.

Empero, el aficionado, optimista por naturaleza y un mucho rutinario, acudió como un solo hombre a las taquillas, partiéndose el pecho, como vulgarmente se dice, para adquirir los boletos; cuando en sus manos estaba sancionar los desaciertos y desaprensiones de la Empresa, mostrando prácticamente la merecida repulsa frente a las combinaciones anunciadas.

Del rutinarismo del aficionado estoy plenamente convencido. En estos tiempos de caballos con peto y gabardina, toros con caperuza, diestros empresarios, picadores en automóvil, toreo bufo, nenes becerristas y asesores presidenciales — ¡oh, santa tradición taurina! —, el aficionado acude a la plaza, en una gran mayoría, por la fuerza de la costumbre, como quien va a su obligación cotidiana, bastantes veces sorprendido al encontrarse en presencia de algún diestro totalmente inédito, hecho matador de toros por arte de birlibirloque.

* * *

Otro síntoma: ha sido preciso que un matador de toros, desde hace trece años alejado de las lides taurinas, no ciertamente por su gusto, surja en el ruedo, para hacernos saborear en toda su pureza y clasicismo la magna suerte de estoquear a volapié.

Se trata de Fortuna, el torero vasco. Toro descompuesto, avisado, incierto; faena apretada, dominadora, precisa, y después... una superior

estocada, entrando maravillosamente, cruzando con suavidad y perfección, llegando con la mano al pelo y saliendo limpia, fácilmente, de la suerte. El bicho cae con las cuatro patas por alto, y la plaza entera vibra de emoción, prodigando una de las ovaciones más clamorosas que se han otorgado en Madrid. Anotemos el hecho como nota saliente.

* * *

El diestro valenciano Vicente Barrera ha tenido "su" tarde en la plaza metropolitana. Tarde de apoteosis, triunfal, sin rozamientos, y en contienda única con otro espada, no precisamente de los afanosos por luchar, y colocado en lugar inadecuado en el toreo, debido, más que a sus merecimientos, a haber tenido la suerte de reaparecer en momentos de confusión. Nos referimos a Marcial Lalanda, del que hablaremos después.

Lo de Barrera merece comentario. El torero valenciano ha hecho su aprendizaje siendo ya matador de toros. De aquí sus dudas, la inconsistencia de su trabajo, sus vacilaciones, que se han venido observando en cada actuación, si bien notándose, de vez en vez, adelante visible, hasta llegar el momento de su tarde triunfadora, precursora de otras no menos halagüeñas...

Ello quiere decir que Vicente Barrera "ha llegado". Llegar a la cumbre suele, a veces, no ser difícil. Una novela, un cuadro, una escultura, pueden acercar a sus autores al pináculo. Lo verdaderamente difícil es "sostenerse" en las alturas con una continuada labor, superada día por día, durante algún tiempo. El preciso para que los años, o la aparición de nuevos valores, den paso a la posteridad al que, durante su período de actividad, mantuvo enhiesto su prestigio en todo momento.

Reconociendo en el torero de Valencia condiciones excepcionales para ponerse a la cabeza de la torería, ha de mejorar radicalmente el momento supremo de la lidia —la suerte de matar—, ya que lo demás no ofrece para él dificultad insuperable.

Entonces será el momento de las comparaciones. Algunas de las que hemos leído nos han hecho pensar en la jocosa eutraperlia...

* * *

Hablemos de Marcial Lalanda, y hablemos claramente, exponiendo lo que gran parte de la afición opina de este torero. Porque se da el caso de no haberse deshecho públicamente el equívoco en que, por suerte para él, se ha desarrollado su actuación en los ocho años que lleva como matador de toros.

Marcial Lalanda, en las postrimerías del abono, alternando con Fortuna y el neófito José Iglesias —el detalle no es baladí—, ha tenido la tarde más completa de su vida taurina, en Madrid. Hay más: Marcial Lalanda está, en la presente temporada —aparte el gran tropiezo de Sevilla—, como no estuvo en ninguna.

Torero dominador en todo momento, con detalles aislados que hacían esperar grandes cosas, la consolidación de su categoría no llegaba nunca. ¿Por falta de espíritu? ¿Condiciones de su carácter? ¿Carencia de arrestos? ¿Lo que fuera! La resultante era siempre la misma: "podía" con todos los toros; mas las faenas enardecedoras, las faenas cumbres del torero que, dominado el enemigo, inundan de entusiasmo y emoción al espectador, ésas puede asegurarse que no aparecían por parte alguna. En cambio, los fracasos fueron grandes y numerosos.

¿Cómo explicarse, pues, la posición de Marcial Lalanda en el toreo? Sencillamente, porque jamás a torero alguno se le esperó tan pacientemente como a éste, no ya por sus partidarios, sino aun por la misma Prensa, aparte —como dejamos dicho— por el instante en que apareció en los ruedos.

De aquí que sus triunfos de ahora se consideren mayores que lo son en sí. Esperemos.

* * *

Pocas cosas más. Márquez, el gran torero Antonio Márquez, el mejor que ha tenido Madrid, está un tanto descolocado en nuestra plaza. En cualquier momento puede situarse en el puesto a que tiene derecho.

Villalta y Agüero han mantenido su cartel. Gitanillo de Triana, inutilizado a las primeras de cambio, no ha podido acreditar, una vez más, sus cualidades excepcionales de torero grande.

ANGELITO.



HOJAS DE U... CARNET



Los capitanes Jiménez e Iglesias llevados en triunfo a su llegada a Madrid.

BOXEO

Las necesidades de ajuste de ATLÁNTICO nos obligan a escribir estas líneas pocos días antes del sensacional combate que pone a nuestro compatriota Paulino Uzcudun en el último pelotazo para escalar esa difícil cuesta que ha de remontarse para llegar al campeonato mundial de todas las categorías. Por tanto, nos vemos obligados a privar a nuestros lectores del comentario de este sensacional combate, y ser meros profetas del triunfo del púgil español.

¿Es nuestro afán de que logre el triunfo el boxeador vasco el que nos hace pensar así? Pensándolo con frialdad, podemos contestar que no es la pasión la que guía nuestro pronóstico, sino el cálculo de probabilidades, basadas en las noticias que nos llegan de la tierra del dólar.

Paulino, en plena posesión de todas sus facultades físicas, ha hecho un entrenamiento con-

cienzudo, y el día 27 dará su máximo rendimiento. Su adversario, el alemán Max Echemelling, es un buen boxeador, pero no superior a otros que se han enfrentado con Paulino.

Su *punch*, con ser muy potente, está muy lejos de poder llevar al vasco al tapiz, como no lo ha logrado ninguno de sus anteriores contrincantes. Buen encajador y bastante científico, pero no tanto, sin embargo, como para librarse en absoluto del puño formidable del leñador español, y con pocas veces que ese puño llegue a su destino, Schemelling ha de ver disminuidas sus probabilidades.

Y no es nuestra propia opinión la que nos hace pensar así: hay un detalle que nos confirma en nuestra opinión de un triunfo de Paulino. La Empresa del Madison Square Garden, antes de este combate, ha hecho firmar a Paulino un contrato comprometiéndose a no boxear más que bajo sus auspicios, durante un plazo de dos años. ¿No es esto bastante significativo?



Paulino Uzcudun, el formidable vasco, nos muestra el puño poderoso con el que se está abriendo camino en la tierra del dólar hacia el preciado título de campeón mundial de todas las categorías, al que acompaña la riqueza.

Y los promotores del Madison saben lo que hacen...

Las noticias que nos trae el cable anuncian que los ingresos que se calculan para el *match* Uzcudun-Schemelling pasan del millón y medio de dólares; y como Paulino se llevará el 25 por 100 de la recaudación..., creemos, con fundamento, que se le puede dar la enhorabuena.

FÚTBOL

Cuando estas notas vean la luz pública estará terminado, o próximo a terminarse, el campeonato de Liga.

El Real Madrid acaba de jugar contra el Arenas de Guecho, en el campo de Chamartín, un partido que habrá dejado imborrable recuerdo en cuantos lo presenciaron. Toda la gama artística del fútbol fué sacada a relucir por el equipo madrileño, que dieron una lección de este bonito juego, así como los guechotarras demostraron que tienen un trío defensivo soberbio, aunque en no pocas ocasiones fueron

ayudados por la diosa casualidad. Este triunfo sobre el Arenas hace del Real Madrid el gran favorito y casi seguro campeón de la interminable competición liguera, que ha dejado destrozados a casi todos los equipos —ninguno ha llegado al final completo— y tan destrozado el bolsillo de los aficionados.

AVIACIÓN

La llegada a España de los intrépidos aviadores Jiménez e Iglesias, después de su vuelo, que bien podemos calificar de maravilloso, ha constituido la nota de actualidad más sobresaliente. Todos los homenajes nos parecerán poco para los valientes que han colocado el nombre de España entre los más destacados de la aviación mundial.



Max Schmelling, notable boxeador alemán, que disputará a Paulino Uzcudun el paso hacia el campeonato del mundo de todas las categorías.

La llegada del "Pájaro Amarillo" a las costas españolas, tripulado por Lefevre, Assolant y Loti, más el simpático *polizón*, después del nuevo salto sobre el Atlántico, es un paso más por la conquista de los vuelos trasatlánticos, y los bravos pilotos merecen toda clase de elogios.

TENNIS

Todos los días nos trae el telégrafo nuevas noticias de los triunfos que está obteniendo en los *cours* de todo el mundo la bellísima tenista española señorita Lili Alvarez. Su último triunfo en Wimbledon (Inglaterra), al lograr, en brillante lucha, el campeonato de *singles* femenino, da nueva actualidad a la encantadora Lili Alvarez, calificada hace ya tiempo como una de las primeras raquetas del mundo.



ANTONIO GAY.

Lili Alvarez, ganadora del campeonato individual femenino en los recientes concursos de *tennis* de Wimbledon.



El constante asedio de la puerta de las Arenas por los delanteros del Real Madrid, y que al fin les dió el triunfo por un 2-0.

Radiotelefonía y televisión



Una clase de gimnasia dirigida por un profesor radiotelefónico.

"¡Hallo... Hallo!... F. G. M. I.—ATLÁNTICO, Madrid."

Hoy la radio sirve para todo, menos para lo mejor que podía servir: para gran periódico radiado. Un periódico vivo, con las ventanas abiertas para todos los sucesos y para todos los acontecimientos. Sirviendo el crimen del día al minuto, calentito, trasladando el micrófono al coro de vecinas y porteras y recogiendo el comentario y el chisme en el horno donde se cuecen, sin necesidad de esperar los refritos de los periódicos sensacionalistas. El hecho de llevar el micrófono como un reportero inquieto, de aquí para allá, dotaría a la radio de una formidable vitalidad que hoy no tiene, a fuerza de tomar en serio y traducir en música las aspiraciones de los teleoyentes. Meter la oreja metálica en infinidad de sitios

donde el reportero encuentra todo preparado —artificialmente— para recibirle. En casa de un político ilustre, de la gran actriz, durante un ensayo, en el descanso de un concierto. Por lo diminuto, esencialmente es chismoso el micrófono. Y el chisme es lo que más gusta al radioyente asiduo. Oír la frase, las palabras que no van dirigidas al público; el soliloquio del estadista mientras se pone la corbata, las reconvenciones del director de escena a los artistas durante el ensayo, la conversación del negro del *jazz-band* con su novia, sentada dos mesas más allá de la música; oír los ayes y las voces de socorro en una catástrofe ferroviaria. Ese sería el verdadero reportaje radiado.

Ahora, todo lo más que hace el micrófono es servir de profesor de idiomas o de gimnasia. So-



Una lección de *jiu-jitsu* por el micrófono.

bre la terraza del rascacielos, una docena de muchachas hacen flexiones a las órdenes de un profesor invisible, o un estudiante, en la intimidad de su cuarto, combate consigo mismo, ferozmente,

en una lucha de *jiu-jitsu* inspirada por los auriculares. Los reportajes se reducen a la transmisión de grandes festivales deportivos, o conferencias e inauguraciones.

F. G. M.

UNIÓN RADIO, S. A.

MADRID - BARCELONA - SEVILLA - SALAMANCA - SAN SEBASTIÁN
CONCIERTOS - CONFERENCIAS - CURSOS RADIADOS - INFORMACIÓN
GENERAL

La eficacia de la publicidad radiada es reconocida por todos los anunciantes. Si desea la prosperidad de sus negocios, acuda a la propaganda microfónica. Solicite detalles y tarifas a nuestras secciones de publicidad.

UNIÓN RADIO MADRID

AVENIDA DE PI Y MARGALL, 10. - TELÉFONO 12950

Inscríbase en la UNIÓN DE RADIOYENTES y tendrá derecho a participar en los valiosos sorteos que hace entre sus asociados. Por *tres pesetas mensuales* se recibe gratuitamente la revista *ONDAS*, la mejor revista de radio.

AVENIDA DE PI Y MARGALL, 10. - TELÉFONO 12959

batintin

TURISMO * FAROS DE MAR Y FA- ROS DE TIERRA

El faro es la mejor representación del optimismo. Es una esperanza prendida en la noche. Más de un náufrago ha intentado salvarse asiéndose al rayo luminoso de un faro.

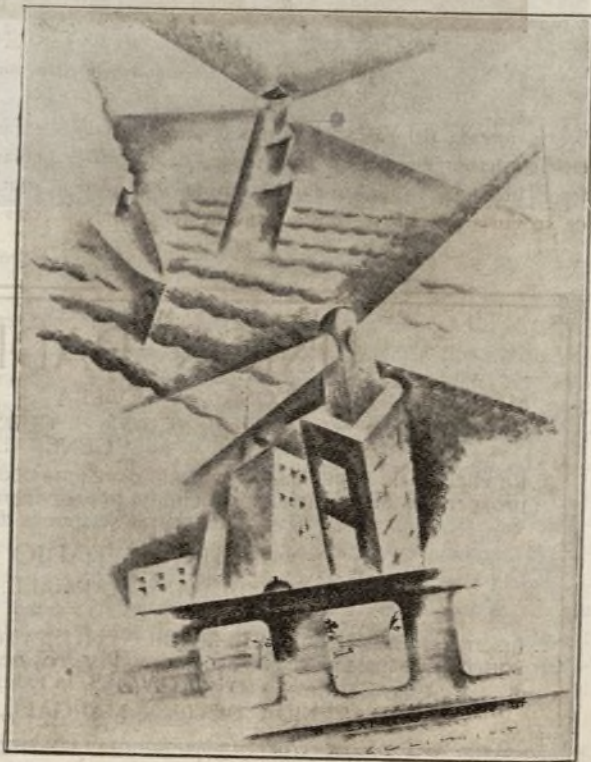
El mar tendrá siempre esa ventaja sobre la tierra; tendrá luz, mientras en la costa queda el armatoste de hierro o de piedra. Quizás por el faro sea el mar más literario, más libre; quizás por el faro tiene mitología superior: las sirenas, magnífica mitad y mitad; en cambio, el centauro, demasiado áspero...

El viajero es, en la escala de las jerarquías, como el criado del navegante. Esto es muy natural, porque el segundo lleva la gran ventaja del faro.

Viajar es una cosa horrible: cuando se hace de día parece que nos arrancan un trozo de existencia, queda un vacío imposible de llenar; viajar de noche es terriblemente monótono y desesperante. Las estaciones son el colmo de lo anodino; es

donde el troquel ha dado mejores resultados. Los grupos de luces apartados de la vida son, si cabe, más anodinos.

¡Gran remedio!: se debían implantar los faros de tierra. Cada ciudad debería tener un faro con exclusiva combinación de luces. Sería un espectáculo maravilloso y atrayente, sería un





ENRIQUE CLIMENT.

grito de las ciudades para dar a conocer su nombre. La noche en el campo ya no sería la nada absoluta. El turismo no sería tan desairado, porque obedecería a un llamamiento. El viajero tendría también su optimismo, como el navegante.

Ahora que en España se va a inaugurar el turismo, brindo la idea para que se implanten aquí por primera vez los faros de tierra.

Los extranjeros quedarían encantados si vieran nuestra Península cubierta por una red luminosa, y ya no se estacionarían en Sevilla y Barcelona; serían solicitados por una vena de luz a seguir adelante. Caminarían de la ciudad morada a la ciudad verde, y de ésta a la ciudad roja, y después a la azul.

Brindo por el faro de tierra, y entre ellos por el mejor, el de la luz blanca, que son todas las luces con un guiño de cuatro mil intermitencias.

DEFINICIONES (1)

El langostino: el inventor del celuloide.

El acordeón: la oruga musical.

SAMUEL ROS.

(Ilustraciones de CLIMENT.)

(1) De un manual de Historia Natural que pienso publicar.

En nuestro próximo número reanudaremos la publicación de la «Página femenina» con una sección de Modas, a cargo de un especialista parisiense. También empezaremos a publicar una «Sección infantil» muy interesante.

A N É C D O T A S Y C U E N T O S

Memoria prodigiosa:

—Os apuesto a que, de memoria, os recito tres páginas del Anuario telefónico.

—¿...?

—Ni números, ni señas; pero sí los apellidos de los abonados.

—Apuesta aceptada.

—Empiezo en la página 32...: Pérez..., Pérez..., Pérez..., Pérez...

Y así sucesivamente hasta la página 35.

Friedmann y Levy asisten a la representación de Fausto.

—¿Qué te ha parecido?

—No está del todo mal. Pero la obra no está bien concebida.

—¿En qué te fundas?

—Vas a ver. ¿Sabes adónde van a parar las alhajas?... No; nadie lo sabe. Pues bien; yo no puedo admitir que detalle tan importante deje de aclararse.

Concurso de regalos a nuestros suscriptores

De acuerdo con la promesa formulada en nuestro primer número, publicamos hoy las bases para el concurso de regalos a nuestros suscriptores.

Todo suscriptor de ATLÁNTICO puede tomar parte en este concurso. Le bastará con llenar el Boletín inserto al final de esta plana, en el cual hará constar su nombre, apellidos, domicilio, número de su recibo de suscripción, y el autor, edición y página de la obra en que figura el siguiente párrafo:

“Sobre todo, que la Baronesa no se aperciba de nada de esto. Ese vejestorio podría estorbar la santa obra de reconciliación que va usted a emprender”.

Para facilitar a nuestros suscriptores su labor de búsqueda del párrafo, les diremos que éste aparece en una de las cuarenta y cuatro obras publicadas por la EDITORIAL COSMÓPOLIS que a continuación se mencionan:

AUTORES Y TITULOS	PRECIO — Pesetas.	AUTORES Y TITULOS	PRECIO — Pesetas.
Paul Morand: <i>Cerrado de noche</i>	5	V. Blasco Ibáñez: <i>¡Por la Patria!</i>	5
— <i>Lewis e Irene</i>	5	— <i>El conde de Baselga</i>	5
— <i>Nada más que la tierra</i>	5	— <i>El padre Claudio</i>	5
— <i>El Buda viviente</i>	5	— <i>El señor Avellaneda</i>	5
M. Dekobra: <i>Media noche... Plaza Pigalle</i>	5	— <i>El capitán Alvarez</i> (dos tomos), cada uno	5
— <i>“Rata de cueva”, ladrón</i>	5	— <i>La señora de Quirós</i>	5
— <i>Hamydal el filósofo</i>	5	— <i>Ricardito Baselga</i>	5
A. de Hoyos y Vinent: <i>Las playas de Cítarea</i>	5	— <i>Marujita Quirós</i>	5
— <i>Cómo dejó Sol de ser honrada</i>	5	— <i>Juventud a la sombra de la vejez</i> ...	5
Eduardo Bourdet: <i>La prisionera</i>	5	— <i>En París</i>	5
Arturo Conan Doyle: <i>El círculo mortal</i> ...	5	— <i>El casamiento de María</i>	5
Colette: <i>El fin de “Querido”</i>	5	— <i>El conde Garci-Fernández</i>	5
Rachilde: <i>El señor Venus</i>	5	— <i>Fantasías</i>	5
E. Ramírez Angel: <i>Ella y él se buscan</i> ...	4	— <i>El adiós de Schubert</i>	5
John Erskine: <i>La vida privada de Helena de Troya</i>	5	— <i>Guerra sin cuartel</i>	5
Pedro Mata: <i>La celada de Alonso Quijaño</i>	5	— <i>La hermosa liejosa</i>	5
Alberto Insúa: <i>Hombres y mujeres que aman</i>	5	— <i>En el cráter del volcán</i>	5
Eduardo Zamacois: <i>El guiñol del diablo</i>	5	— <i>La explosión</i>	5
G. K. Chesterton: <i>El regreso de don Quijote</i>	5	Guilmain: <i>La mujer que nació demasiado pronto</i>	5
Mauricio Bedel: <i>Jerónimo a 60° de latitud norte (La Noruega amorosa)</i> . Premio Goncourt 1928.....	5	— <i>La sed de vivir</i>	5
Anita Loos: <i>Pero se casan con las morenas</i>	5	— <i>Las sirenas de la pasión</i>	5
		— <i>La señorita que bordaba el charleston</i>	5
		— <i>Flor sobre ruinas</i>	5

La lista de regalos con que ATLÁNTICO obsequiará a los suscriptores que acierten, se publicará en el próximo número, así como las condiciones de adjudicación de los premios y fecha en que terminará el concurso, que queda abierto desde la aparición de este número.

Insertamos a continuación el Boletín que habrá de remitirse a nuestra Redacción (General Arrando, 36).

Concurso de regalos de ATLÁNTICO

Don, domiciliado en, calle, núm.; suscriptor número de ATLÁNTICO, ha encontrado el párrafo a que se refiere este concurso en la página de la obra titulada, original de, y publicada el año por la EDITORIAL COSMÓPOLIS. (Fecha y firma.)

Noticario hispanoamericano

S A L U D O S . . . , I N T E R C A M B I O

Siempre he creído poco en las manifestaciones oficiales de iberoamericanismo. Y no por la falta de fervor que se pudiese registrar en ellas, sino, más bien, por la ausencia total de un sentido de eficacia. Hasta ahora, al tratar de las relaciones entre España y América latina, casi todo el mundo ha llevado, para mejor lucirse, para hacer brillar, en muchos casos, una improvisada erudición, un bagaje de citas, de recuerdos, de historia; un bagaje inservible, manejado por el científico falso, por el simple discursador. De este modo, bajo invocaciones de raza, de maternidad y otras análogas, se iba creando un andamiaje inseguro para un edificio cuya construcción apenas si existía. Y también se creaba un ambiente de recelo en las juventudes. Era repetir las palabras de la Historia diariamente, insistir en lo archisabido, architrillado. Tan ridículo, por nuestra parte, como aquella sacudida violenta —de amargura— de unos cuantos jóvenes escritores de Buenos Aires, al querer sacudirse la losa histórica, innegable, evidente. Pero acaso de todo tuviese la culpa el citado iberoamericanismo oficial. Y lo extraño es, que la generación más joven y más pura de España se haya dejado llevar, a veces, por ese sentimiento. Hoy las cosas, afortunadamente, varían, y existe otra concepción —por todas las partes— de los problemas. Y los apretones de manos son, por lo tanto, más fructíferos y, desde luego, más sinceros. La preocupación de trabajar bien en todos los sectores y direcciones se ha presentado, limando aristas y acercando posibilidades. De ahí han nacido intereses mutuos y mutuas curiosidades, y de ese mismo punto ha comenzado el ir y venir de profesores, de escritores, de científicos auténticos, verdaderos guías del pensamiento, en *raids* de estudios, de conferencias, de aproximación intelectual y cultural. La presencia de una de estas personalidades logra, a mi modo de ver, mucho mejores resultados que la labor continuada de todo un Cuerpo diplomático. La simpatía, la mutua comprensión y el conoci-

miento mutuo se profundizan, se exaltan. Una gran parte del éxito se debe también a la calidad de los viajeros, de los conferenciantes. Últimamente, esa calidad ha sido ópima, de uno y otro lado, como puede apreciarse. En este breve artículo-resena me propongo facilitar una lista, aunque muy incompleta, de las principales figuras, partiendo de un tiempo muy próximo, hasta la fecha.

Me remito a la lista:

José Ortega y Gasset.—Durante los días más rigurosos del pasado verano aguardaba firme el momento de la marcha; aguardaba firme en Madrid, meditando sobre las conferencias que había de dar, estudiando... El maestro Ortega iba aunando, al mismo tiempo, sus recuerdos del anterior viaje a Buenos Aires, y preparaba su retina a la nueva visión. Igualmente se preparaba a ser visto, observado, oído con atención no concedida a conferenciante alguno. Era un verdadero consuelo para el trabajador (de ideas) español sentir la fuerza de José Ortega y Gasset trabajando duramente en pleno verano, en el corazón de Madrid. Trabajando para obtener el éxito clamoroso, sin otro precedente que el alcanzado por el doctor Marañón en la Habana.

Lo demás todo el mundo lo sabe, y no faltaron profusos comentarios. Cada conferencia fué un éxito inmenso. El filósofo Ortega, tan querido y admirado en Buenos Aires, superó a su mismo recuerdo. Conferencias sobre filosofía, disertaciones sobre la vida. Siempre en tensión de ser sondeado, escrutado, analizado, y siempre en forma para dejar una huella imborrable con su palabra.

Toda la labor dura de estudiante en Alemania; todas las jornadas ásperas de escritor, en su mesa de trabajo, y de pensador, en la tarima de su cátedra, hicieron el camino de magnífica madurez. Todas esas larguísimas horas de estudio y de afinar el espíritu, ¡horas de ciudad alemana, tan silenciosas!, para el apo-

geo —justificado— actual. Ortega y Gasset ha sido, en este tiempo, el conferenciante más ilustre y representativo. Y en esta lista incompleta, sin mayor objeto que el de breve reseña —ya lo he dicho—, merece figurar a la cabeza.

Américo Castro.—Un profesor de filología, un profesor tipo. Variado en su materia, ameno. Un profesor, además, que tiene sus salidas garantizadas previamente por los partidarios —y partidarias: no son éstas las menos— que cada año se conquista para su enseñanza en los cursos de verano que aquí se celebran. De voz y de concepto claros, el profesor Américo dominaba a América, la ha dominado siempre. Allí ha suscitado entusiasmos, y hasta cartas, de sus oyentes y discípulos a las revistas literarias de España. Tiene ya espíritus por él formados, ocupando cátedras importantes en diversas Universidades americanas. Su presencia, ¿árabe?, y sus estudios sobre orígenes y evolución del idioma le dan antigüedad y modernidad simultáneamente. Jamás vejez.

Ovejero.—Es la tromba, el río caudaloso, el entusiasmo. Quien esto escribe le despidió —su pie en el estribo— en el andén de una ciudad muy histórica española. (En esa tarde le había conocido y acompañado a buscar la edición primera del libro *España*, de "Azorín". ¿No lo recuerda, maestro Ovejero?)

En América, la voz poderosa del profesor y sus exaltaciones habrán salido en tumulto hacia los oyentes. Nombres maravillosos. Obras maravillosas. Y luego, el maestro Ovejero, todo desmelenado, mientras el éxito llegaba aquí. Todo espíritu joven y tumultuoso merece un aplauso de los jóvenes —y mejor si éstos son pueblos—. Don Andrés Ovejero debería, por el citado motivo, hallarse en constante disposición de salir.

Martín S. Noel.—Ahora les toca a los americanos que han visitado recientemente España. Martín S. Noel ha pasado hace breves días, y

su paso ha despertado, por todos sitios, los ecos más halagadores. El arquitecto y escritor lo merece. Su empresa, también. *Síntesis* se titula, y en verdad que es una síntesis de las mejores aportaciones artísticas y literarias del día. Campo amplísimo para las ideologías más diversas. Campo cerrado para lo que no tenga un verdadero valor. En la nave de *Síntesis*, llevada por tan experto piloto, se visitan los mejores rincones de los mundos espirituales.

Larreta.—Un claro prestigio, con una misión prestigiosa acerca de España; pero su más alta valoración se encuentra en él mismo, fuera de los *excelentísimos* y los *ilustres*, lejos de todo tratamiento, de todo ditirambo tópico. Larreta es su conversación y sus libros; ¿es poco? Su probidad literaria y su atracción personal. Al venir Larreta, los trabajadores espirituales han sentido un hondo regocijo. Lejos de su significación oficial, han agasajado en él lo que hay de valor personal, humano.

Jaime Torres Bodet.—Un joven, un compañero; y mexicano. Sólo con esto basta para explicar el entusiasmo con que se le ha recibido. Luego puede decirse: *el autor de "Margarita de Niebla"*, Torres Bodet, ha llegado a España bajo los mejores auspicios. Su condición diplomática no le sitúa. Ha venido situado por sí propio. En él se encarna uno de los espíritus más finos de América, con caracteres acusadamente mexicanos y, al mismo tiempo, con caracteres de una raza, una particularísima universalidad. La llegada de Torres Bodet ha sido para los jóvenes —de ideologías— un acontecimiento gratisimo. Viene a quedarse. Es ya de aquí. Y se unirá, militando, a la vida literaria española.

Torres Bodet: finura, y un sentido crítico definido por la tarea objetiva de su anterior carrera profesoral y —lo más importante— por una rica intuición.

Y aquí la reseña.

MIGUEL PÉREZ FERRERO.



Temas económicos y sociales

EL COMERCIO DE ESPAÑA CON AMÉRICA

COMERCIO DE ESPAÑA CON LA AMÉRICA LATINA

(Medias anuales en miles de pesetas)

NACIONES	IMPORTACIÓN		EXPORTACIÓN		EXCESO DE LA EXPORTACIÓN SOBRE LA IMPORTACIÓN	
	En	En	En	En	En 1911-13	En 1924-26
	1911-13	1924-26	1911-13	1924-26		
Argentina.....	59.217	143.102	70.020	91.070	+ 10.803	- 52.032
Brasil.....	12.593	5.712	4.445	13.800	- 8.148	+ 8.088
Colombia.....	1.139	1.824	3.234	8.056	+ 2.095	+ 6.232
Cuba.....	2.576	9.584	60.910	87.173	+ 58.334	+ 77.589
Chile.....	6.718	36.392	8.535	6.940	+ 1.817	- 29.452
Ecuador.....	3.639	8.507	1.854	1.113	- 1.785	- 7.394
Haití.....	7	940	16	3	+ 9	- 937
Honduras.....	1	84	127	23	+ 126	- 61
México.....	8.164	8.330	15.210	16.926	+ 7.046	+ 8.596
Nicaragua.....	11	2.194	265	7	+ 254	- 2.187
Paraguay.....	343	8	31	155	- 312	+ 147
Perú.....	728	187	1.592	2.557	+ 864	+ 2.370
Puerto Rico.....	6.840	3.280	3.032	1.238	- 3.808	- 2.042
Salvador.....	432	2.411	385	119	- 47	- 2.292
Santo Domingo.....	29	980	856	60	+ 827	- 920
Uruguay.....	6.148	4.446	11.151	23.536	+ 5.003	+ 19.090
Venezuela.....	9.862	25.875	4.274	6.143	- 5.588	- 19.732
TOTALES.....	118.447	253.856	185.937	258.919	+ 67.490	+ 5.063

La política de brindis a los postres de un banquete empieza, por fortuna, a declinar. Nuestras relaciones con América van perdiendo mucho de su antiguo y trasnochado lirismo para plasmar en realidades fructíferas. No creemos —¡librenos Dios de tal pensamiento!— que el intercambio de España con América haya de estar desposeído de matices románticos. Bien están, de vez en cuando, los cantos a las virtudes de la raza; pero hagamos, al mismo tiempo, política, verdadera política de aproximación económica y cultural.

La creación del Banco de Comercio Exte-

rior responde, indudablemente, a este sentido realista de la política hispanoamericana, que va incorporándose al ánimo de los gobernantes españoles. El empréstito y la venta de buques de guerra a la Argentina marcaron una etapa importantísima en este camino, que no peca, ciertamente, de fácil. Para España es tarea ardua rivalizar con los colosos de la industria y del comercio que en América encuentran mercado propicio. No figura España en el grupo de las grandes potencias industriales, ni hemos de tener la pretensión absurda de desplazarlas de los mercados americanos. Pero los vínculos del

idioma y la gran suma de intereses que los españoles residentes en América representan son dos factores poderosos para lograr, dentro de la modestia de nuestros medios, una intensificación progresiva en nuestras relaciones mercantiles con aquellos países.

Interesa, por tanto, determinar la situación actual del comercio hispanoamericano, relacionándola con las posiciones que antes de la guerra ocupábamos en nuestras relaciones con las Repúblicas americanas. Tiene interés la comparación, porque la guerra de 1914 motivó desplazamientos importantísimos en el normal desenvolvimiento del tráfico, con las consiguientes pérdidas y ganancias de mercados para unos y otros países.

Para establecer nuestras comparaciones hemos tomado del *Anuario Estadístico de España* correspondiente al año 1927 los datos relativos al comercio exterior con las Repúblicas americanas en dos trienios: 1911-1913 y 1924-1926. Calculados los promedios anuales, se obtienen los resultados que en el cuadro que encabeza este artículo se consignan.

Debemos advertir que la interpretación de estas cifras sólo nos llevará a conclusiones de un valor puramente indiciario. Las valoraciones de los productos han experimentado, entre los dos períodos que se consideran, cambios y alteraciones derivados de las oscilaciones de los precios. Pero, aun con esta salvedad, las comparaciones son interesantes.

En 1911-13, la media anual de nuestro comercio de importación con América estaba valorada en 118 millones de pesetas; en 1924-26 sube esta cifra a 254 millones. Aun suponiendo una duplicación de precios, tendríamos que registrar un aumento. Aunque no en proporción tan grande, la exportación también aumenta, pasando de 186 millones a 259. El saldo favorable de nuestra balanza comercial desciende de 67 a cinco millones. Causa principal de este descenso son las oscilaciones desfavorables de nuestro comercio con la Argentina y con Chile. Antes de la guerra, los saldos con estas dos Repúblicas nos son favorables en 11 y dos millones de pesetas, respectivamente. En cambio, en el trienio 1924-26, la importación predomina sobre la exportación en 52 millones

para la Argentina y 29 millones y medio para Chile.

Estas oscilaciones, en períodos tan pequeños como los considerados, no pueden tomarse como una característica general del comercio hispanoamericano. Una mala cosecha de trigo en nuestro país determina muchas veces la necesidad de importar este cereal de la Argentina, con la obligada repercusión en los saldos comerciales; y, sin embargo, se trata de un fenómeno esporádico, que no marca una directriz fija en nuestro intercambio con aquella República. Algo parecido ocurre con la importación del tabaco cubano, sujeta a oscilaciones dependientes del abastecimiento y las reservas de nuestros *stocks* de dicho producto.

Lo verdaderamente interesante es determinar la proporción en que ha variado nuestro comercio con América, en relación con la cifra global de nuestro intercambio con el resto de las naciones. Para ello tomaremos del *Anuario Estadístico* el resumen del comercio español que se indica al final de este artículo.

Antes de la guerra, el porcentaje de nuestro comercio de importación con la América latina era 9; en 1926 asciende a 10,6. En cuanto al comercio de exportación, los porcentajes respectivos son 13,8 y 15,3. Revelan estas cifras una intensificación, si no muy grande, si bastante satisfactoria, de nuestro comercio con la América latina. El aumento es pequeño, en relación con los incrementos experimentados, tanto para la importación como para la exportación, por los porcentajes de la América sajona, logrados a expensas de la disminución de nuestro comercio con Europa.

Esta preponderancia de los Estados Unidos en el tráfico universal debe ser observada muy especialmente por nosotros, los españoles, que tenemos en América un interés racial que defender. La defensa no ha de hacerse a base de soflamas patrióticas, sino cuidando de producir, de comprar y de vender en las mejores condiciones posibles. Estamos en la obligación de procurar, a costa incluso de sacrificios, que esos porcentajes de nuestro comercio con América lleguen a tener valores dignos de ser opuestos —dentro siempre de la debida proporcionalidad— a las cifras de otros países

que, si cuentan con la formidable armazón de una estructura económica privilegiada, no pueden disponer, en cambio, de otros recursos,

cuyo origen ha de buscarse en una convivencia de siglos.

M. FUENTES MARTIÁNEZ.

RESUMEN GENERAL DEL COMERCIO EXTERIOR DE ESPAÑA

(En miles de pesetas)

1914					1926				
	Importación	Por 100 del total	Exportación	Por 100 del total		Importación	Por 100 del total	Exportación	Por 100 del total
Con Europa...	708.787	65,1	697.251	75,9	Con Europa....	1.184.609	55	1.021.866	63,7
» Asia.....	78.601	7,2	7.765	0,8	» Asia.....	130.333	6,1	2.568	0,2
» África....	19.824	2	19.350	2,1	» África....	116.535	5,4	111.156	6,9
» América latina.....	97.921	9	126.884	13,8	» América latina.....	227.417	10,6	247.181	15,3
Con América sajona.....	154.813	14,2	65.665	7,2	Con América sajona.....	423.595	19,6	216.589	13,5
Con Oceanía...	27.229	2,5	1.421	0,2	Con Oceanía...	71.032	3,3	6.229	0,4
					Indeterminada..	1	»	»	»
	1.086.635	100	918.336	100		2.153.522	100	1.605.589	100

C R Ó N I C A S O C I A L

LA XII CONFERENCIA DEL TRABAJO

En el pasado mes ha tenido lugar en Ginebra la XII Conferencia Internacional del Trabajo. La Delegación española estuvo constituida por los señores siguientes:

Grupo gubernamental: Sres. Gascón y Marín y conde de Altea, como delegados, y los Sres. Saralegui, Sangro, Pérez Casañas, Montoto y Puyuelo, llevando como secretario a don Ricardo Caballero.

En el *grupo patronal* figuraron: como delegado, el Sr. Junoy, y como consejeros técnicos, los Sres. Orueta, Palacios y Gómez Rojas.

Y en el *grupo obrero* figuraron: el Sr. Largo Caballero, como delegado, y los Sres. Besteiro y Trifón Gómez, consejeros técnicos.

En el orden del día de la Conferencia figuraron los puntos siguientes: prevención de accidentes del trabajo; protección de los obreros ocupados en la carga y descarga de los navíos, contra los accidentes; trabajo forzado; dura-

ción del trabajo de los empleados; motivos de no ratificar los convenios, y aplicación de las convenciones ratificadas.

Uno de los asuntos más importantes de la Conferencia fué el relativo al trabajo forzado. El Comité de técnicos sentó el principio de que debe perseguirse la desaparición del trabajo forzoso, que se halla en contradicción con todas las concepciones modernas de las relaciones entre los hombres. Dondequiera que exista el trabajo forzoso *en beneficio de particulares*, debe ser abolido, quedando, en consecuencia, como única modalidad a admitir, mientras no se llegue a su abolición completa, en tiempo oportuno, el trabajo forzoso con fines de utilidad pública, el cual debe reglamentarse con sumo cuidado.

La tendencia general de la Asamblea fué favorable a la abolición del trabajo forzoso, sustituyéndole en todos los casos por el trabajo libre asalariado.

En cuanto al problema de la prevención de los accidentes del trabajo, la Oficina Internacional elaboró un cuestionario, que fué remitido a los Gobiernos de los países miembros de la Organización; y, en virtud de las respuestas, se ha redactado un proyecto de recomendación sobre los principios generales de la prevención de accidentes, y un proyecto de convenio sobre la indicación de los pesos de los fardos que han de cargarse y descargarse en los navíos.

También fué abordada en la Conferencia la cuestión del paro forzoso, estudiándose un informe preparado por la Oficina Internacional, estudiando el problema del paro en relación con las fluctuaciones monetarias y sus influencias en las migraciones internacionales, deteniéndose muy especialmente en la consideración del paro en las minas de carbón y en las industrias textiles.

La discusión del informe del director de la Oficina Internacional dió lugar a muy brillantes intervenciones de la representación de España. El Sr. Gascón y Marín expuso detalladamente la situación económica de nuestro país, y juzgó que podía mirarse al porvenir con tranquilidad, dado el aumento de la potencia de trabajo y el progreso agrícola e industrial.

No se mostró tan optimista el Sr. Largo Caballero, si bien manifestó que las quejas que en cuanto a las cuestiones obreras pudieran formular, tanto en su aspecto nacional como internacional, no debían ser interpretadas como decaimiento espiritual, ni como exigencias inmotivadas, sino como acicate necesario para impulsar la obra que allí les congregaba.

El Sr. Thomas, al hacer el resumen del debate, hizo resaltar el creciente desarrollo de la representación hispanoamericana, y expresó sus fervientes deseos de que la Argentina venga a ocupar su puesto en las reuniones venideras.

El desarrollo en la representación de la América latina ha sido evidente: en 1926 estaban representados siete países de la América latina; en 1927, 10; en 1928 se eleva el número a 12, y en 1929 ha llegado la cifra a 16.

EL MOVIMIENTO OBRERO AMERICANO

La Federación Sindical Internacional ha edi-

tado un folleto interesantísimo, dedicado a las organizaciones obreras hispanoamericanas.

Tres Federaciones de importancia existen en América, que constituyen, en gran parte, la base del movimiento obrero americano: la Federación Americana del Trabajo, la Confederación Obrera Argentina y la Confederación Regional Obrera Mejicana. Frente a estas tres Federaciones existe un organismo de sólida preparación: el constituido por la organización obrera argentina, ya que en el resto de Hispanoamérica no hay verdaderas centrales obreras, existiendo solamente Federaciones sueltas, y éstas sin mucha cohesión.

De todos modos, el progreso social en la América, en los últimos años, es evidente, sobre todo en Argentina, Brasil, Uruguay y Chile. En Nicaragua, Guatemala y El Salvador también hay gran actividad de organización obrera, adoptando, en parte, la forma sindical, y en parte la mutualista.

HUELGA DE LA CONSTRUCCIÓN EN LA ARGENTINA

Una importante huelga en el ramo de la construcción se ha señalado en Buenos Aires, en el mes de junio. Se produjo un violento choque entre albañiles huelguistas y esquiroleros, ocasionándose desgracias personales. Como protesta, se declaró la huelga general en varios gremios, el día 12, llegando a afectar el paro a más de 80.000 obreros.

HUELGAS DE FUNCIONARIOS

En Francia se ha señalado una huelga de maestros en varios departamentos del Norte, motivada por la protesta contra la distribución dada por el Gobierno a un crédito de 500 millones, dedicado al aumento de sueldo de los funcionarios públicos.

También los carteros de París abandonaron el trabajo, como protesta contra las sanciones y suspensión de empleo y sueldo impuestas a 191 empleados de la Central.

La huelga tuvo indudable importancia, por sus repercusiones, especialmente, en el comercio y en la banca.

Sin embargo, los servicios quedaron pronto asegurados, sin graves incidentes.

MANUEL ALTIMIRAS.

divulgación medica

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL SARAMPIÓN

Otra de las grandes causas del aumento de morbilidad infantil durante el verano, aunque no tan exclusivamente peculiar de la estación calurosa como lo son las gastroenteritis estivales, puesto que puede padecerse en cualquier época del año, es el sarampión, verdadero azote infantil del que ningún niño se encuentra exento, como si fuese un necesario tributo que la Humanidad tiene que rendir a la enfermedad. Fatal, implacablemente, apenas hay año en que no aparezcan epidemias, en forma de pequeños brotes primero, pero que bien pronto, por su enorme poder de difusión, se extienden en mancha de aceite y acaban por apoderarse de toda la población infantil.

Enfermedad de origen desconocido, sólo se sabe de ella respecto a su etiología que el microbio determinante debe ser algo tan pequeño, sutil y escurridizo, que pasa a través de las más finas bujías filtrantes y escapa a los máximos medios escudriñadores, como el ultramicroscopio, sin que, pese a las repetidas investigaciones que se han hecho, se haya podido encontrar su germen específico.

Y, sin embargo, antigua es la lucha y la guerra sin cuartel que se tiene declarado al sarampión, como antiquísimo es el conocimiento de tal enfermedad, puesto que se tiene noticia de que las primeras epidemias que se conocen en Europa se remontan a la invasión de los árabes, epidemias ciertamente notables por su gravedad, y que luego, paulatinamente, han ido perdiendo virulencia, como si la Humanidad, en un inconsciente movimiento defensivo, se hubiese ido acorazando contra el enemigo común y oponiendo a él las mayores y más eficaces de sus defensas orgánicas.

Nadie está exento de padecerlo; aparece en todo clima y localidad, ataca a todas las casas sin distingos, y aunque privativo casi de la infancia, no hay edad que esté libre de su amenaza, pues se dan casos en adultos e incluso en viejos; antes había una tendencia a considerar como relativamente inmunes para el sarampión a los niños durante el primer semestre de su vida; pero modernamente ha caído en desuso tal idea, pues si efectivamente las estadísticas acusan una cifra baja de casos en esos meses, es sencillamente que durante ellos las especiales circunstancias de cuidados y casi aislamiento que rodean al lactante hace muy difícil el contagio. Realmente no hay más que una causa verdadera de inmunidad: la conferida por un primer ataque sarampionoso, pues quien ha padecido una vez esta afección no vuelve nunca a padecerla.

El contagio se hace directamente por las excreciones y secreciones del enfermo, y más difícilmente, de un modo indirecto, por el intermedio de las personas encargadas de su asistencia. Son las grandes aglomeraciones infantiles lugar propicio para la difusión de la enfermedad: colegios, paseos públicos, pensionados; un leve contacto y el germen se introduce, sembrando su acción nefasta entre todos, pues como la enfermedad se transmite en todos los periodos, incluso en el de incubación, es imposible precaver en este primer período quién es portador de gérmenes para aislarle, y cuando los primeros síntomas aparecen, y el enfermito guarda cama, ya ha tenido tiempo de infectar a los demás niños que con él compartieron juegos, relaciones e intercambio de juguetes, y esos mil objetos a que tan aficionados son los niños.

Es muy difícil apercibirse en los primeros momentos de que el niño está enfermo, pues son muy ligeros los síntomas iniciales, y además nada específicos; por eso es muy conveniente en épocas de epidemias que cuando se vea al niño triste, inapetente, ligeramente decaído, presa de repetidos estornudos y con lagrimeo y secreción nasal fácil y abundantemente clara, aislarle inmediatamente, mantenerle en una habitación cerrada, mejor aún encamarle y prodigarle bebidas calientes, infusiones capaces de favorecer la sudación y esperar vigilante que el transcurso de unos días aclare la situación, bien con la completa desaparición de los síntomas catarrales si todo fué una falsa alarma, o por el contrario, con la presencia brusca, arrolladora del exantema, que, poniendo de manifiesto el proceso morbozo, permite ya definir claramente la situación. Desde este momento, lo demás ya es asunto puramente médico; sin embargo, bueno será conocer por los familiares lo que deben hacer referente a cuidados generales.

Poco tratamiento tiene el sarampión cuando, desposeído de las complicaciones que ensombrecen su pronóstico, entre las que descuella la pavorosa bronconeumonía sarampionosa, se desliza el cuadro morbozo en plena normal evolución. El enfermo debe estar en una habitación amplia, de temperatura aproximada a los 18°, ventilada con frecuencia, y si el tiempo es favorable, incluso manteniendo siempre abierta una ventana, pero con las naturales precauciones para no provocar enfriamientos, poca luz para evitar la penosa impresión de fofobia que aqueja a estos enfermos y nada de la conocida precaución de la luz roja, por innecesaria y sin ninguna eficacia sobre el desarrollo del ciclo sarampionoso.

La alimentación se reduce a dieta líquida, leche, caldos de cereales, tan bien preparados hoy por la industria; zumo de naranja con agua carbónica; es decir, una alimentación nutritiva, pero fácilmente asimilable, desprovista de toxinas para evitar la fatiga del riñón, tan necesario en estos momentos para garantizar la fácil eliminación de los productos tóxicos engendrados por la infección, y cuya salida del organismo es el riñón el encargado de propor-

cionar, válvula de seguridad del complejo mecanismo humano.

Otra importantísima precaución a observar es el establecer una minuciosa y constante asepsia de los orificios naturales, con el fin de evitar las infecciones secundarias. Se lavarán los ojos, nariz, oídos y órganos genitales en las niñas, con débiles soluciones antisépticas, agua boricada, agua oxigenada diluida, etc., varias veces al día, y si el niño es mayorcito y sabe hacerlo, se le recomendarán gargarismos con soluciones de timol o salol, igualmente débiles.

Tales son, en líneas generales, las más sencillas precauciones que deben tener en cuenta las familias para colaborar con el médico, sencillísimas precauciones, en apariencia baladíes por estar desprovistas de la teatralidad de los grandes remedios terapéuticos; pero de una utilidad práctica tan grande, que muchas veces son ellas suficientes para conseguir la curación de sarampionosos que, abandonados en los primeros momentos, son terreno abonado en que prende fácilmente la semilla de las más temibles complicaciones pulmonares o nerviosas.

DOCTOR PEDRO GALARRETA.

ACABA DE PONERSE

A LA VENTA :: ::

El comunismo en
el nuevo Código Penal

POR

L. DE ANDRÉS

Y MORERA

DEL MISMO AUTOR:

LA ANTORCHA RUSA

La mujer soñada

novela por
J. Pérez de Rozas

II

El sonido profundo del bocinazo y el ruido seco y fuerte del golpe se confundieron en el silencio de la noche. El choque fué horrible, espantoso. Leal saltó como pudo de la parte delantera del auto, dió la vuelta por detrás del coche y corrió a recoger la cabeza, que pendía sin sentido, de su amo.

—¡ Señor! ¡ Señor!... —gritaba con toda la fuerza de sus pulmones el chófer.

Pero el amo había recibido el golpe tan directamente que, por las señales, si no había muerto, estaba expirando...

—¡ Señor! ¡ Señor!... —volvió a gritar Leal, que en medio de su aturdimiento no sabía qué hacer. Como pudo, casi arrastrando el cuerpo inerte del herido, lo sacó del coche y lo colocó sobre un montón de paja sucia y estiércol que había en la cuneta de la carretera, al lado del árbol coautor de la desgracia.

A la luz de la luna, el chófer pudo sacar de debajo del asiento trasero del auto el maletín de soborro. Estaba cerrado y no sabía abrirlo. Tuvo que registrar los bolsillos del pantalón de su amo hasta que encontró el portallaves de cuero. "¿Cuál sería la llavecita del botiquín?" Y el pobre hombre, llorando de coraje y renegando, dió, por fin, con la llave que buscaba. Abrió el botiquín, sacó de él la botella de agua oxigenada, un paquete de algodón hidrófilo, una venda de gasa y unas tijeras. En la tapa del maletín estaba la palanganita de goma. En ella echó un poco de agua oxigenada y empapó una gran pelota de algodón. Comenzó a lavar la herida de la frente, de la que salía la sangre a borbotones. Al quitar la sangre y por un momento contenerse la hemorragia, Leal lanzó un grito que más parecía un alarido... La herida era inmensa, espantosa. Empezaba en el ojo derecho y llegaba hasta el centro de la cabeza.

"No había duda, el amo estaba en la agonía..."

—¡ Señor! ¡ Señor! ¿No me conoce usted?... ¡ Soy Leal, señor!... Y luego dicen... Un hombre tan bueno, tan honrado, tan caballero...

Y Leal sollozaba sin saber qué hacer. Puso un tapón enorme de algodón sobre la herida y vendó la cabeza de su amo. Pero ¡cómo la vendó!... Sin saber por dónde pasaba la gasa... Le tapaba los ojos, la nariz, la boca... El pobre hombre desabrochó la americana de su amo y desgarró con toda su fuerza el *sweters* y la camisa de seda. A su vista apareció el pecho negro, lleno de rasguños y arañazos. Puso el oído sobre el pecho. Apenas se oían unos imperceptibles latidos. Leal cogió una de las muñecas de su amo para contar el pulso, pero era tan débil, que no se lo encontraba. El aturdido y desconsolado mecánico levantó la cabeza, extendió la vista, y allí, a dos metros del lugar de la catástrofe, arrancaba un camino que conducía a una casa muy grande, pintada de blanco, que se destacaba, gallarda, en el centro de unos prados. La luna, una hermosa luna llena, más hermosa y más llena que nunca... bañaba de luz, con espléndida generosidad, el no lejano edificio. Leal no dudó. Echó a correr. ¿A correr?... Echó a volar... No tardaría en llegar a la verja de la finca apenas cuatro minutos. Pero la puerta estaba cerrada. Desde ella hasta la casa, que se veía allá, a lo lejos, habría una distancia parecida a la que él acababa de salvar en su desenfrenada y loca carrera. Trató por todos los medios de abrir la puerta, de grandes barrotes de hierro, pero no pudo. Estaba bien cerrada... Entonces, comenzó a dar grandes voces, que en el silencio de la noche, al encontrar eco en un montículo cercano, parecían —y lo eran— lamentos de un alma en pena...

—¡ A ver, socorrooooo!... ¡ Socorrooooo!... ¡ Que se muere un hombre! ¡ Que se muere mi amo!... ¡ Socorrooooo!...

Y el pobre Leal iba ya perdiendo las fuerzas y creyendo que su último momento había llegado ya también; porque en aquel instante de zozobra, de ansiedad y de desfallecimiento físico y moral, la idea del suicidio, si no le oían, había empezado a revolotear en su imaginación como pájaro de mal agüero...

—¡Socorrooooo! —volvió a gritar.

Y comenzó a acariciar en el bolsillo del pantalón la culata de su pistola automática... Tenía una mano, la izquierda, agarrada a los barrotes de la puerta. Parecía un loco furioso.

Por fin, al cabo de unos instantes, vió avanzar hacia la puerta, por el centro del camino, la figura de un hombre.

—¡Corra usted, buen hombre! ¡Corra! ¡Mi amo se está muriendo!...

Bartolo comenzó a correr y llegó a poco a la puerta. Estaba jadeante y sudoroso. Abrió. Leal le cogió de un brazo y echó a correr arrastrando casi al jardinero de Los Molinos. Por el camino, mientras avanzaba en dirección a la carretera, taramudeando por la congoja que le embargaba, sollozando, con palabras entrecortadas por la emoción, por la pena y por la fatiga, Leal explicó a Bartolo de lo que se trataba.

Por fin, llegaron adonde estaba tendido el herido, que permanecía inmóvil, como un cadáver. A su lado estaba el *Tío Bocanegra*, el guarda jurado, que al oír el bocinazo, el choque y el ruido de los cristales rotos, supuso de lo que se trataba y corrió al "lugar del suceso". Lo dijo con conocimiento de causa:

—En aquella dichosa revuelta habían ocurrido ya muchos accidentes... La curva era demasiado rápida, y como en la misma esquina había un molino abandonado, el inservible edificio era el causante de que los autos no se viesen y se "destriparsen"...

—Si mi señorito está herido —dijo casi sin poder hablar el chófer—, no es por eso. Es porque el granuja, el ladrón, el "arrastrao" que conducía el otro coche, y que ha huído, se nos echó encima. Entonces mi amo, que guía como nadie en el mundo, por no matar a los que iban en el cochecillo —una de esas "cucarachas" de dos asientos, que se llaman autos por llamarlos de alguna manera—, giró a la derecha, con tan "mala pata", que fué a dar contra el árbol...

Entre los tres hombres sacaron el amplio asiento trasero del coche, y sobre él, a modo de improvisada camilla, colocaron el cuerpo del amo de Leal. Bartolo y el *Tío Bocanegra*, que tenían idéntica estatura, pusieron la delicada carga sobre sus cabezas, y Leal, que casi no podía sostenerse en pie, marchaba al lado de aquel fantástico y trágico cortejo. Antes, y por indicaciones de Bartolo y el guarda jurado, Leal había dejado libre la boca y la nariz del herido "para que pudiese respirar... si es que respiraba".

La luna bañaba el cuerpo sangrante del dueño del auto destrozado. Sobre el rostro del herido, que el vendaje dejaba libre, una palidez de mármol, de muerte, se confundía con el blanco de la gasa. Parecía un fakir muerto al que conducían a su tumba...

Las dudas, las inquietudes y las zozobras de aquellos tres hombres eran porque ignoraban cómo soportaba el herido el traslado. Como no disponían de otros elementos y el herido iba tan alto, no sabían lo que le pasaba... Para Leal no había duda: el amo estaba ya muerto. *Bocanegra*, sin ser tan pesimista como el chófer, no las tenía todas consigo. En cambio, Bartolo era optimista. El entendía poco de esas cosas; pero le parecía que "aquel señor" tenía aspecto de vivir "entodavía"...

Cuando llegaron a la puerta de la finca se encontraron en ella con Jacinta, la mujer de Bartolo, y con Encarnación. Las dos mujeres habían salido al oír las voces pidiendo socorro.

—¿Qué es esto?... —preguntó, horrorizada por el cuadro, la vieja criada.

—Pues que ha habido un choque de autos ahí mismo, en la revuelta del molino —contestó Bartolo—, y está "algo herido" este señor que traemos arriba...

Mintió para aminorar el sobresalto de las mujeres.

Siguieron avanzando hacia la casa los hombres que llevaban al herido. Detrás marchaban Leal y las dos mujeres. Encarnación, al notar el estado de desfallecimiento y cansancio del chófer, que casi iba cayéndose, le quitó de la mano el maletín de socorro que Leal había cogido "por si aún podía servir para algo".

Al llegar a la escalerilla de acceso a la casa estaban al pie de ella el padre Cayetano, doña Caridad y Fuensanta. Antes de que nadie tuviese



tiempo de preguntar nada, Encarnación lo explicó en pocas palabras.

—¡Qué horror! ¡Qué desgracia! ¡Qué pena!...
—exclamaron, alternativamente, el capellán y las dos señoras.

Doña Caridad añadió en seguida:

—¡Suban ustedes! ¡Suban ustedes!...

Y poco a poco, arrastrando los pies sobre los escalones de la escalerilla, para no tropezar, Bartolo y el Tío Boanegra llegaron al vestíbulo. Con la ayuda de todos, descendieron el asiento de cuero sobre el cual yacía el cuerpo inmóvil del he-

rido. Le colocaron encima de una gran mesa de maque que había en el centro de la habitación.

Leal, que se había dejado caer encima de una butaca, porque ya no podía más, pidió un vaso de agua.

El chófer bebió con avidez, y después de saludar con una leve inclinación de cabeza, rompió a llorar desconsoladamente. No podía hablar. Los sollozos le impedían articular una sola palabra. Fuensanta se le acercó y procuró calmarle con algunas de consuelo:

—Vaya, hombre, vaya... Tranquilícese usted...

Tenga paciencia y resignación, que Dios es muy bueno y procurará salvar a su amo...

Doña Caridad y el padre Cayetano dispusieron que se condujese al herido a una habitación que había allí cerca, en la planta baja. Era la única con cama, pues todos los dormitorios estaban en el piso segundo. Aquella habitación, que tenía una ventana que daba al jardín, era, hacía muchos años, la que el general Vargas utilizaba para dormir la siesta, por lo fresca que resultaba en verano. Desde la muerte del general, en ella sólo se había entrado para limpiarla y ventilarla todas las semanas.

Bartolo y el *Tío Bocanegra* dejaron el cuerpo del herido tendido sobre la cama, cubierto únicamente por una colcha de yute gris.

Entraron en la habitación, además, doña Caridad, el capellán y las dos criadas. El aspecto que presentaba el amo de Leal era, realmente, poco tranquilizador: parecía muerto. Rodeaban el lecho todos en medio de un silencio helador, de tragedia. Por fin, dijo don Cayetano:

—Yo creo que, por si aún no ha entregado su alma a Dios, debiera administrársele la Extremaunción... Si ha muerto, el Señor nos perdonará la intención con que lo hacemos...

La idea fué acogida, unánimemente, con complacencia. El *Tío Bocanegra* se atrevió a insinuar:

—¿Y si "además" fuésemos a buscar un médico?... ¡Quién sabe!... Pudiese ser que se salvase. Entre Dios y el médico que "ayudase" un poquito...

No habían caído en la idea. ¡Quién sabe!... Entonces, doña Caridad ordenó:

—Usted, Bartolo, enganche en seguida la tarzana y váyase a Pamplona, a casa de don Fermín. Explíquele lo que pasa y ruéguele, de mi parte, que se vista, que se abrigue bien, que el pobre ya no está para muchas bromas, y que venga con usted. Procure ir y volver pronto, Bartolo, aunque, por desgracia, me parece que sólo un milagro podría salvar a este señor.

Bartolo salió de la habitación, y al pasar por el vestíbulo, en donde estaban Fuensanta y Leal, dijo sin detenerse:

—Le van a administrar la Santa Unción y voy a Pamplona a buscar a don Fermín, por si acaso... ¡Quién sabe!...

Y salió corriendo en dirección a la cuadra.

Leal, un poco más repuesto, rogó a Fuensanta que le indicase el camino para llegar adonde estaba su amo. La señorita le acompañó hasta la puerta de la habitación. En ella se encontraron con don Cayetano, que confirmó lo que había dicho Bartolo, y añadió:

—Yo voy ahora a prepararlo todo. Me tengo que mudar de pies a cabeza, pues, yo, naturalmente, no podía ni sospechar siquiera que Nuestro Señor hubiese dispuesto que esta noche ocurriese aquí esto...

Y el bondadoso capellán, con sus ochenta y cinco años, bajó apoyándose en la baranda de la escalerilla, mientras arrastraba los pies escalón por escalón, para asegurar mejor el descenso.

Gracias a que la noche, una noche abrilena, dulce y clara, quería contribuir con su bondad a las bondades de aquella noble y tranquila familia, en la que, sin saber por qué, de una manera inopinada y brusca, se había cambiado por completo el severo y ordenado régimen de la vida, que era característico de la estirpe. Pero, a decir verdad, todos, absolutamente todos los que intervenían desde aquel momento alrededor de la tragedia, en el fondo de sus respectivas almas, sentían un cierto bienestar, una dulce satisfacción... Porque, indudablemente, "aquello" era una prueba dispuesta por la Providencia para ver cómo se portaban... Era algo así como la orden de movilización, como ensayo, dada por el general en jefe de un ejército en tiempo de paz, para ver si todos estaban en su puesto en caso de peligro...

Fuensanta subió a su cuarto y se puso a orar. "Para que Dios, Nuestro Señor, dispusiera lo más acertado acerca de la vida de aquel moribundo..." Doña Caridad, después de ordenar a Encarnación que llevase a la estancia del herido ropa blanca para la cama, agua hervida y otros elementos, dejó en la habitación al chófer y al *Tío Bocanegra*. Cerraron los hombres la puerta, y ya solos con el amo de Leal, le fueron desnudando cuidadosamente, casi sin tocarle... Temían al hacerlo producirle una agravación en su ya gravísimo estado. Primero le sacaron las botas y los *leguis*. Después, al desabrocharle y bajar el pantalón corto, sufrieron un nuevo estremecimiento de inquietud y de espanto; una herida muy grande dejaba al descubierto casi por completo el hueso de la rodilla derecha. Se había formado un verdadero emplasto en-

tre la sangre y las telas del calzoncillo y del pantalón. Tuvieron necesidad de cortar las prendas con unas tijeras, para que las piernas del herido quedasen libres.

Y mientras el *Tío Bocanegra*, siguiendo indicaciones de Leal, dejaba caer agua oxigenada sobre la rodilla, el mecánico despojaba a su amo de las ligas, de los calcetines, del calzoncillo... ¡Hasta de los guantes, que aún llevaba puestos!... Lo iba dejando todo sobre una butaca baja que había al lado de la cama. En la mesa de noche colocó el reloj de pulsera, el ancho anillo de platino con un solitario grande, la pistola automática encerrada en su funda de gamuza, el cinturón de torzal de seda con la cadenita de oro, en la que el amo llevaba el estuche-llavero... Después, y ayudado de *Bocanegra*, incorporó al herido y le sacó la americana, el *sweters*, que estaba ya casi deshecho por los tirones, y la camisa de seda color de crema... Sólo quedó sobre el cuerpo la "esclava" que aprisionaba su muñeca derecha. Al cabo de muchos trabajos, Leal pudo, ¡al fin!, dejar libre la rodilla, a fuerza de hacer caer sobre la herida agua oxigenada en abundancia. Empapó bien en ella un gran trozo de algodón, lo colocó sobre la parte abierta y vendó muy apretado. Luego, los dos hombres extendieron sobre la cama una de las sábanas que había llevado Encarnación y colocaron encima cuidadosamente al herido. Le cubrieron con otra sábana hasta la cintura. Con una esponja le lavaron el pecho, en el que no se podían notar aún los efectos del golpe recibido con el volante; pero sí los arañazos producidos por la rotura de esa pieza contra la parte externa del tórax. Entre el espeso y enmarañado vello que cubría el pecho había algunas astillas, que Leal fué extrayendo poco a poco con las pinzas. El mecánico puso el oído sobre el corazón de su amo y le pareció que percibía mejor los latidos... ¿Era el deseo que él tenía de que "aquel hombre" se salvase?... ¡Quién sabe!... El no había creído nunca en los milagros; pero en medio de su ansia y de su angustia, parecía que una voz secreta y oculta le decía: "No te apures, no sufras... Tu amo no se muere..."

Entró doña Caridad conduciendo un crucifijo de plata, que colocó sobre la chimenea. Encarnación puso a cada lado un candelero con una vela encendida. Con el aumento de luz se animó un poco el lúgubre aspecto de la habitación, pues hasta

aquel momento no había habido otra que la proyectada por un cabo de vela que se consumía dentro de una palmatoria de cristal puesta sobre la mesa de noche.

—¿Le han desnudado ustedes por completo? —preguntó doña Caridad a Leal y *Bocanegra*.

—Sí, señora —respondió el mecánico. Y añadió: —Hemos descubierto que en la rodilla derecha está también herido. Se le ve el hueso... Después de lavarle bien, le he vendado...

Hubo una larga pausa. Luego inquirió Leal:

—¿Está muy lejos de aquí Pamplona?... Lo pregunto para calcular lo que puede tardar el médico...

Al pobre hombre se le hacían los minutos siglos.

—Entre ir y volver —dijo doña Caridad—, la tartana siempre tardará sus buenas cuatro horas... Luego, el tiempo que esté aguardando a que el doctor se vista y se prepare... Antes de las tres de la madrugada no podemos contar con él...

¡Y acababan de dar las diez!...

Leal se dejó caer en una silla sin decir palabra. El cansancio físico y la depresión nerviosa que invadían su organismo, parecían haberle insensibilizado. No dejaba de mirar un solo instante al rostro de su amo. "¿Qué hacer?..." Por su mente cruzó una idea, que puso en práctica en seguida. Se levantó casi de un brinco, y del maletín de socorro, que había colocado sobre el velador central de la estancia, sacó el estuche de los inyectables y de él la caja donde estaban la jeringuilla y las agujas de platino... Desinfectó con alcohol la jeringuilla y la aguja que, como todo el material sanitario de que se componía el maletín, estaban sin estrenar, rompió una ampolla de aceite alcauforado y le puso al herido una inyección en el brazo izquierdo. Después, en el derecho, le dió una inyección de ergotina. Doña Caridad y el *Tío Bocanegra*, que presenciaban la operación acodados sobre la barandilla de la cama, se fijaron en un triángulo morado que se destacaba perfectamente sobre la piel del antebrazo del paciente. El tatuaje tenía, en el centro del triángulo, una estrella de ocho puntas. No estaba doña Caridad muy enterada de esas cosas... pero tenía idea de que "aquello" no era cosa buena... Quería recordar que durante una conversación mantenida hace muchos años entre su padre y otros señores se habló de que los hombres que llevaban esos emblemas, se-

ñales o dibujos grabados en la piel, eran gentes de poco más o menos... Gentes de baja extracción que se marcaban o "los marcaban" así en recuerdo de alguna fechoría... E inmediatamente pensó: "¿Quién será este hombre?... ¿Dónde vivirá?..." Al fin y al cabo estaba dentro de su casa... El aspecto de las ropas y el del chófer, impecablemente vestido, denotaban posición y distinción... Pero aquella marca en el brazo... Quiso salir de dudas:

—Y... ustedes, ¿dónde residen?...

—En París —respondió el mecánico.

—¿En París?... ¿Son ustedes españoles o americanos?...

—Españoles y muy españoles, señora... Mi amo es uno de los españoles que más quieren a su patria.

—Sin embargo —y doña Caridad puso en la observación la mayor cantidad de intención posible—, no vive en España...

—Los negocios... La vida... Mi amo, sin vivir constantemente en España, la ama más y piensa



más en ella que muchos que no han cruzado nunca la frontera... A la patria, como a la madre, se la quiere más cuanto más lejos se la tiene...

Y cuando doña Caridad se disponía a proseguir sus averiguaciones acerca de "aquel hombre", comenzó a sonar en la soledad de la noche la campanita de la capilla. Era el padre Cayetano, que llamaba a las mujeres para que le acompañasen a conducir desde la capilla a la alcoba del moribundo la Santísima Unción.

Corrieron todas a sus respectivos aposentos en busca de mantos o velos con los que cubrir la cabeza, y a los pocos instantes estaban ya en la capilla doña Caridad, Fuensanta, Encarnación y Jacinta. El viejo capellán había encendido todas las velas del altar y tenía preparados cuatro grandes hachones, que repartió entre las mujeres. El padre Cayetano se había revestido con las mejores galas de su sagrado vestuario y apenas se le podía ver bajo la pesada y amplia casulla bordada en oro, riquísima, que era una de las reliquias guardadas con fervoroso respeto en Los Molinos. Se arrodillaron todos. Invocaron al Altísimo, y después de rezar un padrenuestro, una salve y un credo, se puso en marcha la comitiva. Avanzaban primero las dos criadas; seguía después el venerable sacerdote conduciendo los Santos Oleos, y por último, marchaban doña Caridad y Fuensanta.

El paso de la sencilla procesión por el parque de Los Molinos era de una fuerza emotiva realmente extraordinaria. Un airecillo fresco y húmedo movía graciosamente las plantas, los árboles y las flores del inmenso jardín. Mientras aquellas cinco figuras avanzaban en silencio, las ramas de los árboles tenían movimientos de muchedumbre curiosa... Realizaban ese vaivén, ese flujo y reflujo que hace la gente contenida por los caballos de la Guardia civil en las calles de la ciudad cuando espera el paso de una procesión. A lo lejos, el rumor producido por el aire entre las hojas, hacía creer que aquella "inmensa ola humana"... avanzaba locamente, en una carrera desenfrenada, para presenciar, curiosa, el paso del sagrado cortejo. Tenía el momento toda la unción mística y la artística belleza del tránsito de los "pasos" de Semana Santa por las calles de Sevilla... Hasta parecía que de un enorme macizo de flores, cobijado por una gran encina milenaria, surgía lentamente la figura gallarda de una mujer alta y pá-

lida, vestida de negro, que lanzaba una estridente y melancólica saeta, coronada por los sonidos acompasados de una corneta y un tambor... Las sombras que se proyectaban mutuamente con la luz de los hachones, las señoras y las sirvientas, alargaban y encogían las figuras en el suelo del jardín, convirtiéndolas, durante algunos momentos, en enormes nazarenos, en fantásticos penitentes vestidos con un luengo hábito y tocados de una grande y puntiaguda caperuza que se agrandaba o empequeñecía, según los deseos del aire...

Llegaron todos a la habitación del herido. Las mujeres rodearon el lecho y se arrodillaron. Entonces, el padre Cayetano, asistido por *Bocanegra*, administró los Santos Oleos al amo de Leal... El fiel servidor presenciaba la ceremonia a distancia, puesto en pie delante de la ventana cerrada que daba sobre el parque. Estaba el mecánico tan pálido casi como su señorito... Tuvo necesidad de apoyar las manos en el respaldo de una silla para no caer al suelo. Le faltaba aire para respirar...

El sacerdote y su acompañamiento rezaron un padrenuestro, y el triste acto se dió por terminado, saliendo de la habitación el capellán y las mujeres.

Leal, entonces, corrió hacia el lecho de su amo y le tomó el pulso, que apenas se sentía. El herido permanecía yerto e inmóvil. Parecía un cadáver. La temperatura era bajísima. El termómetro, que le puso Leal, no llegó más que a treinta y cinco... El chófer se lo dijo al *Tío Bocanegra*: "Es el frío de la muerte. Pero *Bocanegra*, sin contestar, echó sobre las sábanas que cubría el cuerpo del herido tres mantas de lana. Volvió el mecánico a desinfectar la jeringuilla y le puso una nueva inyección a su amo. Esta vez fué de caféina. Después le echó en la boca, con una cucharita, dos o tres de agua con azúcar y ron; poco a poco, casi a gotas... "Para que le llegase al estómago sin atragantarle..."

Y le tomaba otra vez el pulso y la temperatura... *Bocanegra* se lo dijo:

—;Déjele usted un poco en paz, hombre!... Se comprende que quiera salvarle; pero con tanto pinchazo y tanta cosa como le está haciendo, le va usted a matar antes...

Leal sonrió con amargura.

A instancias de *Bocanegra*, el mecánico se sentó en una silla, al lado de su amo. Le tenía cogida la

mano izquierda. De vez en cuando pasaba la suya por la cara del herido. La tenía fría y sudorosa.

Después de acompañar al sacerdote, las mujeres volvieron a la casa y entraron en una habitación contigua a la que ocupaba el herido. En aquella habitación era en donde se hacía costura por el día. A don Cayetano le habían convencido de que se retirase a descansar. Había quebrantado ya bastante el ordenado régimen de su vida reposada y tranquila; y con sus muchos años, podía tener un disgusto si Dios no lo remediaba. El viejo capellán había accedido a cumplir los deseos de doña Caridad y de Fuensanta, con la promesa de levantarse al apuntar el alba.

—Es necesario —dijo la señora, mientras se arrebujaba en el mantón alfombrado que le había llevado Encarnación— que os acostéis todas. Vosotras —y se dirigió a las criadas— porque mañana, si Dios quiere, tenéis que hacer las labores de la casa; y tú, hija mía, porque no estás acostumbrada a estar fuera del lecho después de las nueve y podrías caer enferma, viniendo con ello a complicar aún más la situación.

—Pero y si, cuando venga don Fermín —observó Encarnación—, necesita agua caliente o alguna otra cosa... ¿Se va usted a tomar la molestia y el trabajo de hacerlo?

—Naturalmente, mujer. Si todas nos quedamos esta noche en vela, todas estaremos mañana, si Dios quiere, rendidas... Acordarse de lo que sucedió cuando la enfermedad del señor, que en la Gloria esté: que por quedarnos todas por las noches, luego, por el día, no se veían por los rincones nada más que personas dando cabezadas... Y eso que el pobrecito señor, ¡Dios le haya acogido en su seno!, sólo estuvo enfermo una semana. Si llega a estar más, con él nos hubiésemos ido todas...

Y la noble dama lanzó un profundo y prolongado suspiro, que hizo zozobrar la débil lláma de la vela, colocada encima del pequeño costurero de Fuensanta.

Cumplieron todas la indicación de doña Caridad, y cada mujer se dirigió a su respectiva habitación. Fuensanta, al besar la mano de su madre, la replicó:

—Si muere ese señor, ¿querría usted llamarme para rezar por que su alma alcance el descanso eterno?

—Sí, hija, sí... Ve tranquila...

Y la esbelta figura de "la santa" desapareció en la obscuridad de las habitaciones, enormes y destartaladas, de la noble casa de los Vargas...

Quedó dormitando doña Caridad.

En la habitación del herido, el *Tío Bocanegra*, que se había sentado en una butaca, al lado de la chimenea, hacía también su ofrenda a Morfeo. Sólo Leal, ¡Leal!..., permanecía despierto, vigilante, nervioso... Tenía puesta la mirada fija, inmóvil, en el rostro cadavérico de su amo querido... No era, naturalmente, el pobre mecánico hombre de hondas complicaciones espirituales; pero tenía un alma sensible como pocas a ese sublime sentimiento, tan poco desarrollado entre los humanos, que se llama agradecimiento. El espíritu de aquel hombre duro, enérgico y fuerte, era puro y noble. Su corazón, curtido en una vida de luchas, zozobras e infortunios, era grande y generoso. Había reconcentrado en su amo todos sus afectos y toda su vida. No tenía en el mundo otro ser en quien depositarlos, y ello le hacía querer, respetar y admirar "al señor" como a un ser superior, como a un Dios en el que no veía más que virtudes, sabiduría y bondad infinitas... En aquel trágico momento, en el que no sabía si su amo le abandonaría para siempre, el pobre Leal se veía al lado del lecho donde luchaba con la muerte el organismo de su bienhechor, solo, aislado, indefenso, impotente... Por su cerebro sencillo, pero lleno de recuerdos amargos, pasaban en vertiginosa carrera, como episodios reflejados en una cinta cinematográfica, los hechos y sucesos más culminantes de su inquieta y azarosa existencia. Y de todos, el que más fijamente se le aparecía, sin duda, por la analogía con el momento, era el de la época en que él era enfermero de un hospital, allá en Méjico. Cuando se quedaba de guardia por las noches, en medio de la sala de infecciosos, y pasaba las horas y las horas vigilando a aquellos desgraciados que lanzaban de vez en cuando gritos inarmónicos y estridentes producidos por la fiebre y el delirio. Entonces, sin importarle nada la existencia de aquellos seres, él ya sentía el dolor ajeno. ¿Cómo sentiría ahora el sufrimiento y el dolor de su amo?... Y en medio de aquella casa, llena de espejos, de cortinajes y de muebles antiguos y lujosos, el mecánico se encontraba aún más solo, más aislado y, sobre todo, más triste que en el hospital de Méjico...

Pero el canto gallardo y vibrante de un gallo

apartó a Leal de sus pensamientos. Volvió a contar las pulsaciones del herido. Eran poquísimas y casi imperceptibles.

III

El ruido de los cascabeles de la tartana despertó a doña Caridad, que se dirigió al encuentro del médico. Don Fermín había entrado ya en el vestíbulo. El galeno era un hombre alto, moreno, afeitado. Usaba grandes gafas de concha, y tendría unos cincuenta años de edad. Vestía una zamarra de color marrón; y del cuello blando de la camisa le colgaba una enorme chalina de seda negra. Llevaba en la cabeza una diminuta boina, que encajaba hasta el pabellón de las orejas. Don Fermín gozaba fama en Pamplona de ser un gran médico y un excelente cirujano; pero "sus ideas", un poco distanciadas de las que dominaban en la histórica y levítica ciudad, le hacían vivir también un poco apartado del "mundanal ruido", como el médico decía humorísticamente, refiriéndose a la alta sociedad navarra, y queriendo expresar con ello todo lo contrario de la frase, puesto que en Pamplona no se concibe más ruido que el que producen las campanas... No obstante, a don Fermín se le reconocía su talento y su ciencia, y se le toleraban sus "extravagancias", a cambio de lo bien que trataba a los enfermos y de lo barato de sus honorarios... Hombre solo, solterón, sin otra familia que una hermana viuda, con la que vivía, y que era mucho mayor que él, el médico no tenía más ambiciones ni más cariños que su hermana, religiosísima y bondadosa señora; su perro y su escopeta.

—¿Ha visto usted qué desgracia, don Fermín? —le dijo doña Caridad, mientras le tendía la mano.

—No, señora... Como verla, no la he visto; pero Bartolo, mientras yo me vestía, me la ha contado con toda clase de pelos y señales... Es lo de siempre... Llevan unas velocidades enormes, excesivas. Además, ahora todo el mundo se lanza a conducir automóviles... No se debieran conceder los permisos para ser conductor sin sufrir antes unos exámenes muy escrupulosos. Los chóferes matan ya casi tanta gente como los médicos... A este paso, no sé para qué van a servir los estudios que hacemos... Eso de que para echar al otro barrio a nuestros semejantes baste un modesto título de

chófer, sin los estudios y los exámenes que necesitamos nosotros, nos coloca a los médicos en una evidente situación de inferioridad... Antes éramos los únicos que podíamos matar impunemente; ahora nos hacen los conductores de automóviles la competencia... Y, la verdad, a eso no hay derecho... Pero, en fin, vamos a ver al herido. Creo que lo han instalado ustedes en el antiguo cuarto de "meditaciones" del general...

Y el médico sonrió, más que por la ironía del recuerdo, por la cara que puso doña Caridad, pues su ilustre padre, cuando, después de la comida del mediodía, se levantaba de la mesa y se dirigía a la aludida habitación, jamás dijo que iba a dormir la siesta. Allí, a lo que iba era, según él, "a meditar"... Y la meditación consistía en un sueño magnífico de dos o tres horas.

Entraron en la estancia del herido. Aún dormía el *Tío Bocanegra*. Leal se puso en pie y miró con ansia y gratitud a don Fermín.

—Pero ¿quién ha hecho la primera cura?... —preguntó el médico, al echar con violencia hacia los pies de la cama las ropas que cubrían al herido.

—Un servidor de usted... —exclamó Leal, un poco inquieto.

—Lo digo porque, por lo menos, los vendajes están puestos con todas las reglas del arte... Usted, además de chófer, debe de ser practicante... Su amo, por lo que se ve, es previsor...

—No, señor; yo no soy más que chófer. Lo que sucede es que hace muchos años fui enfermero en un hospital... Me ha gustado siempre aprender, porque el saber "dicen" que no ocupa lugar... Y, en medio de "mi desgracia", me ha servido de algo...

Leal explicó al médico lo que había hecho con el herido hasta aquel momento. Antes de levantar los vendajes, don Fermín abrió sobre la cama su estuche de instrumental de urgencia y utensilios sanitarios. Al volver la cabeza vió sobre la mesa el maletín de socorro del auto. Lo examinó detenidamente, comprobando de lo que se componía.

—Es magnífico este maletín —exclamó el médico—. Tiene todo lo que ha de tener... ¿Sabe usted en dónde lo adquirió su amo?

—En Berlín. No se venden así, como está éste. El señor lo mandó construir, y después, de acuer-

do con un amigo suyo, que es cirujano, hizo la organización interior... ¡Aún parece que le estoy viendo el día en que me estuvo explicando cómo debe usarse todo y en qué casos!

Se le saltaban las lágrimas.

Echó el médico en una palangana varias pinzas, tijeras, sondas y otros instrumentos, entre ellos la jeringuilla y las agujas. También puso en la palangana las pequeñas grapas de aluminio para los puntos de sutura. Lo roció todo bien de alcohol y lo prendió fuego con su encendedor automático. Mientras don Fermín quitaba el vendaje de la cabeza, Leal lo hacía con el de la rodilla.

Doña Caridad creyó prudente retirarse a la habitación contigua, en espera de tener que auxiliar en algo a los hombres.

El médico examinó escrupulosa y detenidamente las heridas. Martilleó con los dedos sobre el pecho. Puso sobre él y sobre el corazón su oído. Levantó la cabeza y contó el pulso... En la cara de don Fermín se dibujó un gesto de mala impresión. La herida de la cabeza era enorme, grandísima. La pérdida de sangre había sido tan abundante, que el herido apenas tenía elementos vitales en el cuerpo. Y el golpe del pecho podía producir de un momento a otro una hemoptisis que, naturalmente, sería la muerte instantánea, dado el estado general de debilidad y desfallecimiento del organismo.

Leal preguntó con la vista el diagnóstico.

—Gravísimo... Estamos ante un caso de suprema gravedad. En período preagónico. De cada cien casos, se puede salvar "con dificultades" uno...

Y don Fermín miraba con atención, fijamente, el rostro intensamente blanco del herido.

Ayudado por Leal y el *Tío Bocanegra*, el médico suministró en seguida al paciente una fuerte dosis de suero. Dejó pasar un rato para ver si se notaba alguna reacción en el pulso, y poco a poco fué colocando las grapas de los puntos de sutura.

—Si me descuido —dijo don Fermín, rompiendo el helador silencio que reinaba en toda la casa— no traigo bastantes grapas... Estas heridas son extensas y profundas.

Entre el médico y el chófer volvieron a poner los vendajes y taparon al herido, que permanecía inmóvil, rígido. La operación había durado cerca de una hora.

Después de lavarse las manos, don Fermín fué a la habitación en que estaban doña Caridad y Bartolo.

—¿Podrá salvarse? —preguntó doña Caridad.

—Sólo un milagro puede hacerlo. Está en un estado tan grande de postración, a consecuencia de la pérdida de sangre, que un accidente cualquiera puede producir la muerte. Un pequeño colapso, una ligerísima hemoptisis... Cuando se está así, cualquier cosa puede paralizar ese corazón, que ya se puede decir que se mueve por milagro... Es el caso de una turbina a la que, inopinadamente, le faltase la fuerza del agua por haber bajado el nivel más de lo calculado para producir la fuerza... El corazón, en realidad, no es más que una turbina movida por un salto, que en vez de agua, es de sangre... Si antes de llegar "el agua" a la turbina se desvía..., la turbina se para... Estamos en ese caso.

Y don Fermín hizo un cigarrillo, muy satisfecho de lo bien que le había salido el símil hidroléctrico.

Doña Caridad, después de santiguarse, alzó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Todo sea por Dios!

—De todos modos —prosiguió el médico—, el organismo de este señor debe ser bueno, a juzgar por las proporciones de la altura con el pecho, el cuello y el vientre... Parece hombre sano... Pero, vamos, lo que le digo a usted, mi querida y respetada amiga: el caso es de suprema gravedad; casi desesperado...

Hubo una pequeña pausa, durante la cual doña Caridad rezaba y don Fermín daba chupadas a su pitillo. Después dijo:

—El que es un hombre curioso y extraño, es el chófer. Yo no conozco un caso de fidelidad y de cariño al amo como el de este hombre, que se está cayendo de cansancio, de fatiga y, sobre todo, de pena. ¡Hay que oír las cosas que dice y lo que se le ocurre en elogio de su amo! Es un cariño especial... Un poco absurdo en estos tiempos... Un cariño mezcla de ternura y de ferocidad... Un cariño que parece oriental... Si este hombre pudiese tener entre sus manos al causante de las heridas que sufre su amo, tengo la seguridad de que le mordería en el cuello, en la garganta, en la boca... Hasta despedazarlo y beberse su sangre. Tiene una mirada de bestia en celo, de fiera acorralada por el

dolor, de ira reconcentrada, que me asusta y me inquieta...

—¡Ay! ¡Por Dios! ¡Don Fermín! ¡No salga usted con sus extravagancias y sus dicharachos!... Ese pobre hombre está apenado por la gravedad de su amo, y nada más. Lo que habría que hacer es convencerle de que se acueste un poco; de que repose. Dígale usted que su señor no está en inminente peligro de muerte...

—¡Señora! ¿Cómo quiere usted que yo falte de esa manera tan descarada a la verdad?... Tendría que confesarme por la mañana, en cuanto se levantara don Cayetano. Y don Cayetano es ya muy viejo para oír mis pecados...

—Tiene usted razón. No sé lo que me digo...

—¡Buen conflicto y buena preocupación se le han entrado a usted por las puertas!... Pero no hay más remedio que conformarse y tener resignación y paciencia. Cuando Dios lo ha dispuesto así, por algo será...

Callaron los dos para contar las campanadas del reloj del comedor. Dieron las cuatro. Después añadió don Fermín:

—Y usted ¿tiene algunos antecedentes de este señor? ¿Sabe de qué persona se trata? Porque, si llega al día, y si no llega, con mayor motivo, habrá que avisar a la familia, habrá que telegrafiar...

—El chófer me ha dicho que viven en París. Pero nada más. No sé si este señor está casado y tiene hijos, o si es viudo... En fin, no sé nada más que, según el mecánico, es español y muy amante de España...

—Pues mire usted: ya no es un caso vulgar... ¿Quiere usted que interroge al chófer?

—¡Ya lo creo! Me parece muy bien. Yo, mientras tanto, voy a la cocina y haré café para que todos lo tomemos, con leche y bien caliente... La madrugada se deja sentir, y aunque están encendidas todas las chimeneas, el disgusto y el sobresalto destemplan. Además, usted ha debido coger mucho frío, a pesar de lo bien cerrada que queda la tartana.

—No lo crea usted. He venido como en un horno... Pero, ¡vaya!, eso del café con leche me ha conmovido...

Y mientras doña Caridad se dirigió a la cocina, el médico volvió al cuarto del herido. Estaba sólo con él el chófer. Don Fermín cogió la muñeca del paciente, y exclamó:

—Parece que reacciona un poco. No está tan frío como antes de marcharme.

Leal asintió.

—Me ha dicho la señora que viven ustedes en París... ¡París!... Hace ya cerca de cuatro años que no he estado yo. Lo conozco bien. ¡Qué hermoso! Es la antítesis, lo contrario de este país... Allí, nadie se ocupa de nadie... Aquí, todos se ocupan de todos... Y ¿cómo es que su señorito vive en París? Tendrá allá sus negocios, su familia, naturalmente...

—No, señor; mi amo no tiene en París ni sus negocios, ni su familia... El negocio lo tiene en América. En París sólo tiene el *Bureau de la Délégation*...

Y lo dijo con el más puro acento francés.

—Habla usted bien el francés...

—Es imprescindible, siendo chófer del señor...

—Pero usted también es español, ¿verdad?

—Ya lo creo. "Y nada menos" que de Burgos...

—Efectivamente —dijo, sonriendo, el médico—, ya no se puede ser más español. Y su señorito ¿no tiene familia?...

—No, señor. Es soltero... No ha querido nunca casarse. Dice que las mujeres de ahora o no sirven para nada, o, si sirven, es sólo para amantes...

—Hombre, ¡qué barbaridad!... Ahora, como siempre, hay mujeres muy dignas de ser casadas, y unas excelentes casadas.

—Usted será casado, naturalmente...

—Hombre, no; tampoco yo lo estoy; pero es por circunstancias especiales...

—Claro; como todos los que no están casados... Por circunstancias especiales... Las circunstancias cambian, según los casos y los temperamentos. Pero, en el fondo, es por lo mismo: porque no se han querido casar...

—Naturalmente. Esto es lo que los antiguos llamaban una "perogrullada"; pero, en el fondo, encierra un ligero aire filosófico. Exactamente: los que no nos hemos casado, es porque no hemos querido... Pero ¿por qué no hemos querido? ¡Puede haber tantas razones!... Se dice del hom-

(Ilustraciones de ALBERTO GARCÍA.)

(Continuará.)

Bibliografía

LIBROS DE POLÍTICA

En estos últimos meses han aparecido muchos libros sobre temas políticos, sobre temas económicos y sociales. Está pasando el mundo por una inquietud política extramadamente interesante. ¿Cómo se organizará el mundo nuevo? ¿En Estados democráticos? ¿En Estados dictatoriales, con la unidad como norma y la opresión como táctica? ¿En Estados corporativos? Ahora, en las conciencias claras y honradas se debaten estos graves problemas. Graves, pero no tristes. Aunque a veces produzcan hondas amarguras. Nosotros, entre el montón de libros políticos que han salido en estos últimos meses de las imprentas, destaquemos unos pocos. Primero, el de Melchor Fernández Almagro, titulado *Orígenes del régimen constitucional en España*. Libro interesante, que estudia la "conciencia política de España a todo lo largo de la edad contemporánea".

Comienza el estudio en el reinado de Felipe V y termina comentando los sucesos acaecidos en La Granja el 22 de septiembre de 1832. Pero durante todos esos años, ¡cuántos vaivenes sufre la Constitución española! ¡Cuánta claridad y cuánta negrura en el panorama político español! ¿Y después...?

Melchor Fernández Almagro ha puesto en este libro, editado por la Colección Labor, su pluma precisa y finísima de escritor y su emoción política de ciudadano español.

Otros tres libros podemos señalar. Son *Los Estados democráticos*, de Fernando Altolaguirre; *La nueva política*, del señor Arauz de Robles, y *El sindicalismo español en el momento actual*, de F. Baratech.

Estos tres libros tienen interés por los sectores de opinión que representan; por lo que tienen de exponentes de ciertos núcleos organizados.

BIOGRAFÍAS

Hemos dicho: al imperio de la novela sucede

el dominio de la biografía. Todas las editoriales tienen para publicar una nutrida lista de ellas. La Sociedad de Librería ha dado una *Santa Juana de Arco*, de Marie Gasquet, traducida por Boris Bureba, actualísima en este año de conmemoración de la doncella de Orleans y sumamente amena y emocionada. También ha lanzado *Gertrudis Gómez de Avellaneda*, de Domingo Figarola-Canedo; notas biográficas, bibliográficas e iconográficas, ordenadas y publicadas por doña Emilia Boxhorn, y que constituyen un interesante documento para el estudio de la admirable poetisa cubana.

Otras editoriales también han compuesto biografías. Por ejemplo, Espasa-Calpe tiene una serie de *Vidas del siglo XIX*. Y han aparecido: *El general Serrano*, del marqués de Villarrutia, y *Sor Patrocinio*, de Benjamín Jarnés. De esta última publicamos en otro lugar de este número su bellísima "Nota preliminar". Todo el libro tiene esa finura que caracteriza la prosa del admirable Jarnés.

RUSIA COMO TEMA LITERARIO

Cada semana se publica un libro sobre Rusia. Rusia atrae a los escritores con la fascinación de una sirena. El experimento ruso tiene fijadas en él todas las inteligentes miradas. Subrayemos cuatro de los más notables libros que tratan del país y del régimen soviético. Citemos *Rusia a los doce años*, de Alvarez del Vayo; *Un pequeño burgués en la Rusia roja*, de Chaves Nogales; *La antorcha rusa*, de Andrés y Morera, y *Un notario en Rusia*, de Hidalgo. Dos periodistas, un abogado y un notario. Los dos primeros ven, observan y cuentan; el tercero estudia y compara legislaciones; el cuarto ve, y da fe. Cuatro libros necesarios para analizar el fenómeno ruso.

POESÍA

¡Qué generación tan espléndida en poetas!
¡Qué siglo de inspiradas musas el nuestro!
Seguiditos han salido: *Romancero gitano*, de

García Lorca; *Cántico*, de Jorge Guillén; *Seguro Azar*, de Pedro Salinas; *Cal y canto*, de Rafael Alberti; *La imagen iluminada*, de E. López-Parra; *Inicial*, de Güelmo; *Signo del alba*, de Pérez-Clotet; *Decantación*, de F. Vega; *Fiesta*, de Gómez Fernández, y muchos más en los que ya las musas muestran su fatiga inspiradora. Se ha hablado de la estrella que guía a la moderna poesía. Esta —se dice— tiene cinco puntas, y son: Góngora, Mallarmé, Valéry, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Hay también focos de luz superrealistas.

ENSAYOS

Uno nutrido de sapiencia: *La mujer, nuestro sexto sentido y otros esbozos*, del doctor Nóvoa Santos. Otro, nutrido de alegre espíritu deportivo: *Hércules jugando a los dados*, de Giménez-Caballero. Otro, serenamente melancólico: *La muerte es vida*, de Teófilo Ortega, etcétera.

DOS CLAROS EXPONENTES DE LA NUEVA LITERATURA

Luna de copas, de Antonio Espina, y *El ángel y el boxeador*, de Francisco Ayala.

NOVELA

ROGER DOMBRE: *Dardanel y Compañía*.

Excelente folletín, en el que lo cómico y lo melodramático alternan sabiamente, haciendo gustar al lector una variada gama de sensaciones que le conducen, entretenido y emocionado, hasta el final de la fábula.

J. OIVER CURWOOD: *El fósforo*.

Aquí, el novelista poeta de las selvas nos da un drama que se desarrolla silenciosamente, sin truculencias, pero que revela con toda su magnitud las pasiones que laten en los arcanos del corazón humano.

GONZALO DE REPARAZ: *El infierno blanco*.

Con este título, el popular escritor Gonzalo de Reparaz ha escrito una curiosa novela, donde se narran las aventuras de un español en el Polo Norte.

Gonzalo de Reparaz se revela en la obra como un conocedor profundo del país de los esquimales, de sus costumbres y hasta de su idioma.

ZANE GREY: *Río perdido*.

Sobre las áridas peñas de las llanuras fronterizas y la profunda umbría de la selva surge un idilio de juventud encantador...

La obra tiene situaciones emocionantes y pasajes de bucólica poesía.

Bajo el cielo del Oeste.

Una nueva producción del infatigable autor. En esta obra figuran descripciones emocionantes de arriesgadas correrías a través de las montañas del país mejicano, así como una narración de la hermosa leyenda española de *La Mina de Oro del Padre Juan*.

MARY ROBERTS RINEHART: *La lámpara roja*.

Hemos leído *La lámpara roja* con verdadero interés, y hemos visto confirmadas todas las alabanzas que habíamos oído acerca de esta insigne autora. Emoción y amenidad son sus principales galas.

HENRY ARDEL: *Las vacaciones de los Bryce*.

Es ésta una de las novelas más amenas y, desde luego, de las mejor logradas de Henri Ardel, la famosa escritora francesa.

Hay en esta nueva novela de Henri Ardel, animado cuadro de una ciudad alsaciana, paisajes que tienen por fondo la majestad de los Vosgos; patéticas rememoraciones de la gran guerra, *flirts* entre la gente joven, reuniones familiares en que ocurren lances de acentuada comicidad, etc., etc.; encantadora amalgama que hace inolvidable el buen rato que se pasa leyéndola.

TEATRO

El amor esclavo, comedia dramática, en tres actos, de JORGE REDONDO y ALFREDO HUERTAS. Prólogo de F. ALCALÁ GALIANO.

La crisis teatral que reina en Europa —y que entre nosotros se hace cada vez más in-

sostenible— ha creado ese género nuevo de teatro leído, que comienza en una rebeldía frente a la hostilidad de actores y empresas.

Muchas son las dificultades que existen para estrenar una obra; pero cuando ésta es —además— de alguna novedad, la dificultad se hace inexpugnable, y ha de recurrirse a la imprenta.

La obra de Jorge Redondo y Alfredo Huertas aborda un tema audaz, perteneciente al campo difícil de las aberraciones sexuales. Un novelista que para la realización de sus proyectos, para dar cima a su obra morbosa, necesita de un aliciente extraño: el sentirse engañado por su mujer, a quien idolatra. Verla de otro. Y él mismo la pone el obstáculo para su virtud en la persona de un amigo íntimo, por quien espera considerarse suplantado. Es decir, un proceso de fatalidad biológica; un gráfico clínico entre sadismos y fetichismos.

La obra, inadaptable al público de hoy, está trazada hábilmente, atendiendo a la acción. Jorge Redondo y Alfredo Huertas deben proseguir con fe la labor que se imponen con *El amor esclavo*.

HISTORIA

LOS REYES Y LA COLONIZACIÓN INTERIOR DE ESPAÑA DESDE EL SIGLO XVI AL XIX, por *Consorcio Bernaldo de Quirós*.

La Dirección General de Acción Social y Emigración ha encomendado al Sr. Bernaldo de Quirós, distinguido escritor y publicista que desempeña servicios en aquella dependencia, el estudio de un tema tan interesante como el de la colonización interior de España, publicado ahora como contribución a la Exposición de Sevilla.

Con su peculiar galanura de estilo, y con una documentación completa y llena de interesantes sugerencias, el Sr. Bernaldo de Quirós ha cumplido esta misión en forma tal, que el libro en cuestión no tiene aquellas características, por desgracia tan frecuentes en la fría literatura burocrática. La amenidad y el interés histórico y social campean en esta obra, que seguramente habrán de leer con avidez los dedicados a esta clase de investigaciones.

DESPOBLACIÓN Y REPOBLACIÓN DE ESPAÑA (1482-1920), por *Mariano Fuentes Martiáñez*.

Como la del Sr. Bernaldo de Quirós, esta obra ha sido publicada por la Dirección General de Acción Social y Emigración, como aportación asimismo a la Exposición de Sevilla. El Sr. Fuentes Martiáñez ha examinado el proceso seguido por la población de España desde unos años antes del descubrimiento de América hasta 1920, estudiando las influencias que en el desenvolvimiento demográfico de nuestro país han tenido los hechos históricos y de carácter social que llenan un período tan amplio. En forma sintética, y de lectura agradable, se estudian todas las fluctuaciones de la población de España, acompañando al texto gráficos muy expresivos.

Los dos últimos capítulos de la obra están consagrados al examen estadístico y geográfico de un hecho tan interesante como el del absentismo rural, determinándose la intensidad de este fenómeno en las distintas zonas y provincias españolas con un acopio de datos sumamente instructivos, precisándose las posibles relaciones entre el éxodo campesino y la distribución de la propiedad y de la riqueza agrícolas.

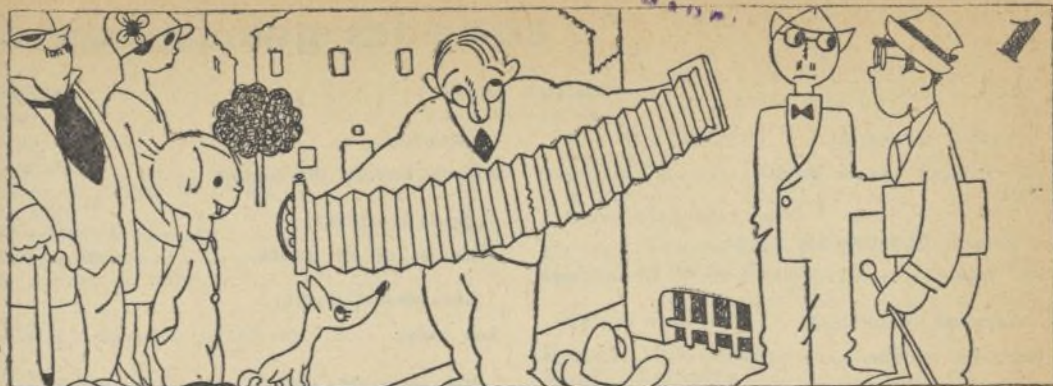
ESTADÍSTICA

ANUARIO ESTADÍSTICO DE ESPAÑA. Año XIII. (1927)

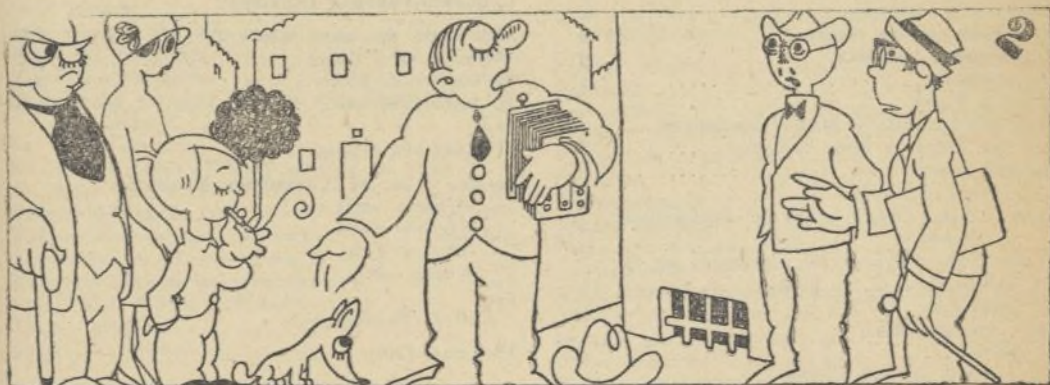
Acaba de publicarse esta interesantísima obra, cuya elaboración corre a cargo del Cuerpo de Estadística del Estado, dependiente del Ministerio de Trabajo y Previsión.

Comprende nueve capítulos, correspondientes a: Territorio, Población, Producción, consumo y cambio; Política y administración, Economía social, Cultura, Beneficencia, higiene y sanidad; Culto y clero, y Confrontación internacional. Se incluyen, además, 17 gráficos referentes a diversos conceptos de los tratados en el *Anuario*, constituyendo la citada obra, en su conjunto, un volumen de suma importancia.

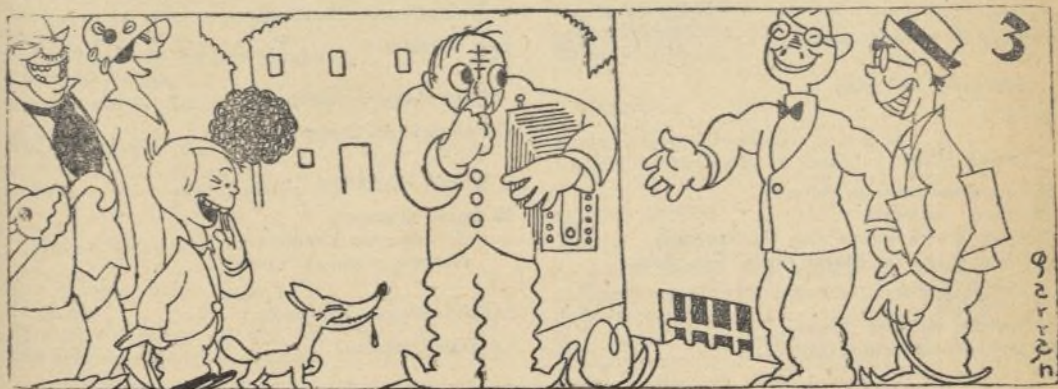
Poco divulgada y menos elogiada de lo que merece la intensa labor que representa el libro que nos ocupa, gratamente acusamos recibo de su envío, felicitando al Cuerpo de Estadística por tan concienzudo trabajo.



El joven acordeonista Pepe Fusa está perplejo sin comprender cómo su auditorio le ha hecho repetir una docena de veces la misma música.



Y al escuchar una vez más el "que lo repita", lanzado con toda seriedad por uno de sus oyentes, preguntó con curiosidad:



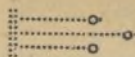
—¿Hace usted el favor de explicarme por qué me insiste para que repita tantas veces la misma música?
—Pues muy sencillo, hombre: para ver si se la aprende.

A los 10.000 primeros suscriptores de ATLÁNTICO, se les regalan 10 pesetas en libros, a elegir entre los que figuran en las listas que iremos publicando

<u>Pesetas.</u>	<u>Pesetas.</u>
ALOMAR (GABRIEL):	
La formación de sí mismo..... 4	
Verba 4	
ALVAREZ QUINTERO (S. y J.):	
Los leales..... 3,50	
ANDREIEF (LEÓNIDAS):	
Hacia las estrellas..... 2,50	
AZORÍN:	
Antonio Azorín..... 4	
España 4	
Fantasías y devaneos..... 4	
Al margen de los clásicos..... 4	
El licenciado Vidriera..... 4	
Un pueblecito..... 4	
Rivas y Larra..... 4	
París bombardeado y Madrid sentimental... 4	
Los dos Luises y otros ensayos..... 4	
Antonio Azorín..... 1	
Los valores literarios..... 3,50	
Rivas y Larra (Razón social del romanticismo en España)..... 3,50	
El licenciado Vidriera (Ed. Residencia de Estudiantes) 3	
Un pueblecito 3	
Idem (encuadernado)..... 4	
El político..... 4	
Un discurso de La Cierva..... 3	
Entre España y Francia..... 4	
Parlamentarismo español..... 4	
BALZAC (HONORATO DE):	
Petrilla 5	
Tratado de la vida elegante..... 3,50	
BAMBILLE (TEODORO):	
Muñecas 4	
BAROJA (Pío):	
Divagaciones sobre la cultura..... 2	
Juventud, egolatría..... 4,50	
Zalacain el aventurero (con ilustraciones).... 6	
Las inquietudes de Shanti Andia (con ilustraciones) 10	
La isabelina..... 4	
La leyenda de Juan Alzate..... 5	
El aprendiz de conspirador..... 3,50	
BAROJA (RICARDO):	
Fernanda 3,50	
Fiebre de amor..... 4	
BARBUSSE:	
Algunos secretos del corazón..... 5	
BELDA (JOAQUÍN):	
Memorias de un suicida..... 3	
BENAVENTE (JACINTO):	
Los niños..... 3	
BENAVIDES (M. D.):	
Lamentación (Premio Puyo de Literatura)... 4	
BLANCO-FOMBONA (RUFINO):	
Cancionero del amor infeliz..... 2,50	
Pequeña ópera lírica..... 3,50	
El hombre de hierro..... 3,50	
El hombre de oro..... 3,50	
CABALLERO AUDAZ (EL):	
Lo que sé por mí (Confesiones del siglo):	
Primera serie..... 5	
Segunda serie..... 5	
Tercera serie..... 5	
Cuarta serie..... 5	
CAMBA (FRANCISCO):	
El amigo Chirel..... 3,50	
CARRERE (EMILIO):	
El caballero de la muerte..... 4	
D'AUREVILLY (BARBEY):	
Las diabólicas..... 4	
DÍEZ CANEDO (ENRIQUE):	
Conversaciones literarias..... 4,45	
D'ORS (EUGENIO):	
El nuevo glosario:	
El viento en Castilla..... 5	
Hambre y sed de verdad..... 5	
DOSTOIEVSKY (FEDOR):	
Tragedias oscuras..... 3,80	
FRANCÉS (JOSÉ):	
Cuentos del mar y de la tierra..... 4	
La ruta del sol..... 4,50	

<u>Pesetas.</u>	<u>Pesetas.</u>
Miedo 5	MARTÍNEZ SIERRA:
Sortilegio 4,50	Navidad 3,50
Como los pájaros de bronce..... 4	
La guarida..... 3	ORCZY (BARONESA DE):
El misterio del Kursaal..... 3,50	Un conde del siglo XVIII..... 4
La raíz flotante..... 5	La desposada de las llanuras..... 4
La estatua de carne..... 3	
GARCÍA SANCHIZ (FEDERICO):	
Cosmopolita 4	ORTEGA Y GASSET:
	Personas, obras y cosas..... 6
	España invertebrada..... 5
GÓMEZ CARRILLO (ENRIQUE):	
Vida errante..... 4,50	PÉREZ GALDÓS:
Tres novelas inmorales..... 4,50	Arte y crítica..... 4
Flores de penitencia..... 4,50	
Literaturas exóticas..... 4,50	RUBÉN DARÍO:
El despertar del alma (Treinta años de mi vida). Libro I..... 4,50	Tierras solares..... 4
La Grecia eterna..... 4,50	Parisiense 4
En plena bohemia (Treinta años de mi vida). Libro II..... 4,50	Los raros..... 4
Campos de batalla..... 4,50	Letras 4
Tercer libro de las crónicas..... 4,50	Canto a la Argentina..... 4
El encanto de Buenos Aires..... 4,50	Opiniones 4
El cuarto libro de las crónicas..... 4,50	Peregrinaciones 4
Safo, Friné y otras seductoras..... 4,50	Prosas políticas..... 4
Tierras mártires..... 3	Cuentos y crónicas..... 4
Desfile de visiones..... 1,50	Autobiografía 4
	Viaje a Nicaragua e historia de mis libros... 4
	Todo al vuelo..... 4
	España contemporánea..... 4
	Prosa dispersa..... 4
	Cabezas 4
HERNÁNDEZ CATÁ (A.):	
La muerte nueva..... 5	SALAVERRÍA (JOSÉ M.):
Una mala mujer..... 5	Páginas novelescas..... 4
El placer de sufrir..... 5	Muchacho español..... 4
Cuentos pasionales..... 3	Los conquistadores..... 3,50
La juventud de Aurelio Zaldívar..... 3,50	En la vorágine..... 3,50
Los siete pecados..... 4	
La casa de las fieras..... 5	STHENDAL:
Ideario Español. (GANIVET.) 5	Roma, Nápoles, Florencia (3 tomos)..... 11,50
" " (LARRA.) 5	Un oficial enamorado (2 tomos)..... 5
" " (COSTA.) 5	
INSÚA (ALBERTO):	
Don Quijote en los Alpes..... 5	VALLE INCLÁN:
El peligro..... 3,50	Divinas palabras..... 6
El alma y el cuerpo de Don Juan..... 5	La guerra carlista (Los cruzados de la causa). 5
Los hombres: Mary los perdona..... 5	La guerra carlista (El resplandor de la hoguera) 5
	Romance de lobos..... 5
	La lámpara maravillosa..... 5
	Jardín umbrío..... 5
	Aguila de blasón..... 5
	Corte de amor..... 5
	Farsa y licencia de la reina castiza..... 4
	Farsa de la enamorada del rey..... 3,50
LEÓN TOLSTOY:	
Jadsi murat..... 4	

E l h u m o r



—¡Hay que ver cómo acuden los pájaros a comer el pan que les da ese señor!

—¡No creo que sea nada interesante!

—¡Hombre, pues tiene mucha miga!

Feminismo:

Las vecinas de Rosa quieren que ésta, una viuda de treinta y cinco años, se case por segunda vez.

—Pero, ¿por qué tanto empeño en que vuelva a contraer matrimonio? Tengo un perro, un loro y un gato. ¡Me basta!

—Todo eso no sustituye al marido.

—¡Qué error! El perro gruñe continuamente; el loro dispara durante todo el santo día, y el gato pasa siempre las noches fuera de casa...

Lenguaje productivo:

Un judío polaco, ya anciano, manifiesta su sor-

presa acerca de la transmisión de la voz a distancia.

—¿Cómo debo utilizar el teléfono?

—¡Sencilísimo! Con la mano derecha sujetas el auricular; con la izquierda, el transmisor, y...

—¿Las dos manos ocupadas? ¿Cómo podré hablar entonces?

Necrología:

Decía un periódico inglés:

“El reverendo X. ha dejado esta tierra dirigiéndose al cielo.”

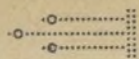
A los pocos días un gracioso envió al diario el siguiente telegrama:

“Todavía no llegado aquí reverendo X.—Inquietísimo.—San Pedro.”



—Y de su amigo Fabio, ¿qué se ha hecho?

—Pues verás; hace ocho meses que murió en América, y, desde entonces, no se ha vuelto a saber más de él.



e n d i s c o s

—Entre mi padre y yo sabemos todo lo que puede saberse en este mundo—decía un joven.

Una dama que le escuchaba preguntó:

—¿Cuál es la longitud del Ecuador?

El interpelado responde, después de larga meditación:

—Eso lo sabe mi padre.

—¿Qué caso más raro el de ese suicida: se arrojó desde un quinto piso a la calle, a las doce del día y en un sitio céntrico, y no se encontró el cadáver.

—Es lógico; ¡porque se habrá hecho polvo!



CHISTE SIN ORTOGRAFIA

El camarero.—Ayer se marchó usted sin pagar el vermut, don Gélido.
El cliente.—Hombre, como me dijo usted que era con-bitte...

Chiste viejo:

—Jamás me podré casar con usted; tiene un apellido poco aristocrático.

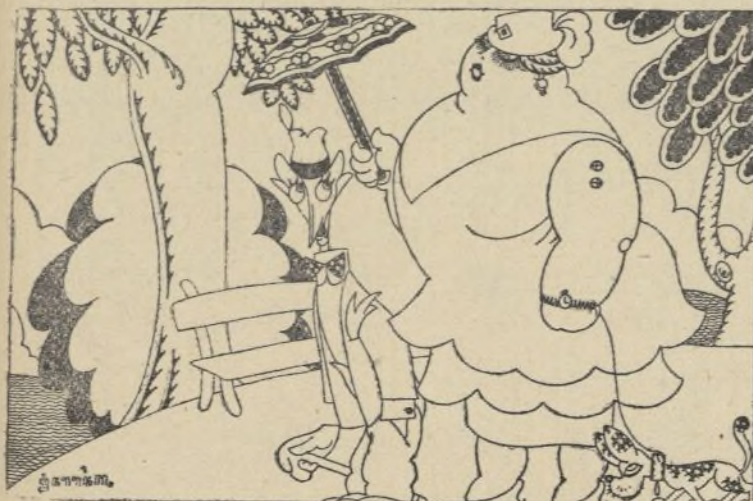
—Señorita, yo creo que llamarse *Días* no es tan ridículo.

—Es muy vulgar; hay más "*Días*" que longanizas...

Puntos de vista:

—El.—¿Te has fijado en aquella joven del traje marrón?

Ella.—Sí; ya he visto el traje marrón de aquella joven.



—Mira, Cleto, no me excites con tus tonterías, que la cólera podría llevarme muy lejos.

—¡Ay! Si eso fuera verdad...





I.—Agricultura. Tecnología. Veterinaria.

FLOREZ (R.): *El jardín y la huerta*. Jardinería, arboricultura y horticultura práctica. (Pequeña enciclopedia práctica, núm. 14.) Un volumen de 60 páginas, en 8.º, 1 peseta. Madrid.

SCHLIPF (J. A.): *Tratado de Agricultura*. Traducción de la 23 edición alemana por el Dr. Emilio Román, catedrático de la Universidad de Salamanca. Un volumen, 688 páginas, en 4.º, con 841 grabados y 17 láminas en colores, 26 pesetas en rústica y 30 en tela. Barcelona.

II.—Arte.

ANTONIO RAFAEL MENGES (1728-1779): *Noticia de su vida y de sus obras*, con el catálogo de la Exposición celebrada en mayo de 1929. Un volumen, 129 páginas de texto y 66 reproducciones de sus cuadros, en 4.º mayor, 18 pesetas. Madrid.

COLM-WIENER (ERNESTO): *Las artes industriales en Oriente*. Egipto, Asia anterior, Islam, China y Japón. Traducción del alemán por José Ontañón. Un volumen, 306 págs., en 4.º, con 201 grabados y dos láminas en colores, 26 pesetas rústica y 30 pesetas tela. Barcelona.

GOAZ ARRIAGA (M. R. P., Fr. GONZALO): *Ornis Praedicatorum*. Historia del Colegio de San Gregorio, de Valladolid. Edición corregida y aumentada, por el P. Manuel M.ª Hoyos, de la misma Orden Dominicana. Un volumen, 508 págs., en 4.º, 25 grabados, 15 ptas. Valladolid.

III.—Astronomía. Historia Natural.

CHWOLSON (O. D.), profesor de la Universidad de Petrogrado: *Tratado de física*. Tomo XVI y último. Isotopia. Superconductores. Traducción de Francisco P. Feliú (Perito químico). Un volumen, 176 páginas, en 4.º, encuadernado en tela, 15 pesetas. Barcelona.

PRYDE (JOHN): *Recientes adquisiciones en bioquímica*. Traducción de la segunda edición inglesa por F. Martínez Nebot y Leopoldo Taladrit, del Instituto de Higiene de Sanidad Militar. Un volumen, 423 páginas, con 38 figuras, en 4.º, encuadernado en tela, 15 pesetas. Madrid.

S. S. L., presbítero: *El cielo de los cuerpos resucitados*. Astronomía y teología. Un volumen, 148 páginas, en 4.º; rústica, 2 pesetas; tela, 3,50 pesetas. Barcelona.

V.—Construcción. Ingeniería. Industria.

TEN BOSCH (A.): *Curso completo y fácil de electricidad práctica*. Tomo II. El oficio de montador electricista al alcance de todos. Un volumen, 225 páginas, con varias figuras, en 4.º, encuadernado en tela, 12,50 pesetas. Barcelona.

VI.—Filosofía. Religión. Ciencias Psíquicas.

CIRERA Y PRAT (R. P. EDUARDO), presbítero del oratorio: *Razón de la liturgia católica*. Explicación histórico-teológica de los ritos de la Iglesia. Un volumen, 828 págs., en 4.º; rústica, 10 pesetas; tela, Barcelona.

DECROLY (Dr. O.), profesor de la Universidad y Escuelas Normales de Bruselas: *Problemas de psicología y de pedagogía*. Traducción y notas por Rodolfo Tomás y Samper. Un volumen, 332 págs., en octavo; en rústica, 5 pesetas; en tela, 6 pesetas. Madrid.

DESCOUDRES (ALICE): *El desarrollo del niño de dos a siete años*. Investigaciones de psicología experimental. Traducción y notas de Jacobo Orellana Garrido. Un volumen, 237 págs., en 4.º, con grabados y láminas. En rústica, 7 ptas.; en tela, 9 ptas. Madrid.

KHARISHWANDA (YOGI): *El evangelio del Señor Buda*. Transcrito de los Pitakas o escrituras sagradas del budismo. Colección de obras de sabiduría oriental. Un volumen, 225 páginas, en 8.º, encuadernado en tela, con planchas doradas, 6 pesetas. Barcelona.

NEUMAYR, S. J. (P. FRANCISCO): *Compendio de teología ascética*, con un apéndice. Reglas particulares de las virtudes (P. Direkinck y Santo Tomás). Traducido por un Padre de la Compañía de Jesús. Un volumen, 160 págs., en 8.º, una pta. Barcelona.

PANCHADASI (SWAMI): *Telepatía y clarividencia*. Estudio y explicación científica de estas dos facultades psíquicas. Traducido del inglés por Federico Climent Terrer. Selección de obras de sabiduría oriental. Un volumen, 236 páginas, en 8.º, encuadernado en tela, 6 pesetas. Barcelona.

SCHOPENHAUER (ARTURO): *El amor, las mujeres y la muerte*, seguido de máximas y pensamientos y un epílogo con la opinión de los más célebres autores. Nueva edición. Un volumen, 243 págs., en 8.º, 3 ptas. Barcelona.

SUREDA BLANES (FRANCISCO): *Crisis del*

pensamiento moderno. Un volumen, 140 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

SWINGLE (W. J.) y DOW (W. W.): *El arte de dominarse y de dominar a los demás por la autosugestión y la influencia personal*. Un volumen, 252 páginas, en 8.º, 5 ptas. Barcelona.

URBANO, O. P. (P. Fr. LUIS): *El espiritualismo y el Vaticano*. Conferencias predicadas en la iglesia de San Ginés, de Madrid, en la Cuaresma de 1929. Un volumen, 205 págs., en 8.º, con licencia eclesiástica, 4 ptas. Madrid.

WUNDT (W.): *Evolución de las filosofías de los pueblos*. Traducido del alemán por Emilio R. Sadia. "Nueva Biblioteca Filosófica." Volumen XXXI, 282 páginas, en 8.º, 6 ptas. Madrid.

VII.—*Historia. Geografía. Biografía. Viajes.*

CONDE DE VALLELLANO, Académico de las Reales Academias Gallega e Hispanoamericana de Cádiz, Consejero de Instrucción Pública: *Nobiliario cubano*. Las grandes familias isleñas. Dos volúmenes, en 4.º, ilustrados con retratos, escudos de armas, índices de apellidos, de títulos, etc., 784 págs. y 49 láminas en junto, prólogo póstumo del Excmo. Sr. Marqués de Laurencin, director de la Real Academia de la Historia, 100 ptas. Madrid.

FALCAO ESPALTER (MARIO): *Formación histórica del Uruguay (1810-1852)*. Un volumen, 290 páginas, en 8.º, 7 ptas. Madrid.

FERNANDEZ ACEVEDO (M.): *España, paraíso del turista*. Guía descriptiva ilustrada con numerosos grabados de plana entera, dibujos a pluma, mapas, tarifas de hoteles, etc., la más práctica. Un volumen, 220 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

GANDIA (ENRIQUE DE): *Historia del Gran Chaco*. Un volumen, con numerosas notas, 209 págs., en 4.º mayor, 8 ptas. Madrid.

GARCIA RIVERA (GENERAL F.): *Relatos abreviados de historia militar*. Primera serie. Tomo III. República romana. Aníbal. Un volumen, 275 páginas, en 8.º, con 39 grabados, 3,50 ptas. Barcelona.

GARCIA VILLADA, S. J. (ZACARIAS): *Historia eclesiástica de España*. Tomo I: *El cristianismo durante la dominación romana* (con licencia eclesiástica). Dos volúmenes: el primero consta de 391 páginas, 6 figuras y dos mapas, y el segundo, de 374 páginas y 65 figuras, en 4.º; en tela los dos, 60 pesetas. Madrid.

HAEDO (FRAY DIEGO DE): *Topografía e historia general de Argel*. Tomo II. Un volumen, 216 páginas, en 4.º, 15 ptas. Madrid.

Topografía e historia general de Argel. Tomo III. Un volumen, 216 páginas, en 4.º, 15 pesetas. Madrid.

HURTADO DE MENDOZA (DIEGO): *La guerra de Granada*. Tomo I. Bibliotecas Populares Cervantes, serie 1.ª, volumen LXII, 154 págs., en 8.º, 2,50 ptas. Madrid.

La guerra de Granada. Tomo II. Bibliotecas Populares Cervantes, serie 1.ª, volumen LXIII, 150 páginas, en 8.º, 2,50 pesetas. Madrid.

HURTADO DE MENDOZA (DIEGO): *La guerra de Granada*. Tomo II. "Bibliotecas populares Cervantes", serie 1.ª, volumen LXIII, 150 págs., en 8.º, 2,50 ptas. Madrid.

LOPEZ PRUDENCIO (JOSE): *Extremadura y España. De la raza de los conquistadores*. Un volumen, 5 ptas. Badajoz.

MADARIAGA (SALVADOR): *Ingleses, franceses, españoles*. Un volumen, 405 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

MASIP, O. P. (P. JAIME), Misionero de China: *Por tierras del extremo Oriente. China, Japón, Indochina*. Conferencias sobre las misiones católicas en tierras de infieles. Un volumen, 237 págs., en 8.º, con ilustraciones y fotografías (con licencia eclesiástica), 5 ptas. Madrid.

MENENDEZ PIDAL (RAMON): *Orígenes del español*. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI. Segunda edición corregida y aumentada. Tomo I. Un volumen, 591 págs., en 4.º, con varias láminas y mapas, 35 ptas. Madrid.

MIRANDA PODADERA (LUIS): *Guides and plans of Madrid and El Escorial*. Trips To Avila, Segovia, Aranjuez, La Granja, Alcalá, El Pardo, Puerto de Navacerrada. En inglés y español. Un volumen, 143 págs.; en 8.º, con numerosos grabados y fotografías, 4 ptas. Madrid.

ORTEGA (MANUEL L.), Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia: *Los libros en Marruecos*. Prólogo de Pedro Sáinz Rodríguez, Catedrático de la Universidad de Madrid. Un volumen, 369 págs., en 8.º, 6 ptas. Madrid.

PANTORBA (BERNARDINO DE): *Artistas andaluces*. Veintiséis biografías y críticas de otros tantos artistas andaluces contemporáneos; 78 reproducciones de cuadros y esculturas. Un volumen, 215 páginas, en 4.º, 12 ptas. Madrid.

RUJULA (JOSE DE) y SOLAR Y TABOADA (ANTONIO): *Los Valdivia*, sus ejecutorias de nobleza, caballeros de Ordenes militares, Carlos III, Seminaristas del de nobles. Títulos, etc. Un volumen, 4 ptas. Badajoz.

SOLAR Y TABOADA (ANTONIO) y RUJULA (JOSE DE): *El adelantado Hernando de Soto*. Breves noticias, nuevos documentos para su biografía y relación de los que le acompañaron a La Florida. Un volumen, 344 págs., 6 ptas. Badajoz.

VILLANUEVA Y CAÑEDO (LUIS): *Hernando de Soto, conquistador de La Florida*. Un volumen en 4.º mayor con recuadro en carmín, 7 ptas. Badajoz.

XEREZ (FRANCISCO) y ESTETE (MIGUEL): *Conquista del Perú y viaje de Hernando Pizarro desde Caxamalca hasta Jauja* (Sevilla, 1534). Edición preparada por Antonio Rodríguez Moñino (un filósofo extremeño). Un volumen en 8.º, con facsimiles, 4 pesetas. Badajoz.

VIII.—*Literatura. (Novela, poesía, prosa, teatro.)*

ARRASATE JURICO (MARIANO): *La expósita*, tipos y costumbres de Navarra, novela. (El producto

- de la venta de esta edición será entregado a la Junta de Homenaje a la vejez de Navarra para el fin de pensionar a los ancianos pobres.) Un volumen, 427 páginas, en 8.º, 3,50 ptas. Pamplona.
- AZORIN: *Blanco en azul* (cuentos). Serie nuevas obras. Un volumen, 274 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.
- BAROJA (PIO): *La canóniga* (novela). Libro de todos, núm. 27. Un volumen, 94 págs., en 8.º, una peseta. Madrid.
- BATAILLE (HENRI): *Ternura*. Comedia dramática en tres actos. Traducción de Francisco Olivan y Francisco Marroquín. Un volumen, 85 págs., en 8.º, 0,50 ptas. Madrid.
- BERDION (AUXILIO): *El país maravilloso*. Impresiones del Brasil. Un volumen, 143 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.
- CALVO SOTELO (LEOPOLDO): *Historia de suicidas*. Prólogo de Angel Ossorio y Gallardo. Un volumen, 286 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.
- COSSIO (FRANCISCO DE): *Clara* (novela). Un volumen, 246 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.
- DOSTOIEWSKI (FEDOR): *Las noches blancas. Ilucha* (dos novelas). Bibliotecas Populares Cervantes, serie 2.ª, volumen XX, 260 págs., en 8.º, 2,50 pesetas. Madrid.
- DUCHENE (FERNANDO): *Al lento paso de la caravana*. Traducción de A. Champs D'Or. Un volumen, 230 págs., en 8.º; rústica, 4 ptas.; tela, 5,50. Barcelona.
- ESPIÑA (CONCHA): *La virgen prudente* (novela). Un volumen, 311 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.
- ESPINEL (MARCOS B.): *De Urano a Jesucristo*. Un volumen, 164 págs., en 4.º, 7 ptas. París.
- ESQUILO: *La Orestíada*. Agamenón. Las Coéforas. Las Euménides. Tres tragedias. Bibliotecas Populares Cervantes, serie 2.ª, volumen XXI, 210 páginas, en 8.º, 2,50 ptas. Madrid.
- FALK (ENRIQUE): *Mary, improvisa un hijo*. Traducción de A. Champs D'Or. Un volumen, 242 páginas, en 8.º; en rústica, 4 ptas.; en tela, 5,50 pesetas. Barcelona.
- FEDUCHY (M. M.): *El huerto de Aristófanes*. Un volumen, 214 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.
- GARCIA COBACHO (JUAN): *Hetairas*, escenas de dolor. Prólogo del Dr. A. Fernández Navarro. Un volumen, 228 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.
- GIL ALBERT (JUAN): *Cómo pudieron ser*. Figuras del Museo del Prado. Un volumen, 83 páginas, en 4.º, 5 ptas. Valencia.
- GLYN (ELINOR): *La filosofía del amor*. Traducción de Alicia Rey. Un volumen, 191 págs., en 4.º, 2 ptas. Barcelona.
- GORBEA (EUSEBIO): *Los que no perdonan*. Drama en cuatro actos. Premio Fastenrath 1928. Un volumen, 257 págs., en 8.º, 3,50 ptas. Madrid.
- GUILMAIN (ANDRES): *Flor sobre ruinas* (novela). Un volumen, 199 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.
- HAMSUM (KUNT), Premio Nobel 1920: *Tierra nueva*. Obras completas. Tomo II. Traducción de Pérez Bances. Un volumen, 240 págs., en 8.º, 4 pesetas. Madrid.
- HUNGERFORD (MRS.): *La fuga de lady Ver-ner*. Traducción de Santiago Rodela. Un volumen, 231 págs., en 8.º; rústica, 2 ptas.; tela, 3,50 ptas. Barcelona.
- INSUA (ALBERTO): *El barco embrujado* (novela de magia). Un volumen, 320 págs., en 8.º, 5 pesetas. Madrid.
- KING GORDON (HOMER): *El secreto de Tod Morgan*. Aventuras, núm. 36. Un volumen, 93 páginas, en 8.º, 0,50 pesetas. Madrid.
- LEBRERO DE GANDIA (ENRIQUETA): *Habla una mujer*. Un volumen, 228 págs., en 8.º, 5 pesetas. Madrid.
- LISTA (ALBERTO): *Sus mejores versos*. Prólogo de Castan Palomar. Portada de Pedrau. Ilustraciones y retrato de Cuevas. Un volumen, 80 páginas, en 8.º, 0,50 ptas. Madrid.
- LONDON (JACK): *La damita de la casa grande* (novela). Un volumen, 311 págs., en 8.º, 3 ptas. Valencia.
- MARECHAL (MARIA): *Beatriz* (novela). Traducción de A. Champs D'Or. Un volumen, 190 págs., en 8.º; rústica, 2 ptas.; tela, 3,50 ptas. Barcelona.
- MAUCLAIR (CAMILLE): *Vida amorosa de Carlos Baudelaire*. Traducción de José Lorenzo. Un volumen, 182 págs., en 8.º, cartoné, 4 ptas. Madrid.
- MIRO (GABRIEL): *El abuelo del rey*. Tomo V de las obras completas. Un volumen, 263 págs., en 8.º con varias ilustraciones, 5 ptas. Madrid.
- OTERO (LORENZO DE): *Todo corazón* (poesías). Un volumen, 167 págs., en 8.º, 3 ptas. Barcelona.
- PAJARES (NICASIO): *Atorréntida*. La vida en América. (Novela romántica.) Un volumen, 219 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.
- PUJOL (JUAN): *La noche inolvidable* (novela). Un volumen, 296 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.
- RAY (TOM): *Silencio; el que volvió de la muerte*. Aventuras, núm. 35. Un volumen, 79 págs., en 8.º, ilustraciones de Mel, 0,50 ptas. Madrid.
- REMARQUE (E. M.): *Sin novedad en el frente* (novela). Traducción directa del alemán por Eduardo Foertsch y B. Jarnés. Un volumen, 283 páginas en 8.º, 5 ptas. Madrid.
- Revista de Occidente*, número LXX. Un volumen, 144 págs., en 4.º, 3,50 ptas. Madrid.
- RIVAS (MIGUEL): *La querida ideal* (novela). Un volumen, 280 págs., en 8.º, 4 ptas. Barcelona.
- RODRIGUEZ DE LA PEÑA Y LAPENA: *El hombre que vendió la vergüenza*. Comedia en tres actos. Un volumen, 59 págs., en 8.º, 0,50 ptas. Madrid.
- RUEDA: *El milagro de América*. Descubrimiento y civilización. Poema para lectura en las escuelas de idioma español. Prólogo de González Blanco. Portada e ilustraciones de Orbeago. Retrato por Cuevas. Un volumen, 143 págs., en 8.º, una peseta. Madrid.
- SABATINI (RAFAEL): *La piel del león* (novela). Traducción de Guillermo de Boladeres. Un volumen, 387 págs., en 8.º, 4 ptas. Barcelona.
- SALAVERRIA (J. M.): *Sevilla y el andalucismo*. Un volumen, 156 págs., en 4.º, con numerosos grabados en color, 6 ptas. Barcelona.

SANDOVAL (ADOLFO DE): *El corazón de un estudiante* (novela). Un volumen, 267 págs., en 8.º, 3,50 pesetas. Madrid.

Teatro romántico. Un volumen, 332 págs., en 8.º Biblioteca Literaria del Estudiante, encuadernado, 4,50 pesetas. Madrid.

TIRSO DE MEDINA: *Mis dos mitades* (novela). Colección de grandes novelas humorísticas. Un volumen, 279 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

VERONA (GUIDO DA): *Una aventura de amor en Teherán* (novela). Traducción de Eduardo Barriobero y Herrán. Un volumen, 250 págs., en 8.º, 5 pesetas. Madrid.

VILLAESPESA (FRANCISCO): *El alcázar de las perlas*. Leyenda trágica en cuatro actos y en verso. Un volumen, 95 págs., en 8.º, número 199 de El Teatro Moderno, 0,50 ptas. Madrid.

ZAMACOIS (EDUARDO): *Los muertos vivos* (novela). Un volumen, 400 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

IX.—Medicina.

BARBACHANO (JOSE M.º DE): *El doctor Asuero, mago de la Medicina*. Su personalidad, su obra, sus curas prodigiosas, el secreto de su triunfo, anécdotas de su vida. Un volumen, 40 págs., en 4.º, 1,50 pesetas. San Sebastián.

ESCARDO Y ANAYA (VICTOR), profesor de la Facultad de Montevideo: *Alimentos de lactantes*. Un volumen, 98 págs., en 4.º, 10 ptas. Montevideo.

GIL CASARES (Dr. M.), catedrático de Medicina interna de la Universidad de Santiago de Compostela: *El neumotórax artificial en la tuberculosis pulmonar*. Un volumen, 157 págs., en 4.º, con 47 grabados, encuadernado en tela, 7 ptas. Barcelona.

HEUYER (G.), médico de los hospitales de París: *El encéfalo*. Traducción de D. Pedro Galarreta, médico de la Escuela Central de Anormales, de Madrid. Un volumen, 155 págs., en 8.º, cartoné, 5 pesetas. Madrid.

HOLLANDER (Dr. B.), Miembro correspondiente de la Real Academia de Medicina de Madrid: *Métodos y usos de la hipnosis y auto-hipnosis*. Traducido del inglés por Emilio R. Sadia. Un volumen, 222 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

HUBER (JULIEN), médico de los hospitales de París: *Enfermedades de los niños*. Tomo II. Traducción de Tolosa-Latour Sanchis, profesor auxiliar del Instituto de Puericultura y Maternología, médico de los Tribunales para niños, profesor auxiliar de la Escuela Central de niños anormales. Un volumen, 173 páginas, en 8.º, cartoné, 5 ptas. Madrid.

OTAOLA Y RICHTER (JOSE M.º DE): *Aborto, su tratamiento*. Segunda edición aumentada. Un volumen, 212 págs., en 4.º, con 8 figuras, 10 ptas. Madrid.

MARTINEZ (JERONIMO): *Las curas prodigiosas del doctor Asuero. ¿Centroterapia? ¿Método de Bonnier? ¿Reflexioterapia?* Un volumen, 207 págs., en 8.º, 3 ptas. Madrid.

MONTURIOL Y MATA (EMILIO): *Casística quirúrgica*. Resumen en clínica de niños y adolescen-

tes. Un volumen, 315 págs., en 4.º, encuadernado en tela, 15 pesetas. Barcelona.

SANCHEZ DE RIVERA (Dr.): *La ruta del matrimonio*. Un volumen, 319 págs., en 8.º, 6 ptas. Madrid.

VALLADOLID ONIS (FRANCISCO), comandante médico-jefe de Laboratorio en el Instituto de Higiene Militar: *Preparación del suero antigangrenoso*. Un volumen, 98 págs., en 4.º, 7,50 ptas. Madrid.

X.—Política. Sociología. Derecho.

EHEBERG (CARLOS T. VON): *Hacienda pública*. Traducción de la 19.ª edición alemana, por Enrique Rodríguez Mata, profesor de Hacienda pública de la Universidad de Salamanca. Un volumen, 760 páginas, en 4.º; en rústica, 22 ptas.; en tela, 26 pesetas. Barcelona.

LONDON (GEO): *De Pío IX a Pío XI*. La reconciliación de las dos Romas acerca de la cuestión romana. Notas y anécdotas. Traducción de Boris Bureba. Un volumen, 179 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

ROYO VILLANOVA (ANTONIO), de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas: *La regencia y el derecho público español*. Homenaje a la reina Doña María Cristina. Un volumen, 205 páginas, en 8.º, 4 ptas. Madrid.

SALDANA (QUINTILIANO): *El momento de España*. (Ensayos de sociología y política.) La vida social en España. Las regiones: Castilla la Vieja. León. Vasconia. Cataluña. El periodismo. Militarismo y obrerismo. El atentado social. La democracia. El pícaro en la literatura y en la vida social españolas. Un volumen, 379 págs., en 8.º, 6 ptas. Madrid.

VIDAL Y SAURA (GINES), ministro plenipotenciario, consejero de la Embajada de España en Berlín: *La política exterior de España durante la menor edad de Isabel II*. Prólogo del Excmo. Sr. Marqués de Villaurrutia. Biblioteca histórica de autores españoles y extranjeros. Un volumen, 350 págs., en 8.º, 8 ptas. Madrid.

XI.—Obras varias.

Anuario Guía de la Industria y Comercio del Automóvil en España. Año VIII. Un volumen, 628 páginas, encuadernado en tela, en 4.º, 20 ptas. Barcelona.

Anuario Historia del Derecho Español. Tomo V. Un volumen, 557 págs., en 4.º, 25 ptas. Madrid.

DOS PASSOS (JOHN): *Manhattan Transfer*. Traducción directa del inglés por José Robles Pazos. Un volumen, 426 págs., en 8.º, 6 ptas. Madrid.

GRAUDGENT (C. H.): *Introducción al latín vulgar*. Traducción del inglés, adicionada por el autor, corregida y aumentada con notas, prólogo y una sintología, por Francisco de B. Moll. Un volumen, 384 páginas, en 8.º, con dos mapas, en tela, 12 ptas. Madrid.

Guía oficial de hoteles, pensiones, casas de viajeros, restaurantes, bares y garajes de todas las provincias y pueblos importantes de España, con sus correspondientes tarifas, publicada en virtud de Real orden circular de la Presidencia del Consejo de Ministros.

de la venta de esta edición será entregado a la Junta de Homenaje a la vejez de Navarra para el fin de pensionar a los ancianos pobres.) Un volumen, 427 páginas, en 8.º, 3,50 ptas. Pamplona.

AZORIN: *Blanco en azul* (cuentos). Serie nuevas obras. Un volumen, 274 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

BAROJA (PIO): *La canónica* (novela). Libro de todos, núm. 27. Un volumen, 94 págs., en 8.º, una peseta. Madrid.

BATAILLE (HENRI): *Ternura*. Comedia dramática en tres actos. Traducción de Francisco Oliván y Francisco Marroquín. Un volumen, 85 págs., en 8.º, 0,50 ptas. Madrid.

BERDION (AUXILIO): *El país maravilloso*. Impresiones del Brasil. Un volumen, 143 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

CALVO SOTELO (LEOPOLDO): *Historia de suicidas*. Prólogo de Angel Ossorio y Gallardo. Un volumen, 286 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

COSSIO (FRANCISCO DE): *Clara* (novela). Un volumen, 246 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

DOSTOIEWSKI (FEDOR): *Las noches blancas*. *Ilucha* (dos novelas). Bibliotecas Populares Cervantes, serie 2.ª, volumen XX, 260 págs., en 8.º, 2,50 pesetas. Madrid.

DUCHENE (FERNANDO): *Al lento paso de la caravana*. Traducción de A. Champs D'Or. Un volumen, 230 págs., en 8.º; rústica, 4 ptas.; tela, 5,50. Barcelona.

ESPINA (CONCHA): *La virgen prudente* (novela). Un volumen, 311 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

ESPINEL (MARCOS B.): *De Urano a Jesucristo*. Un volumen, 164 págs., en 4.º, 7 ptas. París.

ESQUILO: *La Orestíada*. Agamenón. Las Coéforas. Las Euménides. Tres tragedias. Bibliotecas Populares Cervantes, serie 2.ª, volumen XXI, 210 páginas, en 8.º, 2,50 ptas. Madrid.

FALK (ENRIQUE): *Mary, improvisa un hijo*. Traducción de A. Champs D'Or. Un volumen, 242 páginas, en 8.º; en rústica, 4 ptas.; en tela, 5,50 ptas. Barcelona.

FEDUCHY (M. M.): *El huerto de Aristófanes*. Un volumen, 214 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

GARCIA COBACHO (JUAN): *Hetairas*, escenas de dolor. Prólogo del Dr. A. Fernández Navarro. Un volumen, 228 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

GIL ALBERT (JUAN): *Cómo pudieron ser*. Figuras del Museo del Prado. Un volumen, 83 páginas, en 4.º, 5 ptas. Valencia.

GLYN (ELINOR): *La filosofía del amor*. Traducción de Alicia Rey. Un volumen, 191 págs., en 4.º, 2 ptas. Barcelona.

GORBEA (EUSEBIO): *Los que no perdonan*. Drama en cuatro actos. Premio Fastenrath 1928. Un volumen, 257 págs., en 8.º, 3,50 ptas. Madrid.

GUILMAIN (ANDRES): *Flor sobre ruinas* (novela). Un volumen, 199 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

HAMSUM (KUNT), Premio Nobel 1920: *Tierra nueva*. Obras completas. Tomo II. Traducción de Pérez Bances. Un volumen, 240 págs., en 8.º, 4 pesetas. Madrid.

HUNGERFORD (MRS.): *La fuga de lady Ver-ner*. Traducción de Santiago Rodela. Un volumen, 231 págs., en 8.º; rústica, 2 ptas.; tela, 3,50 ptas. Barcelona.

INSUA (ALBERTO): *El barco embrujado* (novela de magia). Un volumen, 320 págs., en 8.º, 5 pesetas. Madrid.

KING GORDON (HOMER): *El secreto de Toñ Morgan*. Aventuras, núm. 36. Un volumen, 93 páginas, en 8.º, 0,50 pesetas. Madrid.

LEBRERO DE GANDIA (ENRIQUETA): *Habla una mujer*. Un volumen, 228 págs., en 8.º, 5 pesetas. Madrid.

LISTA (ALBERTO): *Sus mejores versos*. Prólogo de Castan Palomar. Portada de Pedrau. Ilustraciones y retrato de Cuevas. Un volumen, 80 páginas, en 8.º, 0,50 ptas. Madrid.

LONDON (JACK): *La damita de la casa grande* (novela). Un volumen, 311 págs., en 8.º, 3 ptas. Valencia.

MARECHAL (MARIA): *Beatriz* (novela). Traducción de A. Champs D'Or. Un volumen, 190 págs., en 8.º; rústica, 2 ptas.; tela, 3,50 ptas. Barcelona.

MAUCLAIR (CAMILLE): *Vida amorosa de Carlos Baudelaire*. Traducción de José Lorenzo. Un volumen, 182 págs., en 8.º, cartoné, 4 ptas. Madrid.

MIRO (GABRIEL): *El abuelo del rey*. Tomo V de las obras completas. Un volumen, 263 págs., en 8.º con varias ilustraciones, 5 ptas. Madrid.

OTERO (LORENZO DE): *Todo corazón* (poesías). Un volumen, 167 págs., en 8.º, 3 ptas. Barcelona.

PAJARES (NICASIO): *Atorrántida*. La vida en América. (Novela romántica.) Un volumen, 219 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

PUJOL (JUAN): *La noche inolvidable* (novela). Un volumen, 296 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

RAY (TOM): *Silencio; el que volvió de la muerte*. Aventuras, núm. 35. Un volumen, 79 págs., en 8.º, ilustraciones de Mel, 0,50 ptas. Madrid.

REMARQUE (E. M.): *Sin novedad en el frente* (novela). Traducción directa del alemán por Eduardo Foertsch y B. Jarnés. Un volumen, 283 páginas en 8.º, 5 ptas. Madrid.

Revista de Occidente, número LXX. Un volumen, 144 págs., en 4.º, 3,50 ptas. Madrid.

RIVAS (MIGUEL): *La querida ideal* (novela). Un volumen, 280 págs., en 8.º, 4 ptas. Barcelona.

RODRIGUEZ DE LA PEÑA Y LAPENA: *El hombre que vendió la vergüenza*. Comedia en tres actos. Un volumen, 59 págs., en 8.º, 0,50 ptas. Madrid.

RUEDA: *El milagro de América*. Descubrimiento y civilización. Poema para lectura en las escuelas de idioma español. Prólogo de González Blanco. Portada e ilustraciones de Orbezozo. Retrato por Cuevas. Un volumen, 143 págs., en 8.º, una peseta. Madrid.

SABATINI (RAFAEL): *La piel del león* (novela). Traducción de Guillermo de Boladeres. Un volumen, 387 págs., en 8.º, 4 ptas. Barcelona.

SALAVERRIA (J. M.): *Sevilla y el andalucismo*. Un volumen, 156 págs., en 4.º, con numerosos grabados en color, 6 ptas. Barcelona.

SANDOVAL (ADOLFO DE): *El corazón de un estudiante* (novela). Un volumen, 267 págs., en 8.º, 3,50 pesetas. Madrid.

Teatro románico. Un volumen, 332 págs., en 8.º Biblioteca Literaria del Estudiante, encuadernado, 4,50 pesetas. Madrid.

TIRSO DE MEDINA: *Mis dos mitades* (novela). Colección de grandes novelas humorísticas. Un volumen, 279 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

VERONA (GUIDO DA): *Una aventura de amor en Teherán* (novela). Traducción de Eduardo Barriero y Herrán. Un volumen, 250 págs., en 8.º, 5 pesetas. Madrid.

VILLAESPESA (FRANCISCO): *El alcázar de las perlas*. Leyenda trágica en cuatro actos y en verso. Un volumen, 95 págs., en 8.º, número 199 de El Teatro Moderno, 0,50 ptas. Madrid.

ZAMACOIS (EDUARDO): *Los muertos vivos* (novela). Un volumen, 400 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

IX.—Medicina.

BARBACHANO (JOSE M.ª DE): *El doctor Asuero, mago de la Medicina*. Su personalidad, su obra, sus curas prodigiosas, el secreto de su triunfo, anécdotas de su vida. Un volumen, 40 págs., en 4.º, 1,50 pesetas. San Sebastián.

ESCARDO Y ANAYA (VICTOR), profesor de la Facultad de Montevideo: *Alimentos de lactantes*. Un volumen, 98 págs., en 4.º, 10 ptas. Montevideo.

GIL CASARES (Dr. M.), catedrático de Medicina interna de la Universidad de Santiago de Compostela: *El neumotórax artificial en la tuberculosis pulmonar*. Un volumen, 157 págs., en 4.º, con 47 grabados, encuadernado en tela, 7 ptas. Barcelona.

HEUYER (G.), médico de los hospitales de París: *El encéfalo*. Traducción de D. Pedro Galarreta, médico de la Escuela Central de Anormales, de Madrid. Un volumen, 155 págs., en 8.º, cartóné, 5 pesetas. Madrid.

HOLLANDER (Dr. B.), Miembro correspondiente de la Real Academia de Medicina de Madrid: *Métodos y usos de la hipnosis y auto-hipnosis*. Traducción del inglés por Emilio R. Sadía. Un volumen, 222 páginas, en 8.º, 5 ptas. Madrid.

HUBER (JULIEN), médico de los hospitales de París: *Enfermedades de los niños*. Tomo II. Traducción de Tolosa-Latour Sanchis, profesor auxiliar del Instituto de Puericultura y Maternología, médico de los Tribunales para niños, profesor auxiliar de la Escuela Central de niños anormales. Un volumen, 173 páginas, en 8.º, cartóné, 5 ptas. Madrid.

OTAOLA Y RICHTER (JOSE M.ª DE): *Aborto, su tratamiento*. Segunda edición aumentada. Un volumen, 212 págs., en 4.º, con 8 figuras, 10 ptas. Madrid.

MARTINEZ (JERONIMO): *Las curas prodigiosas del doctor Asuero. ¿Centroterapia? ¿Método de Bonnier? ¿Reflexioterapia?* Un volumen, 207 págs., en 8.º, 3 ptas. Madrid.

MONTURIOL Y MATA (EMILIO): *Casística quirúrgica*. Resumen en clínica de niños y adolescen-

tes. Un volumen, 315 págs., en 4.º, encuadernado en tela, 15 pesetas. Barcelona.

SANCHEZ DE RIVERA (Dr.): *La ruta del matrimonio*. Un volumen, 319 págs., en 8.º, 6 ptas. Madrid.

VALLADOLID ONIS (FRANCISCO), comandante médico-jefe de Laboratorio en el Instituto de Higiene Militar: *Preparación del suero antigangrenoso*. Un volumen, 98 págs., en 4.º, 7,50 ptas. Madrid.

X.—Política. Sociología. Derecho.

EHEBERG (CARLOS T. VON): *Hacienda pública*. Traducción de la 19.ª edición alemana, por Enrique Rodríguez Mata, profesor de Hacienda pública de la Universidad de Salamanca. Un volumen, 760 páginas, en 4.º; en rústica, 22 ptas.; en tela, 26 pesetas. Barcelona.

LONDON (GEO): *De Pío IX a Pío XI*. La reconciliación de las dos Romas acerca de la cuestión romana. Notas y anécdotas. Traducción de Boris Bureba. Un volumen, 179 págs., en 8.º, 4 ptas. Madrid.

ROYO VILLANOVA (ANTONIO), de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas: *La regencia y el derecho público español*. Homenaje a la reina Doña María Cristina. Un volumen, 205 páginas, en 8.º, 4 ptas. Madrid.

SALDAÑA (QUINTILIANO): *El momento de España*, (Ensayos de sociología y política.) La vida social en España. Las regiones: Castilla la Vieja. León. Vasconia. Cataluña. El periodismo. Militarismo y obrerismo. El atentado social. La democracia. El pícaro en la literatura y en la vida social españolas. Un volumen, 379 págs., en 8.º, 6 ptas. Madrid.

VIDAL Y SAURA (GINES), ministro plenipotenciario, consejero de la Embajada de España en Berlín: *La política exterior de España durante la menor edad de Isabel II*. Prólogo del Excmo. Sr. Marqués de Villaurrutia. Biblioteca histórica de autores españoles y extranjeros. Un volumen, 350 págs., en 8.º, 8 ptas. Madrid.

XI.—Obras varias.

Anuario Guía de la Industria y Comercio del Automóvil en España. Año VIII. Un volumen, 628 páginas, encuadernado en tela, en 4.º, 20 ptas. Barcelona.

Anuario Historia del Derecho Español. Tomo V. Un volumen, 557 págs., en 4.º, 25 ptas. Madrid.

DOS PASSOS (JOHN): *Manhattan Transfer*. Traducción directa del inglés por José Robles Pazos. Un volumen, 426 págs., en 8.º, 6 ptas. Madrid.

GRAUDGENT (C. H.): *Introducción al latín vulgar*. Traducción del inglés, adicionada por el autor, corregida y aumentada con notas, prólogo y una nología, por Francisco de B. Moll. Un volumen, 384 páginas, en 8.º, con dos mapas, en tela, 12 ptas. Madrid.

Guía oficial de hoteles, pensiones, casas de viajeros, restaurantes, bares y garajes de todas las provincias y pueblos importantes de España, con sus correspondientes tarifas, publicada en virtud de Real orden circular de la Presidencia del Consejo de Ministros.

Texto explicativo en español, francés, inglés y alemán. Un vol. men, 653 págs., en 8.º, 5 ptas. Madrid.

Lo que cura y cómo cura el doctor Asuero. Un folleto, 0,50 ptas. Madrid.

SERRANO (L.): *Cartulario de San Vicente de Oviedo.* Un volumen, 336 págs., en 4.º, 15 ptas. Madrid.

LIBROS FRANCESES

MAETERLINK (MAURICE): *La grande féerie.* Immensité de l'univers. Notre terre. Influences siderales. Un volumen, 222 págs., en 8.º, 12 francos. París.

BUGNET (COMMANDANT CHARLES): *En écoutant le maréchal Foch (1921-1929).* Un volumen, 271 págs., en 8.º, 15 francos. París.

CASSOU (JEAN): *La vie de Philippe II. Vies des hommes illustres, n.º 29.* Un volumen en 8.º, 233 páginas, 12 francos. París.

BENOIT (PIERRE): *Erromango,* roman. Un volumen, 317 págs., en 8.º, 12 francos. París.

CHERAU (GASTON), de l'Académie Goncourt:

L'Egarée sur la route. Bois originaux en couleurs de G. Foubert, lauréat du prix Gustave Doré 1928. Un volumen, 157 págs., en 8.º, 3,50 francos. París.

GIRANDOUX (JEAN): *Provinciales.* Un volumen, 175 págs., en 4.º, 3,50 francos. París.

HERMANT (ABEL), de l'Académie Française: *Le crépuscule tragique.* Un volumen, 191 págs., en 8.º, bois originaux en couleurs de Clément Serveau, 3,50 francos. París.

JALOUX (EDMOND): *Fumées dans la campagne,* roman. Un volumen, 127 págs., 38 bois originaux de Paulp Allier, en 4.º, 3,50 francos. París.

LOUIS (PIERRE): *Contes choisis.* Un volumen avec 50 bois originaux de Jean Lébédéff, 154 págs., en 4.º, 3,50 francos. París.

MAURIAC (FRANÇOIS): *L'enfant chargé de chaînes,* roman. Bois et dessins en couleurs de Clément Serveau. Un volumen, 156 págs., en 4.º, 3,50 francos. París.

ZOLA (EMILE): *Madama Sourdis* (roman). Un volumen, 265 págs., en 8.º, 12 francos. París.

A N É C D O T A S Y C U E N T O S

Doble vista:

—¡Hola, Samuel! Mala cara tienes.

—Sí, Jacob; hace ya varios días que estoy mediano.

—Vete a consultar al doctor Meyer. Es un talento. En ocho días eres otro hombre. Además es un correligionario.

—¿Cobra mucho?

—Sí, es caro: cincuenta pesetas la primera visita y diez las demás.

Samuel medita. Quisiera no pagar más de diez pesetas por visita:

—Buenos días, doctor. Ya ve usted, otra vez por aquí.

El correligionario doctor no muerde el anzuelo; mas no lo deja ver. Imperturbable, responde:

—Muy bien, muy bien... Sigue usted en el mismo estado... Continúe tomando la misma medicina que le receté.

Modernísimo:

—Querida Lolita, ¿de manera que por un pelo hallado en mi chaleco, hace tres días que no me hablas?

—...

—¡Qué tontería! Acuérdate que, para ser de mujer, aquel famoso cabello era demasiado largo.

Judío prevenido...:

Mayer llega a las puertas del cielo.

—Yo quisiera entrar en el paraíso —dice al portero.

—No es posible responde San Pedro—; tu ficha dice "jugador". No admitimos a los jugadores en el paraíso.

—Cierto que lo soy. Sin embargo, yo sé que tienes fama de bueno. Contigo se puede tratar. Vamos a jugarnos la entrada al tute. Si gano, entro; si pierdo, me envías al botero...

—¡Sea! —dice, riendo, San Pedro.

Cortan y le toca salir a éste.

Mayer, muy pensativo, dice:

—¡Supongo que no se te ocurrirá hacer algún milagrito! ¿Eh?...

Cortesía:

—Acusado, ¿cuál es su estado?

—Un poco calenturiento, señor presidente; no he podido pegar el ojo en toda la noche. No es nada; pero le agradezco muchísimo su amabilidad.

En una farmacia:

El mancebo.—¿Qué contiene ese frasco?

El farmacéutico.—Lo que debe despacharse cuando la receta es ilegible.

Concursos literarios de ATLÁNTICO

ATLÁNTICO, deseando estimular al escritor en general, y al novel en particular, tan necesitado éste de sincera protección y firme ayuda, ya que en la pobre vida literaria española si todos los pasos resultan duros y difíciles, el que un escritor novel logre que un editor lance al mercado su obra es empresa magna y considerada casi como imposible,

ATLÁNTICO

establece dos premios: uno de *Cuentos* y otro de *Novelas*. Al primero podrán concursar todos los escritores de España y América, y su premio será el pago al autor del mejor cuento de:

500 PESETAS

Al segundo sólo podrán acudir los escritores noveles de España y de América, y su premio será la edición de la obra por cuenta de ATLÁNTICO y el pago al autor de todos sus derechos como propietario y autor de la obra.

✻ ✻

En el próximo número de ATLÁNTICO aparecerán las bases de estos dos concursos literarios.

SUSCRIPTORES

PRECIOS

España, un año	Ptas. 12,00
Hispanoamérica, un año	» 15,00
Extranjero, un año	» 18,00

/ / /

Los 10.000 primeros suscriptores de ATLÁNTICO recibirán al año: diez números ordinarios de 132 páginas y dos extraordinarios de 196, MAS DIEZ PESETAS en libros a elegir entre los títulos cuyas listas iremos publicando (véase la primera en este número).

/ / /

Apresúrense a figurar entre los primeros suscriptores, enviando inmediatamente a ATLÁNTICO el Boletín que figura en otro lugar de esta Revista.

ANUNCIANTES

TARIFA DE PUBLICIDAD

CUBIERTAS

Segunda y tercera páginas a	Ptas. 350
Cuarta página (contraportada)	» 400

PÁGINAS INTERIORES

Una plana	» 275
Media plana	» 150
Un cuarto de plana	» 80
Un cuarto de plana, final de texto, a dos columnas	» 100
Un octavo de plana, final de texto	» 50

Diríjense a la administración de

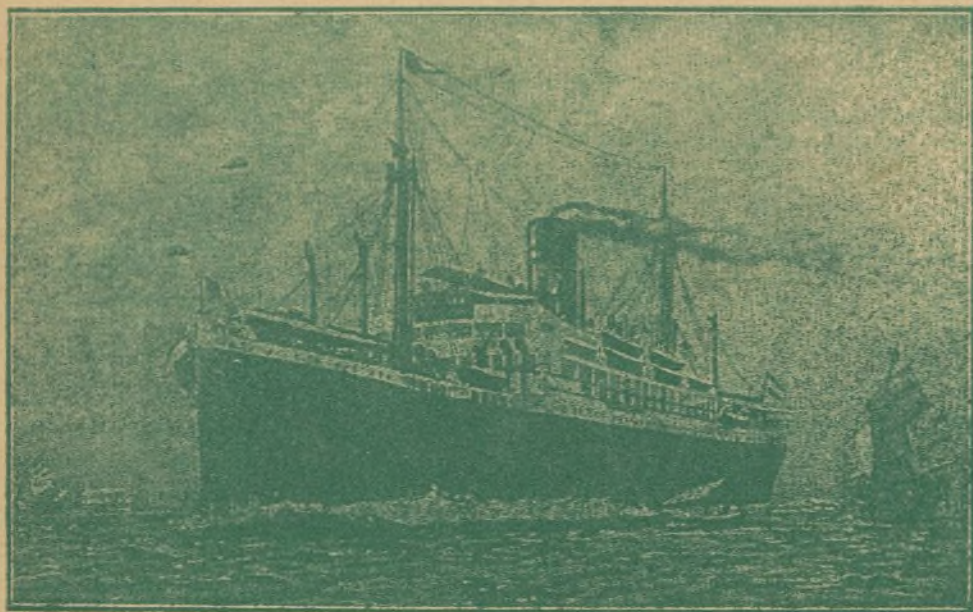
ATLÁNTICO

GENERAL ARRANDO, 36.—MADRID

O telephonen al número 31890 y uno de nuestros agentes les visitará inmediatamente.

Lloyd Norte Alemán de Bremen

Servicio semanal entre los puertos de Villagarcía y Vigo con los del Brasil, Uruguay y la Plata, por los grandiosos *paquebots* de 20.000 toneladas y doble hélice *Sierra Nevada, Sierra Ventana, Sierra Córdoba, Sierra Morena, Köln, Cse Geld, Verra, Weser, Sotha* y *Madrid*.



Estos barcos, por estar dotados de todos los modernos adelantos y del máximo de las comodidades, son los preferidos por los viajeros, tanto de cámara como de tercera clase.

PARA INFORMES DIRIGIRSE AL AGENTE GENERAL EN ESPAÑA:

LUIS G. REBOREDO ISLA

CASA CENTRAL:
VILLAGARCÍA. - Marina, 14

SUCURSALES:
VIGO. - García Olloqui, 2
BUENOS AIRES. - Cangallo, 356